

se

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

LOS DEMONIOS
DE TASMANIA

**Ronald
Mortimer**



Soñó con un inmenso árbol de Navidad, al que un monstruoso perro, que salía del fondo de los mares, destrozaba a mordiscos. Pero el árbol se reconstruía una y otra vez, para que el monstruo volviera a destrozarlo. De la rama más alta del árbol colgaba el viejo Angus. Tenía que morir porque era adúltero y el perro le mordía la garganta. Mucha sangre salía del orificio negro y el hombre gritaba y gritaba. Con una sensación de asfixia, Roger despertó emergiendo bajo los cobertores que lo ahogaban por la elevada temperatura que reinaba en la habitación. Recordó los gritos del hombre en su sueño... No era un sueño. Seguía oyendo los gritos. Como en el sueño, eran gritos de agonía. Sólo que no eran humanos...



Ronald Mortimer

Los demonios de Tasmania

Bolsilibros: Selección Terror Extra - 32

ePub r1.0

Titivillus 14-07-2019

Ronald Mortimer, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Selección

TERROR *extra*



BOLSILIBROS BRUGUERA

Capítulo I

ROGER EASTBOURNE, pese a tener sólo veinticinco años y un cuerpo atlético, gracias a mucha natación y mucho tenis, sentía el frío como cualquier mortal. Incluso ahora, tres meses después de haber obtenido el ansiado título de abogado, sentía el frío.

Difícil era no sentirlo en esas desoladas extensiones del norte de Escocia, y en esa tarde de diciembre. Flexionando los dedos, que parecían querer agarrotarse sobre el volante, aumentó la calefacción del coche. «¿Cómo puede Bárbara pasar sus vacaciones de Navidad en este iceberg?» «¡Y cómo pude yo haberme dejado convencer para venir a pasarlas con ella!»

Sonrió a la bruma gris que dificultaba la visión. El recuerdo de Bárbara, tan bella, tan suave, tan... ¿etérea? Tal vez fuera demasiado «etérea», ya que era bien de carne y hueso, pero ésa era, en alguna medida, la sensación que la chica le provocaba. Como una imagen en la pantalla del televisor en color, cuando la definición no es perfecta.

¿Evanescente? Volvió a sonreír. Varias veces se había prometido consultar en el diccionario esa palabra que también asociaba a la imagen de Bárbara, pero aún no lo había hecho. Por tal motivo, no podía saber si la chica era o no «evanescente».

Las ruedas produciendo un ruido especial, le obligaron a mirar a los lados. Estaba cruzando un puente. La bruma era cada vez más densa y no podía distinguir con claridad las aguas por sobre las que estaba pasando. Pero sabía muy bien de qué aguas se trataba: Las del lago Ness.

Era la primera vez que veía —lo de «ver» era mucho decir— el tan famoso lago. «Mañana tendré tiempo...»

Y cortó abruptamente la frase que se formaba en su cerebro,

porque algo muy grande y muy negro había surgido de la niebla a su izquierda... sobre las aguas.

Con un movimiento maquinal de su pie, aplicó violentamente el freno y el coche se detuvo con demasiada rapidez, calándose el motor.

Pero de nada de esto se enteró Roger, cuyos cinco sentidos estaban ocupados en dilucidar el enigma de la masa oscura que ahora se alejaba sobre las aguas grises, perdiéndose en la niebla, que se espesaba más y más.

Aún permaneció extático durante un par de minutos, contemplando el telón gris que ahora lo cubría todo, hasta que reaccionó y se ocupó de hacer arrancar el motor.

«No bien cruzar el lago, estás en Fort August —había dicho Bárbara—. Sigues la carretera que, después de atravesar la ciudad, bordea el Ness, haces cuatro kilómetros y estás en casa.»

A pesar de los minutos de emoción vividos en el puente, Roger estaba harto de conducir. Había salido de Londres el día anterior y, aunque había pernoctado en Glasgow, se sentía cansado, con ganas de una buena ducha, una cena breve y un descanso largo. Dormir, eso era lo que más ansiaba.

¿Más que estar con Bárbara? Por supuesto que no.

«Pero —volvió a decirse—, ¿por qué sus distinguidos padres no podían pasar las Navidades en su estupendo piso londinense?»

Bueno, lo importante era estar con Bárbara, aunque fuera en ese iceberg.

Dejó tras él Fort August, que no llegaba a ser ciudad, aunque ostentara tal título, y siguió el camino junto al lago. La región seguía siendo tan desolada como siempre. Muy de tiempo en tiempo se veían las luces de una granja y sólo un par de coches y un camión lo cruzaron. Aunque eran poco más de las cuatro de la tarde, tenía que conducir con los faros encendidos para poder distinguir algo entre la niebla.

«Qué lugar eligió Bárbara para pasar sus vacaciones y el monstruo del lago para vivir», se dijo, en un alarde de humor sobre la fatiga.

En ese instante los faros le proporcionaron una primera visión de lo que no podía ser otra cosa que la mansión de los padres de Bárbara.

«Como seguramente llegarás con niebla, la casa te parecerá fantasmagórica y horrible —había anunciado la chica—. Pero luego, una vez que estés adentro, con las chimeneas bien encendidas y las copas bien llenas, la encontrarás mucho más acogedora.» «Contigo en ella, hasta la casa de Drácula sería acogedora», había contestado él, obteniendo un guiño como premio.

No eran novios. Ni siquiera, en jerga universitaria, se podía decir que «salían». Aunque, obviamente, sí que salían juntos. Pero todo en plan académico y de compañería, cosa que ponía frenético a Roger. «Quieto», era la palabra que más escuchaba decir a la chica cuando estaban solos.

El creía —y creía tener buenos motivos para creerlo— que Bárbara gustaba de él, pero existía algo que se llama «diferencia de clases», cosa que aún hoy en día fastidia bastante en el Reino Unido.

Bárbara era la hija del poderosísimo Arthur Benedict, a quien la reina en cualquier momento otorgaría un título y que, aun sin título, era millonario y pertenecía a la clase alta. Ciertamente su ingreso en tan privilegiado y exclusivo club era debido, no a sus millones, sino a su boda con Eleanor Leeds, hija de un Par del Reino, pero esto, ante Roger, no modificaba en absoluto las cosas.

Él era hijo de un modesto comerciante londinense y pertenecía, por ende, a la tan alabada en las palabras y castigada en los hechos clase media. «Tendría que haberme enamorado de alguna de mis vecinas...»

Pero se había enamorado de Bárbara Benedict-Leeds y ella le había invitado a pasar las vacaciones de Navidad con su familia, lo que era una muy buena señal, y él había hecho centenares de millas en su modesto Austin para llegar hasta ese extremo del mundo, y ya había llegado y tenía que enfrentarse con la aristocrática familia Benedict, a la que nunca había visto. Y tenía que hacerlo ya.

Había detenido el coche en el arcén, junto al lago, medio kilómetro más adelante de la casa. Dio gas y retomó la dirección. Pocos segundos más tarde se enfrentaba a la inmensa puerta de rejas de doble hoja que cerraba la propiedad.

Un hombre con ropas de jardinero se apresuró a abrir las dos hojas.

—Soy Roger Eastbourne...

—Sí, señor Eastbourne, le esperábamos. ¿Ya puede pasar?

—Sí, sí, gracias.

—Si lo desea, le acompañaré, pero siguiendo el camino llegará directamente a la casa.

—Sabré llegar solo. Adiós.

—Adiós, señor.

A pesar de la nieve y los árboles desnudos de hojas, Roger comprendió que el parque que rodeaba la propiedad era espléndido. Lo imaginó en el esplendor del verano, con Bárbara vestida de blanco y llegó a la conclusión de que sería un excelente lugar para una boda.

Y de inmediato tuvo que volver a la realidad porque llegaba junto a una escalinata y un correcto mayordomo, seguramente alertado telefónicamente por el jardinero, se apresuraba a tomar posiciones para abrirle la puerta.

—Señor Eastbourne, le esperábamos. Mi nombre es Charles. La señorita Bárbara me ha dicho...

Roger no estaba acostumbrado a que le abriera la puerta un mayordomo y se sentía confundido y nervioso. Empezaba a pensar que mejor hubiera hecho en quedarse en Londres, cuando una voz muy alegre y muy querida resonó como música celestial en sus oídos.

—¡Roger, conque has venido realmente!

Vestida con kilt y jersey grueso, como correspondía al lugar y la época, Bárbara bajó corriendo los escalones, mientras le tendía ambas manos.

—¿Creías que no vendría? —sonrió él, estrechándoselas.

—¡Me han engañado tantas veces...!

Los dos rieron a carcajadas. Una doncella, aparecida de Roger no sabía dónde, se había hecho cargo de su única maleta, y el mayordomo les precedía subiendo la escalinata. Al llegar arriba se colocó junto a la hoja abierta de la puerta. Sintiendo el Príncipe de Gales, aunque más nervioso de lo que él se sentiría, Roger penetró en la mansión, siguiendo a Bárbara.

Antes de llegar al centro de un imponente vestíbulo, con piso de mármol negro y blanco y techo con vigas de madera, del que partía una imponente escalinata también de madera, la chica se volvió a él.

—Iba a enseñarte tu habitación, ¿o prefieres saludar a la familia antes?

—Preferiría saludar antes —desde pequeño se había acostumbrado a apurar lo antes posible los malos tragos.

Ella le guiñó un ojo, precediéndolo hasta una doble puerta de trabajada madera, que se abría a un costado del vestíbulo. Para sorpresa y admiración de Roger, el mayordomo había, al parecer, adivinado sus intenciones, y ya la había abierto cuando ellos llegaron. En un salón amueblado con gran confort, pero con exquisita sobriedad, se encontraba el resto de la familia Benedict-Leeds, sentados junto al fuego.

—Roger, te voy a presentar a mi madre...

—Es un placer, señora.

—Mi padre.

—Bien venido, joven. Habrá tenido un viaje espantoso.

—Nada de eso, señor. Ha sido muy agradable.

—Y mi hermano, Richard.

—Yo soy el hermano Richard y tú eres el primo Roger...

La madre de Bárbara se revolvió molesta en su asiento.

—Richard, no te des tanta prisa en mostrarte desagradable.

—No he dicho más que la verdad, mamá. Sólo alguien con vocación de «primo» puede venirse hasta este agujero, sólo por ver a la dulce Bárbara.

Ahora le tocó al padre indignarse.

—¡Richard, si has venido para aguarnos la fiesta...!

Bárbara se apresuró a intervenir, interrumpiendo con un gesto y una sonrisa a su padre.

—No te preocupes, papá. Ya sabes que el bueno de Richard es un tímido y ésta es su forma de manifestarse. Roger no se molestará por ello.

Desde el fondo de su mullido sillón habló Richard con su voz un tanto chillona:

—Mal haría en molestarse. Nunca se molestaron por mis palabras los tres novios que Bárbara trajo a esta casa antes que a él. ¿O fueron cuatro...? Sí, cuatro, contando aquel que sólo sabía hablar de hockey. ¿Te gusta el hockey, primo Roger?

El interrogado, pese a la presencia y encanto de Bárbara, se estaba maldiciendo por haber aceptado la invitación, a la par que

maldecía los usos y costumbres de la clase alta, pero se obligó a contestar con ironía.

—No más que a ti los amigos de tu hermana, «primo» Richard — con abierta sonrisa, quitaba hierro a las palabras.

Los dueños de casa festejaron debidamente la broma.

—Supongo que Roger querrá lavarse antes de tomar el té —dijo de inmediato la dueña de casa.

—Sólo tardaré unos minutos —asintió el muchacho, poniéndose en pie.

El omnipresente mayordomo ya estaba abriendo la puerta del salón.

—Charles te acompañará a tu habitación —dijo Bárbara y Roger, con una sonrisa, se despidió de los presentes.

Antes de abandonar la estancia pudo oír la chillona voz de Richard diciendo: «Los miembros de las clases trabajadoras sólo tardan unos minutos en lavarse», pero no le hizo el menor caso. Excepto Bárbara, que dijo algo incomprensible, pero seguramente nada amable, los padres también optaron por el silencio.

Charles, en cambio, se creyó en la obligación de intentar una disculpa.

—El señorito Richard es muy bromista. A algunas personas no les cae bien, lo que es una pena porque su fondo es bueno.

—Estoy seguro que su fondo es bueno —respondió Roger, con ironía que el otro no entendió o simuló no entender, porque respondió con una sonriente inclinación de cabeza.

La habitación, aunque con demasiados muebles para el gusto del muchacho, era espléndida. Tenía dos ventanas que miraban al lago y un completo cuarto de baño para uso exclusivo de quien la ocupara. Ciertamente que los muebles eran oscuros y pesados, con un armario de luna que habría sido la última moda de la primera guerra, pero alguien —Charles, seguramente— había llenado la blanca bañera de pies en forma de garra con tibia agua, aromatizada con sales, y la tentación fue demasiado fuerte. Desnudándose a la carrera, Roger se introdujo en ella, dejándose envolver por una sensación de riqueza que, descubrió con sorpresa, le resultaba muy agradable.

Veinte minutos más tarde, con ropas limpias y sintiéndose un tanto culpable por haberse demorado tanto, descendió velozmente la escalinata. Al llegar abajo se encontró con cuatro puertas que daban al vestíbulo, todas cerradas. Estaba seguro que la del salón donde dejara a la familia era una de la dos que estaban a su derecha, pero dudó entre ellas.

Decidió empezar con la más próxima. Ponía la mano en el pestillo, cuando le llegó a través de la puerta la voz de Richard, ahora al borde de la histeria y sin el deje sarcástico de antes.

—¡Tienes que darme ese dinero! —gritaba el muchacho.

—¿Diez mil libras? —era su padre—, ¡Ni lo sueñes!

Confuso, Roger comenzó a apartarse de la puerta. Pero todavía pudo oír al hermano de Bárbara gritar:

—¡Si no me las das, me obligarás a...!

No pudo escuchar el final porque ante sus ojos apareció el sonriente e impersonal Charles, diciéndole:

—Esta es la puerta del salón —y señalando la más alejada de la escalinata.

La abrió y Roger, furioso por pensar que el mayordomo creería que había estado escuchando ex profeso tras la puerta, penetró en la estancia. Sólo la señora Benedict y su hija estaban en ella. Junto a una mesita baja, en la que estaba desplegado un completo servicio de té, esperaba una doncella.

—Le ruego que me perdone, señora...

La aludida sonrió.

—No le esperábamos hasta dentro de quince minutos —dijo—. Ha sido usted muy rápido.

—Sirve el té, mamá —dijo rápidamente Bárbara.

Sentado frente a ella, Roger le lanzó una sorprendida mirada. Aunque su aspecto, sonrisa incluida, seguía siendo el mismo, se adivinaba una carga eléctrica bajo ese exterior relajado. Se preguntó si esos nervios tendrían que ver con la discusión entre su padre y su hermano. Y si los tranquilos movimientos de la señora Benedict al servir el té reflejarían su verdadero estado de ánimo o eran fruto de muchos años de una educación encaminada a hundir los sentimientos en lo más profundo del espíritu.

—¿Dónde ha pasado la noche, Roger?

También el tono de la madre de Bárbara, al hacer la pregunta,

era relajado. Y el muchacho, que un minuto antes se sentía confundido y nervioso, al detectar las corrientes eléctricas que galvanizaban a, por lo menos, algunos de sus anfitriones, se dejó llevar por el intrascendente camino que su anfitriona le proponía.

—Dormí en la posada Las Armas del Rey Jacobo, en Glasgow.

—No la conozco. He estado muy pocas veces en Glasgow. Normalmente, venimos desde Londres en tren. A mi marido le cansan mucho los viajes largos en coche.

—También a mí, señora.

—Llámeme, Eleanor, por favor. Todos los amigos de mis hijos me llaman así.

Por primera vez desde su llegada, Roger miró a la mujer con ánimo de verla. Seguramente habría cumplido los cincuenta —sabía que Richard tenía veintiocho—, pero no los representaba. Alta, era, naturalmente, todo lo rubia y distinguida que cabía esperarse de una Leeds, pero tenía algo más. Algo inesperado. Tenía sensualidad.

Aunque nada hacía ella, al menos en ese momento en que se limitaba a beber su té y sonreír a su invitado, emanaba de toda ella un hálito de mujer. «De hembra», dijo la mente de Roger, y él se indignó ante tan cruda y desagradable expresión.

Desde luego, era mucho menor que su marido. Roger sabía, por habérselo dicho Bárbara, que Arthur Benedict tenía sesenta y tres años. Calculó que su mujer tendría una docena menos. «Esto siempre puede ser fuente de problemas», se dijo, aunque nada —excepto, tal vez, ese hálito de sensualidad— llevaba a pensar que esa perfecta anfitriona tuviera relaciones amorosas con un hombre que no fuera su marido.

—Perdona, estaba distraído...

Acababa de percibir que Bárbara le había hecho una pregunta. La chica sonrió.

—Mi pregunta era una tontería —dijo—. Prefiero conocer el motivo de tu distracción. Roger supo estar a la altura de las circunstancias.

—En realidad se trata de una tontería —mintió sin la menor vacilación.

—De todos modos, quiero saber de qué se trataba.

—Pues... —Roger miró a las mujeres como disculpándose—, Del monstruo del lago Ness. —¿Quieres decir...?

Pero la sonriente pregunta de Bárbara fue interrumpida por la burlona voz de Richard que, junto con su padre, había entrado en el salón sin ser oído por los que en él estaban. —Nuestro «primo» Roger supera todo lo previsible —decía—. Lo normal en los miembros de las clases trabajadoras, con que Bárbara nos regala regularmente, es que vean el monstruo al segundo día de su llegada.

—Pues yo lo vi antes de llegar —contestó Roger, obviamente molesto por la impertinencia del otro.

—¡Richard, ya está bien! —se indignó el dueño de casa.

—No te preocupes, papá —intervino Bárbara—, Roger está muy por encima de las ironías pueblerinas de Richard —sonrió a su invitado—. ¿De verdad que viste el monstruo? —le preguntó.

—Bueno, de ninguna manera afirmo que vi el monstruo. Sólo que, cuando atravesaba el puente sobre el lago, vi algo oscuro y grande surgir entre la niebla, sobre las aguas.

—El bote del viejo Mac Manus —se burló Richard—. Lo ha pintado de negro para asustar a los paletos.

Después de la excelente cena, ahora en un salón más íntimo que el anterior, en el que la principal decoración era un gran árbol de Navidad cargado de globos de colores, volvió a hablarse del monstruo. Ahora sin la molesta presencia de Richard, que había anunciado su intención de dar una vuelta por el pueblo.

—No cabe duda que Nessie ha significado una buena fuente de ingresos para los que viven a orillas del lago —sonrió el dueño de casa, con un vaso de whisky on the rocks, en las manos.

—Pero ¿en realidad existe el monstruo? —preguntó Roger, también con su ración de whisky.

En ese ambiente superrefinado, con hombres vestidos con smoking y mujeres con joyas y faldas largas, hablar de un monstruo prehistórico sumergido en las profundidades de un lago, no pasaba de una charla trivial de sobremesa.

—No se te ocurra hacer esa pregunta a alguien de la vecindad —rio Bárbara.

—¿Por qué?

—¡Te matarían! No se permite poner en duda la existencia de Nessie. No hay que matar la «gallinasauria» de los huevos de oro.

Todos rieron cortésmente el chiste. Contemplando a Arthur Benedict, con mucho en su aspecto de capitán de industria acostumbrado a aplastar cabezas de competidores, pero perfecto en su papel de cortés y despreocupado anfitrión, a Roger le costaba creer que fuera el mismo que discutiera tan agriamente con su hijo, unas pocas horas antes.

—Pero, hablando en serio —insistió, porque el de Nessie era un tema tan bueno como cualquier otro—, ¿ustedes creen o no en la existencia del monstruo?

—Mira, yo... —empezó Bárbara, pero fue interrumpida por su padre.

—No, Roger —dijo, con voz sorprendentemente dura—. En esta casa nadie cree en la existencia del monstruo del lago Ness, ni en ningún otro monstruo.

—Esa es tu opinión, Arthur; no la mía.

Por encima de su vaso, Roger miró atónito a la madre de Bárbara, que tan tajantemente había desautorizado a su marido.

—Por favor, Eleanor, no empieces con tus estúpidas supersticiones —se indignó éste.

Ya no era el perfecto anfitrión que Roger admirara un minuto antes.

—¿Llamas superstición a lo que tanta gente ha visto? —insistió la mujer.

—Ningún científico, de los centenares que han venido, han podido ver a la famosa Nessie.

—No me refiero solamente a Nessie, y tú lo sabes.

—¡Por favor, Eleanor, es vergonzoso que una mujer culta como tú crea esas necedades propias de villanos analfabetos!

—¡Wendy Larriman no es precisamente una villana analfabeta y lo vio!

—Wendy bebe más ginebra que un sargento de la guardia y tú lo sabes muy bien. Puede haber visto hasta Blancanieves y los siete enanitos.

—No sólo ella. También lo vieron...

Su marido la interrumpió con un gesto destemplado del brazo con el que sostenía el vaso de whisky.

—¿No crees que estamos aburriendo a nuestro invitado, querida? —preguntó burlón.

Su mujer se destensó visiblemente.

—Perdóneme, Roger —dijo—. Me molesta que mi marido sea tan... racional. Ya sabe, creer sólo en libras esterlinas y en consejos de administración.

—Y en brillantes y abrigos de visón, cosas en las que también tú crees, querida —respondió el aludido, con una sonrisa cínica en sus labios—. ¿O es que ahora has dejado de creer en ellas, por tener algo nuevo y más importante en que creer?

La mujer no respondió, limitándose a encender un cigarrillo con despectivo gesto.

—¿No tiene frío tu padre, allí fuera?

—Déjalo, le vendrá bien tomar un poco de aire polar.

Ahora Bárbara y Roger estaban solos en el salón del árbol de Navidad. La señora Benedict había simulado un bostezo y anunciado su propósito de ir a la cama muy poco después del cambio de palabras con su marido, y éste paseaba por el helado parque en compañía de su perro favorito, un hermoso collie.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El perro, ¿quién iba a ser?

Los dos se echaron a reír. Por primera vez desde que llegara, Roger empezaba a sentirse cómodo. Ahora sí la presencia de Bárbara era algo real.

—Se llama «Atila». Mi padre compró a su madre en el Kennel, hace unos diez años. «Atila» tiene ocho.

Mi padre no se cansa de decir que es el único amigo verdadero que tiene en el mundo.

Bárbara captó un brillo especial en los ojos de Roger y dijo:

—Te arrepientes de haber venido, ¿verdad?

El la miró con sincera sorpresa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no valía la pena hacer tantos kilómetros entre la nieve para asistir a las peleas de un matrimonio de mediana edad... —había dolor en el tono.

Siguiendo un impulso del momento, Roger adelantó su cuerpo hacia ella, sentada frente a él, y tomó sus manos.

—Bárbara —murmuró—, yo he venido aquí para estar contigo. Estoy contigo y eso es todo... o más, de lo que puedo desear. En cuanto a las discusiones de los matrimonios, todos lo hacen. También los míos.

Mentía, pero juzgó su obligación hacerlo.

—Las cosas no eran así antes —siguió Bárbara, retirando suavemente sus manos—, O tal vez sí lo eran y yo no me daba cuenta porque iba de colegio en colegio y de fiesta en fiesta. Ya habrás visto que mi madre es mucho menor que mi padre. Esto hace que él sienta celos...

—Bárbara, no quiero que me cuentes nada.

—Pero yo quiero contarte. Tal vez porque estás aquí y fuera hay nieve, o porque nunca he podido hablar con nadie de mis cosas más íntimas... —le miró, como rogándole autorización para seguir hablando.

—Sabes que me pasaría la vida escuchándote hablar de tus cosas más íntimas —dijo él, y ella le premió con una sonrisa.

—Mi padre tiene trece años más que mi madre. Y es... bueno, ya sabes, mi padre hizo su fortuna después de la guerra, en Australia. En cambio mi madre —rio nerviosamente—, creo que el último de los Leeds que trabajó el que frotó dos maderas para encender la pira de Juana de Arco.

—Creo que exageras un poco —sonrió Roger.

—Un poco, pero no mucho. Te decía que mi padre es celoso por naturaleza y también tengo que decirte que mi madre acaba de cumplir cincuenta años y ha descubierto, según no se cansa de decir, «que todavía es joven». Y de eso se aprovecha James Barringdale...

—¿Quién es James Barringdale?

—El abogado de mi padre. Tiene cuarenta y cinco años, es soltero, guapo y con fama de Don Juan. El resto ya puedes imaginártelo.

—Si tu padre tiene... sospechas, ¿por qué no prescindes de los servicios de su abogado? Sería una forma de alejarlo, supongo.

—Ya sabes cómo son las gentes de empresa. Siempre tienen muchas cosas que no quieren que salgan a la luz. James lleva los asuntos de mi padre desde hace quince años... tal vez más. Conoce todos sus secretos. Supongo que echarlo de un puntapié podría ser

peligroso para mi padre.

El tema era suficientemente íntimo como para hacerse desagradable a Roger.

—Por cierto —dijo, porque fue lo primero que se le ocurrió para hablar de otra cosa—, ¿de qué monstruo hablaban tu padre y tu madre?

Bárbara emergió de sus preocupaciones mirándole extrañada.

—¿Monstruo? Ah, sí. Hablaban, bueno, discutían, sobre la existencia o no del monstruo local.

—¿Es que hay otro, además de Nessie?

—Sí, Nessie es relativamente reciente. Pero desde hace doscientos o trescientos años se habla aquí del «mastín de Angus».

—¿Qué es eso?

—La versión Fort August del Sabueso de los Baskerville. Un perro demoníaco que aparece cuando alguien realmente malo, pero muy malo, se instala en la población.

—Una especie de guardián de las buenas costumbres.

—Sí, pero con métodos un tanto drásticos. Se dice que se lanza a la garganta de su víctima y la destroza.

—Horrible historia.

—De muy mal gusto, pienso yo. Pero mi madre cree en ella.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque es crédula, supongo. Hay una vieja en el pueblo que la surte de leyendas y supersticiones.

—¿Por qué llaman al bicho «el Mastín de Angus»?

—Porque el tal Angus fue, según se dice, la última víctima del monstruo; hará de eso unos cincuenta años.

—¿Y era muy malo el tal Angus?

—Según dicen, sí. Usurero, mataba de hambre a su familia y todas esas cosas. Además... Consciente de la vacilación de la chica, Roger la animó a seguir.

—¿Además?

—Además fue el anterior dueño de esta casa. Aquí lo mató el Mastín.

Durante el silencio que siguió a esta última frase, Roger dirigió su vista a la ventana. Pronto ante su vista aparecieron Arthur Benedict y su perro. El hombre hablaba animadamente a su compañero y éste levantaba su cabeza para mirarle. El muchacho

tuvo que admitir en su fuero interno que componían una imagen de perfecta amistad.

—Me voy a dormir, Roger. Y perdóname por hacerte pasar unas Navidades...

—¿Qué tienen de malo estas Navidades?

Bárbara y Roger levantaron al unísono sus cabezas.

En el vano de la puerta estaba Richard, con un abrigo manchado de nieve. Parecía estar algo bebido.

—¿Has venido andando desde el pueblo? —se burló su hermana.

—El maldito coche. Se caló el motor a medio kilómetro de aquí.

—Mejor será que te vayas a dormir.

El muchacho se introdujo en la habitación.

—Nada de eso. Tengo que proteger el honor de mi hermanita.

Harto, Roger se puso en pie.

—Yo me voy a dormir —anunció.

Creó que le iba a costar dormirse en una cama tan alta y con un colchón tan grueso, pero el cansancio pudo más. Se durmió no bien haber puesto la cabeza sobre la almohada.

Sonó con un inmenso árbol de Navidad, al que un monstruoso perro, que salía del fondo de los mares, destrozaba a mordiscos. Pero el árbol se reconstruía una y otra vez, para que el monstruo volviera a destrozarlo. De la rama más alta del árbol colgaba el viejo Angus. Tenía que morir porque era adúltero y el perro le mordía la garganta. Mucha sangre salía del orificio negro y el hombre gritaba y gritaba.

Con una sensación de asfixia, Roger despertó emergiendo bajo los cobertores que lo ahogaban por la elevada temperatura que reinaba en la habitación. Recordó los gritos del hombre en su sueño...

No era un sueño.

Seguía oyendo los gritos.

Como en el sueño, eran gritos de agonía.

Sólo que no eran humanos.

Capítulo II

ROGER saltó de la cama y, cubriéndose con una bata, salió a la carrera al pasillo al que daban todas las puertas de esa planta. Anudándose los cordones de su bata, con los ojos llenos de sueño y los largos cabellos rubios sueltos, Bárbara apareció en la puerta de su habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Quién grita? —preguntó, con voz adormilada.

De pronto, desde la planta baja, les llegó la voz nerviosa de Richard.

—¡Aquí! ¡Es «Atila»!

Los jóvenes bajaron la escalinata a la carrera, mientras a sus espaldas se abría la puerta de la habitación de los dueños de casa.

Al llegar al vestíbulo Roger se detuvo, indeciso, pero Bárbara siguió corriendo en dirección a la zona de servicio.

—¡Por aquí! —guió al muchacho.

Pasó una puerta situada junto al arranque de la escalinata y siguió por un corredor con piso de mosaico, al que se abrían dos puertas laterales y una que lo cerraba. Ante ésta apareció Richard, con bata y muy nervioso.

—¡No pases! —gritó a su hermana, cubriendo con su cuerpo el vano de la puerta.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han... Ha muerto «Atila».

La chica miró a su hermano con un gesto de dolor e incompreensión en el rostro.

—Pero si estaba perfectamente. Hace apenas unas horas dio un paseo con papá.

Richard le puso una mano sobre el hombro.

—No me has comprendido, Bárbara —dijo con voz suave—.

«Atila» no murió de muerte natural. Lo han matado.

—¿Qué dices?

Todos se volvieron. Con la cara desencajada, tras ellos estaba Arthur Benedict.

—¿Qué has dicho de «Atila»? —repitió.

Richard pasó junto a su hermana y Roger y se enfrentó con su padre. Parecía sinceramente dolorido, aunque Roger no olvidaba su comportamiento anterior. No sólo con él mismo, sino también con su padre.

Pero ahora hablaba con tono de cariño.

—Sé lo que significará esto para ti, papá. «Atila» ha muerto.

Ahora el dueño de casa parecía más viejo.

—¿Qué...? ¿Que ha muerto «Atila»? Pero si hace un par de horas...

—Lo han matado, papá.

Primero el dolor y el asombro se pintaron en los ojos del industrial, pero de inmediato dejaron paso a la indignación.

—Richard, ¿no será otra de tus estúpidas bromas?

—¿Cómo puedes creer que sea capaz de eso?

Ahora la mirada del padre reflejaba algo que Roger se negaba a calificar como odio. —Sabes que de ti puede esperarse cualquier cosa —masculló.

Mordiéndose el labio inferior, Richard se dejó apartar por el brazo de su padre sin responder a la afrenta. Roger siguió al dueño de la casa en su marcha hacia las dependencias de servicio. Bárbara permaneció donde estaba, seguramente recordando la advertencia de su hermano.

—¡Dios mío!

La imprecación de Benedict hizo que Roger mirara al piso. Estaban en el pasillo, casi junto a la puerta de una antecocina. Allí estaba «Atila». Muerto, desde luego, pero rodeado de un inmenso charco de sangre que seguía extendiendo sus orillas. «¿Tanta sangre tiene un perro?», fue la estúpida idea que cruzó por la mente del muchacho.

Había más horror que el de la muerte y la sangre. Estaba la garganta del animal totalmente destrozada, mostrando tráquea y faringe seccionadas y planos musculares cortados y colgando.

Una carnicería...

Volvió a la realidad al oír sollozos convulsivos. Era Benedict, naturalmente.

—Cálmese, señor Benedict. Mejor vámonos de aquí.

Pero el otro no le oía. Con los ojos clavados en el cadáver de su único amigo, musitaba palabras inconexas, entre las que Roger creyó entender «demonio» y «matarme a mí».

Decidiendo que era su obligación actuar, presionó con suavidad pero con firmeza el brazo de Benedict y le obligó a girar sobre sí mismo y a volver por el pasillo. El hombre se dejaba llevar, mirando al frente con ojos que, fácil era adivinarlo, estaban sólo llenos del horror que acababan de ver.

Una puerta lateral se abrió al paso de los dos y por ella apareció Charles. A pesar de la hora, estaba totalmente vestido.

—Señor... —dijo a su amo—. Oí gritos... Demoré en vestirme, le ruego me perdone. ¿Puedo hacer algo?

Bárbara y Richard no estaban a la vista, así que Roger se hizo cargo de la situación.

—Han matado a «Atila», Charles —dijo—. Será mejor que se haga cargo —hizo un gesto señalando hacia el lugar donde estaba el perro y el sirviente asintió con un movimiento de cabeza, desapareciendo en la dirección indicada.

La puerta del salón donde se sirviera el té estaba abierta y por ella escapaba un haz de luz. Roger condujo hacia allí al dueño de casa, que se dejaba llevar sin oponer resistencia.

Como el muchacho imaginara, en el salón estaban los dos hermanos, Bárbara sentada en un sillón y bebiendo de una pequeña copa de licor, y Richard de pie, apoyado de espaldas contra la chimenea, y bebiendo de un gran vaso de whisky. Roger llevó a Benedict hasta el sofá, lo ayudó a sentarse y se sentó él mismo a su lado.

Ahora consciente de sus deberes de dueño de casa, Richard se desplazó desde su lugar junto a la chimenea hasta una mesita con vasos y botellas, y llevó dos generosas raciones de whisky a los recién llegados.

Roger se apresuró a beber un largo trago, porque lo necesitaba, pero Benedict permaneció con el vaso en su mano y la mirada perdida.

—Beba, señor Benedict; le hará bien —dijo el muchacho.

Bárbara alargó su mano libre y la posó sobre una rodilla de su padre.

—Bebe, papá; lo necesitas —apoyó la chica.

Con movimientos torpes, Benedict se llevó el vaso a la boca y bebió un corto trago. La fuerte bebida le debió animar algo, porque, con mano más firme, trasegó una mayor cantidad de bebida. Después dejó el vaso sobre la mesita que estaba junto al sofá y miró a los presentes como si los viera por primera vez.

—Qué horror —murmuró, y todos asintieron.

Tras un corto silencio, volvió a hablar el dueño de casa.

—¿Por qué hacer esto a «Atila»? ¿Por qué no hacérmelo a mí?

—¿Qué dices, papá? —se indignó Bárbara.

—Sí, hija. Mi pobre amigo ha muerto en mi lugar. Es a mí a quien iba dirigido el golpe. —Tonterías... —empezó Bárbara, nerviosa, pero Richard la interrumpió.

—Antes de hablar del «porqué» —dijo— habría que hablar del «quién» —todos, incluido su padre, le miraron. El continuó—: Sí, padre; lo que interesa es saber quién ha sido capaz de cometer esa salvajada con el pobre «Atila».

—Yo sé quién ha sido —dijo de pronto una voz que sobresaltó a los reunidos.

Roger giró la cabeza, como los demás, y vio a la dueña de casa que, cubierta con una bata que le llegaba hasta los pies, el pelo recogido en un rodete y una expresión indescifrable en su rostro, avanzaba hacia ellos.

—¿Qué quieres decir? —se intrigó Bárbara.

—¿Que tú sabes quién ha matado a «Atila»? —masculló su marido, mirándola con rencor.

Ella asintió con la cabeza.

—¡Dilo de una vez! —urgió Benedict.

—He visto el cadáver —dijo ella—, y sé que tú también lo has visto. No necesitas más para saber quién lo ha matado.

Su marido hizo un gesto de impaciencia. Ella estaba de pie ante él y le miraba con dureza. Roger, que se había incorporado al entrar la anfitriona, se preguntó si no había un deje de locura en esos ojos clavados en Benedict.

—Eleanor —murmuró éste, con tono fatigado—, no volverás a tus supersticiones...

Ella se adelantó furiosa hacia él.

—¿Supersticiones? ¡Lo mismo me dijiste esta tarde! Pero ahora «Atila» está muerto. Con la garganta destrozada a mordiscos...

—Mamá, por favor.

—Es a tu padre a quien debes dirigirte, Bárbara. Es él quien se niega a aceptar los hechos.

—¡Basta, Eleanor!

—¿Te da miedo oír la verdad? ¡Pues la oirás aunque no quieras! ¡A «Atila» lo mató el Mastín de Angus!

Era la mañana del 24 de diciembre. Una mañana fría y gris, aunque sin más nieve que la que se había acumulado de días anteriores. Con la señora Benedict presidiendo la mesa, sus hijos y Roger acababan de desayunar. El dueño de casa no había salido de su habitación.

Cuando se disponían a abandonar el comedor, Bárbara propuso a Roger:

—¿Te atreverías a ir caminando hasta el pueblo?

—Por supuesto.

—Recuerda que hay cuatro kilómetros.

—Muchos más tendré que caminar en Londres para conseguir trabajo.

Todos, también la señora Benedict, rieron, y eso contribuyó a disminuir la tensión que no se había disipado desde la noche anterior.

—Tengo que ir a buscar mi coche —intervino Richard—. Echadme una mano para ponerlo en marcha y os llevaré en él hasta el pueblo.

—Queríamos ir andando... —intentó oponer Bárbara, pero Richard estaba decidido.

—Lo que queréis no es ir andando, sino estar solos. Podéis estar tranquilos, yo os llevo hasta el pueblo y allí os dejo. Lo que hagáis después será de vuestra absoluta responsabilidad.

—Richard... —simuló reconvenirle su madre, pero se interrumpió porque inesperadamente hizo su entrada en el comedor su marido. Charles se apresuró a separar su silla, pero él le interrumpió con un gesto imperativo de su mano.

—No, gracias, Charles; no voy a desayunar —tenía la misma bata de la noche anterior y su aspecto general era de desaliño—. Quería que supierais todos —se dirigía a los miembros de su familia— que acabo de llamar al bufete de James, en Londres. Él no estaba, pero he pedido a su secretaria lo localice y le pida que venga de inmediato...

—¿El veinticuatro de diciembre? —se asombró Richard. Pese a su tono ligero, Roger observó que sus manos temblaban, y que el muchacho luchaba para disimular su nerviosismo.

—Soy un cliente suficientemente bueno de James Barringdale como para que se venga hasta aquí el veinticuatro de diciembre, si yo lo llamo. Pasará las Navidades con nosotros, naturalmente —comentó en tono más distendido, pero de inmediato volvió a su dureza inicial para decir—: Por si alguien no lo ha entendido, diré con todas las letras que hago venir a mi abogado para cambiar mi testamento.

—¿Por qué querrá mi padre cambiar su testamento, precisamente hoy?

Acababan de bajar del coche de Richard, que había partido con rumbo desconocido, y paseaban por un estrecho camino, con césped bajo la nieve y árboles desnudos, a un costado, y las grises aguas del lago Ness, al otro.

—Supongo que tu pregunta es meramente retórica —sonrió Roger—. Comprenderás que yo no puedo saberlo.

Aunque los dos estaban enfundados en gruesos pantalones y más gruesos chaquetones forrados con lana, el frío húmedo les calaba hasta los huesos. Pero esto lo sentía Roger, no Bárbara, que estaba totalmente absorbida por el asunto del testamento.

—Hoy, víspera de Navidad... No es lógico, Roger.

—No es lógico para ti, pero seguramente sí lo es para tu padre. Y, cambiando ligeramente de tema, ¿no hay en Fort August ningún lugar donde sirvan café bien caliente?

Bárbara se permitió una distraída sonrisa.

—Sí —dijo—, hay varios lugares. Y uno está muy cerca de aquí.

Dejaron el camino junto al lago y se internaron por un sendero que cruzaba el parque y que estaba limpio de nieve. Pronto

desembocaron en una amplia acera, del otro lado de la cual había tiendas de todo tipo.

—¿La calle principal del pueblo? —interrogó Roger.

—Una de las dos calles principales.

Entraron en un salón de té que tenía sus ventanas engalanadas con cortinas a cuadros verdes y blancos, y un pequeño árbol de Navidad junto a una vitrina en la que se exhibían diversos tipos de tartas y pasteles. A esas horas de la mañana, la decena de mesas que había en el local estaban vacías. Se sentaron en la más próxima a la ventana y pidieron sendos cafés.

Apenas sorbido el primer trago, Bárbara volvió al tema que la obsesionaba.

—Mi padre es un hombre equilibrado, hasta frío me atrevería a decir, cuando de asuntos importantes se trata. Esta decisión repentina de cambiar su testamento...

Roger comprendió que la chica le estaba pidiendo que no se desentendiera de lo que para ella era un gran problema. Y la quería demasiado como para negarse al pedido de ayuda.

—Bárbara —comenzó—, creo que la causa del comportamiento de tu padre salta a la vista.

Ella alzó hacia él una interrogante mirada.

—La muerte de «Atila» —explicó él lacónicamente.

—Pero ¿qué puede tener que ver...?

—Bárbara, me molesta decirlo, pero la conclusión es obvia. Tu padre teme, sospecha, o como tú quieras decirlo, que quien mató al perro podría beneficiarse con las cláusulas del actual testamento.

En las delicadas facciones de la chica se dibujó un rictus de horror, pero sin embargo Roger intuyó que ella ya había incursionado por esa línea de pensamientos. Seguramente negándose a seguir por ella.

—Pero, Roger, eso sería horrible...

—Probablemente lo es, pero tenemos que aceptar los hechos, si queremos entender la actitud de tu padre. Sólo se explica su inesperada y urgente decisión relacionándola con la muerte del perro.

—El horrible asesinato de «Atila».

—Sí, dices bien. Un horrible asesinato, que sólo una mente enferma, además de criminal, puede haber cometido.

—Si el asesino fue un ser humano.

Roger se quedó mirándola con la boca abierta. Antes de hablar, bebió un último sorbo de café. Después dijo:

—Bárbara, no crearás esas fantasías de tu madre...

—Yo no vi el cadáver de «Atila», aunque algo me contó Charles. Pero tú sí lo viste. ¿Crees que un ser humano haría eso?

—Los seres humanos hacen cosas como éstas y peores.

—Sí, lo sé. Pero no es lógico...

—El asesinato nunca lo es. Y menos lógico es pensar en el Mastín de Angus.

Ella se retorció las manos, en señal de impotencia y después levantó sus ojos hasta encontrar los de Roger.

—Me estoy estrujando el cerebro desde anoche —dijo—, y no logro imaginar quién y por qué hizo semejante cosa.

—Yo también he pensado en ello. Por supuesto, ignoro totalmente quién lo hizo, pero creo tener alguna idea sobre el porqué.

Ella lo miró, sorprendida y esperanzada.

—Dime lo que piensas —pidió.

El abrió sus manos y sonrió levemente, como anticipada disculpa por lo que iba a decir. —No esperes ninguna revelación sorprendente —aclaró—. Lo que voy a decir es sólo fruto de mi pensamiento. Carezco de información especial.

—Dime lo que has pensado —repitió ella.

—Bien, creo que el asesinato de «Atila» iba dirigido contra tu padre.

Bárbara no pudo evitar que una expresión de desencanto apareciera en su rostro.

—Eso es obvio. «Atila» era el gran amigo de mi padre.

—Déjame continuar. Por supuesto que todos supimos de inmediato que el asesinato del perro agredía directamente a tu padre. Pero yo voy un poco más lejos. Creo que la muerte de «Atila» es una advertencia... o una amenaza.

La chica adelantó su cara hacia Roger. Tenía las facciones contraídas y se restregaba las manos nerviosamente.

—¿Quieres decir que mi padre corre peligro de..., de ser atacado? —musitó.

Roger hizo un gesto de impotencia.

—Por supuesto que no puedo saberlo —dijo—. Lo que creo es lo que he dicho: el asesinato de «Atila» es, de alguna manera, una advertencia a tu padre. Eso explica el deseo repentino de cambiar los términos de su testamento.

—¿Cediendo a las exigencias del asesino de «Atila»?

—O impidiendo que ese asesino disfrute de una herencia.

Bárbara se sonrojó levemente al decir:

—Roger, según lo que yo sé, el principal beneficiario del testamento es Richard.

El muchacho absorbió en silencio la información. No podía alejar de su mente lo que oyera a través de la puerta del despacho de Benedict: «¡Tienes que darme ese dinero!», «¡Ni lo sueñes!», «¡Si no me las das, me obligarás a...!»

¿A qué?

Regresaron a la mansión de los Benedict con tiempo suficiente para cambiarse de ropa y bajar al comedor cuando Charles hizo sonar el gong que anunciaba el almuerzo.

Roger, que llegó pisándole los talones a Bárbara, se encontró con que en la mesa había un comensal desconocido para él. La chica se encargó de las presentaciones.

—Roger, te presento a James Barringdale, nuestro amigo y abogado. James, te presento a Roger Eastbourne, abogado y amigo.

—¿Nada más? —sonrió Barringdale.

—¿Nada más qué, abogado? —contraatacó Bárbara.

—Si no era nada más que amigo, quería decir —aclaró el otro.

Tras servirse de la fuente que una doncella puso junto a él, Roger se dedicó a observar al recién llegado, que conversaba animadamente con todos. Indudablemente, tenía lo que hay que tener para que alguien de mediana edad, como Eleanor Benedict, perdiera la cabeza por él. Alto, atlético, con la expresión de saberlo-todo-y-sin-embargo-ser-joven, frente despejada, manos de largos y finos dedos, que cobraban vida propia cuando su dueño quería dar más peso a una afirmación... James Barringdale lo tenía todo para enamorar a una mujer.

«Seguro que hasta rico es», se zahirió Roger, molesto por el interés que Bárbara demostraba ante un relato que el abogado

estaba haciendo de una divertida incidencia ocurrida durante su viaje desde Londres.

—¿Has venido en avión? —le preguntó Richard, de improviso.

El abogado, cogido en medio de una frase, quedó momentáneamente desconcertado, pero se rehízo con una sonrisa.

—¿En avión? No, en coche. ¿Por qué se te ha ocurrido que podría haber venido en avión? Nunca lo haría en estas fechas.

—Por lo velozmente que has llegado.

El abogado miró sorprendido a Richard.

—¿Que he llegado velozmente? No te entiendo.

El muchacho alzó sus manos.

—Hombre, creo que está bien claro. Papá te llamó a Londres, pidiéndote que vinieras, a eso de las nueve, calculo, y tú llegaste aquí a las once y media.

Arthur Benedict, que hasta entonces permaneciera silencioso y como ausente de la conversación, tomó inesperadamente la palabra.

—La explicación es sencilla —dijo—. Yo había invitado hace más de un mes a James, para que pasara las Navidades con nosotros. El aceptó en principio, pero sin darme seguridad de que vendría. Quedamos en hablar más adelante, cosa que nunca hicimos. Anteanoche, James decidió venir e intentó comunicarse por teléfono con nosotros, pero la tormenta de ese día había creado inconvenientes en la línea local y no pudo hacerlo...

—Esa noche también yo intenté llamar a Londres para hablar con Roger —interrumpió Bárbara—. Quería estar segura de que vendría —explicó inesperadamente—, y la operadora me dijo que la línea estaba momentáneamente interrumpida.

—Sabiendo que nosotros le esperábamos —siguió Benedict, molesto por la interrupción de su hija—, James se puso en camino. Pero anoche llegó muy tarde a Fort August y, con su reconocida discreción, pensó que podía molestarnos su llegada a esas horas y se quedó a dormir en el West Hihglands. Por supuesto, nada sabía de mi llamada, cuando llegó aquí esta mañana.

¿Había puesto Benedict una carga de sarcasmo cuando dijo «con su reconocida discreción»? Roger pensó que sí.

Cuando todos se levantaron para pasar al salón, donde sería servido el café y los licores, Arthur se disculpó, diciendo que no se encontraba del todo bien y que descansaría un par de horas. «A las

cinco te espero en mi despacho», fue su despedida de James.

Tras servir el café y conversar unos momentos, la dueña de casa se marchó también, para ultimar con la cocinera, según dijo, los preparativos de la cena de esa noche y, en especial, la comida de Navidad.

No bien quedaron solos, Barringdale se dirigió a los jóvenes.

—He evitado mencionar el tema ante Eleanor y Arthur, pero ahora deseo que me deis todos los detalles sobre el horrible asesinato de «Atila».

—¿Te ha hablado papá de él?

La pregunta la había hecho Richard y le valió la misma mirada de sorpresa y alerta que ya el abogado le dedicara en la mesa.

—Naturalmente que fue él quien me lo dijo —respondió con tono seco James—. ¿Qué otra persona...?

—Podía haber sido mi madre. Muchas veces habla contigo.

La tensión que ya existía en la caldeada estancia subió hasta límites difícilmente soportables.

Consciente de ello, Roger se decidió a tomar la palabra.

—Yo fui uno de los primeros en llegar junto al pobre «Atila» —dijo—. De hecho, acompañé al señor Benedict en ese terrible momento. Le explicaré en detalle lo ocurrido.

—Y yo te agradeceré mucho que lo hagas, siempre que tengas presente que, entre colegas, tenemos que tutearnos.

—Gracias. Yo estaba durmiendo, cuando me despertaron unos horribles gemidos...

El relato de Roger no llevó más de una docena de minutos. Cuando terminó, la tensión había descendido a porcentajes tolerables.

—Algo realmente horrible —dijo James, con una mueca de repugnancia en su boca—. Sólo una mente muy enferma puede haber hecho semejante cosa. Si ha sido un ser humano, claro.

Sus tres interlocutores alzaron simultáneamente sus cabezas y le miraron sorprendidos. Fue Richard el primero en hablar.

—¿Qué quieres decir con «si ha sido un ser humano»?

El abogado sonrió, haciendo un gesto de disculpa con sus manos.

—Bueno, no más de lo que he dicho. Según me explicó el pobre Arthur... que, por cierto, está tremendamente afectado por lo ocurrido; «Atila» tenía su garganta destrozada por lo que podría

haber sido una mordedura. No quiero hacer un chiste estúpido en un tema como éste, pero no puedo menos que decir que no es tan frecuente que un hombre muerda a un perro... y lo mate.

El silencio que siguió a estas palabras fue roto por la voz de Richard, sonando con sus tonos más desagradables.

—Lo mismo que estás sugiriendo tú, lo ha sugerido mamá. ¿De verdad que no has hablado con ella?

Con el aire de quien se reprime para no responder con una trompada, el abogado se encaró con el muchacho.

—No —le dijo—, no he hablado de este tema con tu madre. Aunque lo haré, si ella lo desea. Es una mujer muy inteligente y conversar con ella, del tema que sea, es siempre un placer para mí. Y ahora, con el permiso de todos vosotros, me iré a echar un poco. Anoche dormí pocas horas y no demasiado bien.

—Richard, tengo que reconocer que sabes ser desagradable cuando te lo propones —dijo Bárbara muy irritada, no bien el abogado hubo cerrado la puerta a sus espaldas.

El aludido simuló un bostezo.

—Y como sé muy bien lo pesada que sabes ser tú cuando te lo propones, me iré yo también a hacer la siesta, como se dice en España.

Ni Bárbara ni Roger hicieron el menor esfuerzo por detenerlo.

Cuando, una vez más, la puerta se hubo cerrado, dijo Roger:

—Hay algo que no logro entender, Bárbara.

—Dime —le animó ella, sonriéndole como él no recordara que nunca lo hubiera hecho. —Bárbara...

—¿Sí?

—¿Por qué me has sonreído de esa manera?

—Porque me siento bien estando contigo —respondió ella, acentuando aún más la sonrisa.

—Bárbara, te quiero.

Ella siguió sonriendo, aunque la abrupta declaración de sentimientos hizo que algo de rubor, no imputable al calor de la chimenea, brotara en su rostro.

—Bueno... Debiste esperar a decirlo bajo el muérdago.

—Bajo el muérdago te besaré, además de repetirte que te quiero.

—No te veo en el papel de Pickwick[1] —bromeó ella, para disimular su embarazo.

—Bárbara... —comenzó él, poniéndose en pie, dispuesto a cogerla entre sus brazos.

Pero en ese preciso instante se abrió la puerta y una doncella penetró en el salón.

—¿Puedo retirar el servicio, señorita?

—Sí, Elsie; puede hacerlo.

Cuando la muchacha se retiró, el momento mágico había pasado.

—Antes dijiste que había algo que no lograbas entender —recordó Bárbara, de nuevo simplemente amable.

—¿Que no lograba entender...? —la mente de Roger se había alejado mucho de aquel punto, pero su dueño la obligó a volver—. Ah, sí. Me refiero a esa insistencia, al menos por parte de tu madre, y ahora parece que también de Barringdale, por atribuir el asesinato de «Atila» a un ser no humano. Se me hace demasiado difícil creer que personas supercivilizadas como ellos puedan creer en tonterías pueblerinas como el Mastín de Angus.

Bárbara tuvo un leve encogimiento de hombros antes de responder.

—Siempre es difícil saber lo que otras personas creen o dejan de creer —dijo—. Por poner un socorrido ejemplo, millones de «supercivilizados» seres leen todos los días su horóscopo en el periódico.

—Lo hacen como un pasatiempo.

—Pero no dejan de hacerlo ni un solo día. Y tú mismo, ¿no creías haber visto el monstruo del lago? —una sonrisa cariñosa compensaba las palabras.

Roger sonrió.

—Bueno... Yo vi algo oscuro y largo que surgía de la bruma. No digo que fuera precisamente el monstruo. Tal vez era el bote negro ese de que hablaba Richard. Pero algo era. En cambio, que yo sepa, nadie ha visto al famoso Mastín de Angus.

—Yo no lo vi y mi madre tampoco, desde luego —admitió ella —, pero algunos viejos del pueblo afirman haberlo visto. En especial, la vieja Agnes, por supuesto.

—¿Quién es la vieja Agnes?

—Oh, una anciana casi centenaria. Esa institución que en todos los pueblos existe. Seguramente apenas sabe leer y escribir, pero es

la más fiel cronista de los sucesos fantásticos que han ocurrido por estos alrededores en lo que va del siglo.

—Supongo que creará en la existencia de Nessie —sonrió Roger.

—Que si cree... Asegura haberlo visto tres veces. La última hace un par de años —de repente, Bárbara se puso seria y siguió hablando en un tono de urgencia, como pidiendo comprensión a su compañero—: Roger, debes hacer un esfuerzo para comprender. Esto no es Londres, es un extremo inhóspito y casi despoblado de Escocia. Aquí ha habido leyendas y supersticiones desde siempre. Ya sabes: las largas noches de invierno, la soledad, la niebla y todo eso. En esta misma casa, hace cincuenta años, es cierto, pero la casa sigue siendo la misma, se cometió un horrible asesinato. No digo que fuera el Mastín quien matara al usurero Angus, pero sí es bien cierto que la víctima apareció con el cuello desgarrado, como si un perro le hubiese mordido hasta matarlo. Ahora nos ocurre a nosotros lo de «Atila», muerto de la misma forma que Angus, y es... Bueno, iba a decir lógico. Puede que no sea lógico, pero sí es comprensible que mi madre recuerde esas leyendas que escuchó cuando niña.

—¿No es londinense tu madre?

—Ella nació en Londres, pero la familia de mi abuela materna era de aquí. Desde pequeña pasó parte de sus veranos en Fort August. Esta misma casa fue construida por uno de sus antepasados y pertenece a la familia desde entonces, hará de esto unos trescientos años.

—Pero ¿no me has dicho que hace cincuenta vivía aquí el tal Angus?

—Arrendaba la casa a mi abuelo. No era la única que la familia tenía en la región.

—Bueno —concedió Roger—, eso puede hacer comprensible la credulidad de tu madre respecto de las leyendas locales, pero ¿qué me dices de Barringdale? Ese no creo que pasara aquí los veraneos de su infancia.

—No, que yo sepa —la chica abrió sus brazos, en señal de impotencia—. No sé qué decirte con respecto a él, Roger. Es un tipo desconcertante...

—Que ni a ti ni a tu hermano acaba de gustaros.

Ella hizo un gesto evasivo.

—No sé qué decirte. Puede que tengas razón. Por supuesto, para Richard y para mí es un personaje familiar. Forma parte de nuestras vidas desde que tenemos uso de razón. Al menos, desde que yo tengo uso de razón. Es muy inteligente, muy eficiente, y, con nosotros, siempre ha sido la mar de cariñoso. Regalos y más regalos. Pero esto de mi madre... No lo creo... O no quiero creerlo, tal vez. En fin —resumió—, creo que tienes razón. Ni a Richard ni a mí acaba de gustarnos James Barringdale.

—Entonces, dejemos ese tema. Hay otros mucho más agradables —sonrió a la chica y ella le devolvió la sonrisa.

—¿De qué quieres que hablemos? —dijo con intención.

—¿A que no adivinas?

Arthur Benedict no estaba realmente cansado, como dijera a su familia para justificar su salida del salón. No estaba cansado, pero estaba aterrorizado.

Aunque la luz natural que entraba por las ventanas de su habitación no era mucha, debido a las nubes que cubrían enteramente el cielo, corrió las persianas y encendió la luz de la lámpara que estaba sobre la mesilla de noche. Después, quitándose solamente la chaqueta, se echó sobre la cama. Necesitaba pensar. Tenía muchas cosas en qué pensar.

Richard, por supuesto. Había sido demasiado tolerante con ese hijo que tan distinto a él era...

«¿Es realmente distinto a mí? Por supuesto, es casi un delincuente, pero... ¿qué era yo cuando tenía su edad?»

De todos modos, había llegado el momento de poner tope a sus locuras. Podía conseguir crédito casi ilimitado para sus correrías porque todos los usureros de Londres sabían que era el heredero de su padre. Pues bien, a partir de ese día dejaría de serlo. Y él se encargaría de que todos los usureros de Londres lo supieran.

«¿Será realmente Richard quien mató a "Atila"?»

Al ver el perro salvajemente asesinado, pocas horas después de haber negado a su descarriado hijo una importante suma de dinero, pensó inmediatamente en Richard como el asesino. Ahora, pasado el primer momento, comenzaba a dudar. ¿O ya no dudaba?

«Un aviso. Un aviso muy claro. Pero ¿es posible? Esas cosas

ocurren en las películas, no en la realidad. Y a mí, a Arthur Benedict...»

Era un hombre de acción. Acostumbrado a enfrentarse a enemigos poderosísimos y a vencerlos. Nunca había soslayado un problema. Se había enfrentado a él con la potencia de un tanque Sherman, de aquellos de la guerra, y lo había, no solucionado, sino triturado, deshecho. También ahora iba a enfrentarse a este problema.

«Si no es Richard quien ha matado a "Atila"...»

Si no era Richard, ¿quién era?

«Tal vez lo más importante no sea saber quién sino qué ha sido el asesino.»

Era una terrible, espantosa idea. Y planteaba un problema que no era del tipo de los que Arthur Benedict estaba acostumbrado a resolver.

El peleaba contra hombres poderosísimos, contra multinacionales aparentemente invencibles, y los vencía, pero ¿cómo podía enfrentarse a demonios?

Se resolvió inquieto en el lecho. Como en una película proyectada por un operador enloquecido, escenas de su vida se reflejaban en su mente, superponiéndose unas a otras y mostrando caras que no correspondían con los escenarios.

«Sí, tal vez haya hecho cosas malas en mi vida, pero ¿quién no las ha hecho! Sería absurdo pensar que seré yo el único que es castigado en vida por sus faltas. ¿La justicia? Es muy difícil decir lo que es justo y lo que no lo es».

Alargó la mano hacia la mesilla de noche, para calmar su excitación con un pitillo en ese instante, de alguna misteriosa manera que ni él mismo podía reconocer, supo que su asesino estaba allí.

Durante menos de un segundo, tuvo la oportunidad de gritar en demanda de auxilio. En el segundo siguiente ya no pudo hacerlo.

El asesino se había lanzado sobre su garganta y la destrozaba.

La luz de la lámpara le permitió reconocer de inmediato la cara que le era tan familiar, pero aun a oscuras, habría sabido reconocer a su asesino.

Logró asirlo con sus manos y luchó por alejarlo, pero ya la pérdida tremenda de sangre lo debilitaba, hasta el punto de tener

que aflojar la presión y permitir al asesino completar su obra.

Articuló su nombre, sin obtener respuesta. No la esperaba, por supuesto. Pero tenía que repetir muchas veces el horrible nombre. Alguien le oiría y llegaría a él y sabría quién le había matado.

La visión se hacía cada vez más borrosa, ahora incluso mover los dedos costaba un tremendo esfuerzo. «Estás muriéndote, Arthur Benedict». ¿Era su mente o su asesino quien había dicho la frase?

Ahora ya no tenía importancia. La sangre, como un rojo y cálido sudario cubría su cuerpo. Confusamente, supo que el asesino ya no estaba allí.

Pero tenía que seguir articulando su nombre para que recibiera su castigo.

Tenía que seguir articulando su nombre...

Aunque su garganta estuviera destrozada.

Capítulo III

TRAS el inevitable instante en que la mente se niega a aceptar el horror, Roger reaccionó incorporándose violentamente. Una necesidad imperiosa llenaba ahora su cerebro: Ver el cadáver.

Miró a Bárbara; la chica no había logrado lo que él: aún no había reaccionado. Inclinado sobre ella, Barringdale la sacudía por los hombros, murmurando frases que intentaban ser tranquilizadoras.

Roger hubiese querido quedarse con ella, pero algo así como un sentido del deber le impulsaba a ir arriba; a comprobar si era cierto lo que temía.

—Cuide de Bárbara —dijo al otro, olvidando el tuteo—, Yo voy arriba.

Salió casi a la carrera, sin esperar respuesta. Seguramente el abogado, inmerso él también en el horror, ni le habría oído. Seguía dando suaves golpecitos en las mejillas a la chica, que le miraba con ojos que nada veían.

Corrió escaleras arriba, cruzándose, y casi derribando, a una doncella que descendía los peldaños con los ojos llorosos y la faz descompuesta.

Junto a la puerta de la habitación del dueño de casa se había formado un triste corro. Eleanor Benedict lloraba silenciosamente, apoyada su cabeza en el hombro de su hijo, que tenía los ojos llenos de lágrimas. Sentada sobre una banqueta forrada de terciopelo y adosada al muro, lloraba una mujer gorda que Roger no conocía, pero que, por sus ropas y su aspecto, imaginó sería la cocinera. Por fin, apoyada su espalda contra la puerta cerrada de la habitación de su amo, estaba Charles, el mayordomo. No lloraba y hasta intentaba mantenerse erguido, pero todo él era la imagen del dolor.

Roger, tras lanzar una mirada a Richard, que éste respondió con otra de impotencia y estupor, llegó hasta la puerta.

—Déjeme entrar —exigió al mayordomo.

Este pareció regresar de un demasiado largo viaje.

—¿Eh? Oh, señor Eastbourne. Creo que sería mejor...

—¡Déjeme entrar! —repitió Roger, con una voz que a él mismo le asustó. E hizo más: Sin violencia, pero con firmeza, apartó al mayordomo que, demasiado dolido para ser digno, se dejó hacer.

El muchacho abrió la puerta apenas lo suficiente como para poder pasar, entró y la cerró de inmediato tras él.

Los que estuvieran antes en ella habían dejado la luz de la araña central encendida, lo que acentuaba la sensación de decorado teatral que se apoderó del muchacho no bien hubo visto lo que había que ver. «Demasiado exagerado para ser real —se dijo—, como en una película de la Hammer». [2]

En realidad, era demasiado exagerado. Había demasiada sangre. No sólo sobre la cama, donde estaba el cadáver con la garganta destrozada, sino chorreando por los costados del lecho al piso, y formando charcos en él. Estos lagos rojos se extendían en canalillos que cada vez eran más caudalosos y formaban nuevos lagos.

«Demasiada sangre». Lo mismo había pensado la noche anterior, ante el cadáver de «Atila». Incluso se había preguntado si era posible que los perros tuvieran tanta sangre. Los seres humanos sí la tenían. Cinco litros, creía recordar.

Permaneció clavado en el lugar, contemplando el cadáver con ojos que no podían apartarse de él. Estaba como fascinado por una visión de horror que lo enfermaba y de la que, sin embargo, no podía escapar.

De pronto se preguntó asombrado: «¿Por qué estoy aquí? ¿Qué esperaba ver en esta habitación? —Y la respuesta llegó inmediata—: Esperaba ver lo que estoy viendo.»

Sí, desde que Barringdale irrumpiera en el salón con su trágica noticia, él había sabido que iba a ver lo que estaba viendo.

El Mastín de Angus...

Reaccionando lentamente de su estado de obnubilación, intentó convencerse a sí mismo que lo del Mastín era una estupidez. Una simple y estúpida superstición de aldea. Y, sin embargo, allí estaba el cadáver de Arthur Benedict, con la garganta destrozada.

«Esto también pudo haberlo hecho un cuchillo.» Pero tuvo que confesarse a sí mismo que no creía que lo hubiese hecho un cuchillo.

Recuperando paulatinamente el autodomínio, se acercó al borde del lecho, cuidándose por vez primera de no pisar los cada vez más grandes y numerosos charcos de sangre que manchaban las alfombras colocadas a ambos lados de la cama.

Pasado el shock inicial, podía contemplar el horrendo espectáculo con aceptable tranquilidad. No era la primera vez que miraba un cadáver; durante su carrera, muchas veces había tenido que acudir a la morgue judicial. Incluso había asistido a autopsias un par de veces. Un espectáculo nada agradable, por cierto.

Miró los bordes de la espantosa herida. Aunque estaban cubiertos de sangre, le pareció ver que no eran regulares. Además no se trataba, según pudo comprobar con horror, de una sola herida, sino de varias.

Se preguntó si era lícito seguir utilizando el eufemismo «heridas», o si ya era tiempo de hablar libremente —aunque fuera para sí mismo— de mordiscos.

Seguía contemplando el cadáver cuando una voz dura y desconocida lo sacó de su abstracción.

—¿Quién es usted? ¿Por qué está aquí? —estaba preguntando la voz.

Se volvió sorprendido y nervioso. A un par de metros de él estaba un hombre joven, de duras facciones. Aunque vestía ropas de paisano, Roger adivinó en él al policía.

Iba a responder, pero Charles, que acababa de entrar, seguido por otros dos hombres, uno de ellos uniformado, lo hizo por él.

—Es el señor Roger Eastbourne, invitado de los señores —ahora Charles se dirigió a Roger, señalando al policía—. Es el señor Andrew Ferguson, jefe de la policía local —dijo, cumpliendo las reglas de su cargo, aun en tan tétrico escenario.

—¿Es usted médico? —preguntó secamente el oficial a Roger.

—No, soy abogado.

—¿Está en esta casa en calidad de abogado?

—No, estoy como invitado —iba a agregar «de la señorita Bárbara», pero no lo consideró necesario.

—En tal caso —concluyó el policía con su habitual sequedad—,

me veré obligado a pedirle que se retire de esta habitación.

Roger sabía perfectamente bien que el otro estaba en todo su derecho al decírselo, así que abandonó la habitación ensangrentada sin más comentarios.

Por otra parte, ya había visto todo lo que había que ver.

Tras él salió Charles, un tanto molesto por el trato que el policía había dado a Roger. Nadie más estaba en el rellano, frente a la puerta.

—Señor, siento que el oficial Ferguson...

—No lo sienta, Charles. Ese policía ha procedido como correspondía. ¿Dónde está la señorita Bárbara?

—En su habitación, señor. ¿Le digo que Usted desea verla?

—No, no. Déjela descansar. Estaré en la biblioteca, por si ella me necesita.

—Bien, señor.

El mayordomo comenzaba a alejarse; por primera vez desde que llegara a la casa, Roger lo miró con interés humano. Tendría alrededor de sesenta años y, aunque intentaba aparentar normalidad, su cabeza tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerse erguida sobre los hombros. El muchacho sintió de golpe simpatía por ese hombre tan leal a su patrón muerto y hasta sintió curiosidad por indagar los orígenes de esa lealtad. —Quería usted mucho al señor Benedict, ¿verdad, Charles?

El hombre se detuvo en seco y se volvió al muchacho. Luchaba para evitar que las lágrimas aparecieran en sus ojos.

—Sí, señor; mucho.

—¿Desde cuándo estaba a su servicio?

—Yo era cabo de la compañía en la que él era teniente, señor.

—¿Habla usted de la Segunda Guerra Mundial?

—Sí, señor. En Australia.

—Comprendo. Estaré en la biblioteca.

—Sí, señor.

Roger descendió lentamente los escalones. La Segunda Guerra Mundial... Hacía muchos años de eso. Calculó que la relación entre Benedict y Charles no tendría menos de cuarenta años.

Después de cuarenta años de estar juntos, no podía haber secretos entre amo y criado. Cuarenta años.

Toda una vida.

Durante más de una hora permaneció solo y casi a oscuras, en la fría biblioteca. Había elegido el lugar porque estaba seguro que nadie lo molestaría en él. Quería estar solo y fumar, hasta que pudiera ver a Bárbara, única persona con la que quería compartir esos terribles momentos.

Pero no lograría totalmente su propósito. Después de esa hora larga de soledad, la puerta se abrió para dejar paso al oficial Ferguson y uno de sus hombres, que lucía un uniforme con los galones de cabo. Este se apresuró a encender luces.

—El mayordomo me dijo que lo encontraría aquí —saludó el policía, con voz algo más amable que la que antes empleara—. Si no le importa, desearía hacerle algunas preguntas.

—Estoy a su disposición.

—Gracias. No será mucho. Ya me ha dicho la señorita Bárbara que usted llegó ayer y ni siquiera conocía a su familia.

Roger se enderezó en su asiento.

—¿Cómo está la señorita Bárbara? —preguntó, con voz que delataba su interés.

—Bien, dentro de las circunstancias —respondió Ferguson—. Ha venido el médico local y ha suministrado sedantes a la señorita ya su madre. Personalmente, pienso que también debió habérselos dado a Richard y al mayordomo, pero yo no soy médico y me limito a cumplir mi trabajo —las palabras le devolvieron a Roger—, ¿Le importa que el cabo Potter tome nota de sus palabras?

—En absoluto.

—Ya ha oído, cabo —el aludido asintió, extrayendo del bolsillo superior de la guerrera un par de cuartillas y un bolígrafo—. Tengo entendido que llegó usted a esta casa ayer por la tarde, conduciendo su propio automóvil.

—Así es.

—Hasta el asesinato del perro, ¿ocurrió algo que despertara su atención?

Por la mente de Roger pasaron fugazmente las imágenes de una puerta cerrada, tras la que padre e hijo discutían agriamente y el desagradable intercambio de agresiones entre el matrimonio Benedict.

—En absoluto —respondió con voz firme.

—Bien, hableme de lo del perro.

Roger contó puntualmente todos los hechos; primero con relación al asesinato de «Atila», después al de Arthur Benedict.

Pero se cuidó muy bien de mencionar sus sospechas de que las heridas habían sido ocasionadas por mordiscos. Y también cualquier referencia al Mastín de Angus, aunque estaba seguro que el policía, siendo de Fort August, conocería perfectamente la leyenda.

El interrogatorio, si así podía llamársele, duró apenas quince minutos. Por fin el oficial dijo:

—Eso es todo —y se puso en pie, de inmediato imitado por su subordinado.

Cuando Roger esperaba que Ferguson se fuera con un seco saludo, el policía sorprendentemente decidió mostrarse locuaz. De pie ante el muchacho, dijo, con tono confidencial:

—Este es un caso horrible desde el punto de vista humano, pero muy sencillo desde el punto de vista policial.

Roger le lanzó una auténticamente atónita mirada.

—¿Quiere decir que usted ya sabe quién es el asesino? —preguntó.

El otro se permitió una sonrisa.

—Mire, Eastbourne —dijo—, como usted bien sabe, por ser abogado, lo más difícil de determinar en un crimen, que no se trate de un burdo robo, claro, es el motivo. Aquí el motivo está clarísimo.

Como Roger no lo veía claro en absoluto, miró interrogante a Ferguson. Este le devolvió la mirada con un brillo triunfal en sus ojos.

—El dinero —dijo—. El más viejo y el mejor de los motivos.

El muchacho siguió mirándolo en silencio, lo que animó a continuar al policía.

—Aquí hay mucho dinero. Y Benedict había anunciado su intención de cambiar el testamento. El asunto es muy sencillo: esperar a que se lea el documento. Y al principal beneficiario...

—Supongo que la principal beneficiaría será su esposa.

—Puede que sí. O puede que sea su hijo Richard, que siempre fue el preferido de su padre —miró francamente a Roger—, Le hablaré sinceramente —dijo—. Usted es abogado y eso nos acerca mucho. Además, usted no es sospechoso...

—¿Por qué? —no pudo dejar de preguntar Roger.

—Porque usted pudo matar al perro, pero no a Arthur Benedict.

La señorita Bárbara ha declarado que estuvieron juntos desde que el padre dejó el salón hasta que el abogado Barringdale llegó con la noticia de la muerte. Eso los excluye a usted y a ella. Pero ninguno de los otros tiene testigo alguno que pueda corroborar su declaración.

—O sea que todos, incluidas las doncellas, podrían haber asesinado al señor Benedict.

—Sí, pero no me imagino a alguna de las doncellas haciéndolo. No de esa manera. Mire, Eastbourne, aunque sólo tengo treinta y dos años, llevo catorce en la policía. No soy un as de Scotland Yard, sino un simple policía de pueblo, pero he visto mucho. Acuérdeselo que le digo: el móvil de este crimen es el dinero. Y los sospechosos son tres.

—¿Tres? —se asustó Roger, pensando en Bárbara.

—Sí. La señora Benedict, Richard y el abogado Barringdale.

—Entiendo su razonamiento en cuanto a la señora Benedict y Richard, pero ¿por qué el abogado Barringdale? —la sorpresa que traslucía su tono era sincera.

El policía hizo un gesto esquivo.

—Bueno —dijo—, éste es un pueblo pequeño y los Benedict son gente muy principal. Todo lo que hacen o dicen despierta la curiosidad de la gente. Se dicen muchas cosas... —cambió a un tono más profesional—. Además, esa historia de la invitación ni aceptada ni rechazada, y su llegada por sorpresa... No acaba de convencerme —alzó su mano en señal de despedida—.

En fin —concluyó—, habrá que esperar hasta la lectura del testamento.

Roger volvió a quedarse solo, pero ahora con nuevos temas para meditar.

Aún lo hacía cuando, alrededor de tres cuartos de hora más tarde, se abrió la puerta y entró Bárbara, seguida por una doncella que llevaba una bandeja con diversas viandas frías y bebidas gaseosas. Roger se puso en pie cuando vio a la chica y se adelantó hacia ella con las manos extendidas. Ella las estrechó y, por un instante, el muchacho temió que se echara a llorar, pero logró controlarse.

—Deje la bandeja sobre la mesa —ordenó a la doncella.

La chica lo hizo y se apresuró a retirarse, cerrando la puerta tras de sí. Bárbara arrimó un sillón junto al que ocupaba Roger y se sentó en él. Después, como continuando una conversación, dijo:

—Yo quería a mi padre.

El muchacho permaneció en silencio.

—Sé que tenía muchos defectos —siguió ella—. Se decían muchas cosas sobre su pasado y cómo hizo su fortuna, pero supongo que cosas como ésas se dirán de todos los hombres ricos. Incluso de su vida privada... —miró a Roger—. ¿Sabías que se dice en el pueblo que Andrew es hijo natural de él?

Cogido por sorpresa, Roger no pudo evitar un respingo.

—¿Andrew? ¿Quieres decir...?

—Sí, el oficial de policía que te habrá interrogado a ti, como nos interrogó a todos.

—¿Crees que es verdad?

—No puedo saberlo con certeza, pero no lo creo. Aunque papá siempre le demostró afecto y lo ayudó en su carrera. No ocuparía el puesto que ocupa de no ser por papá.

El muchacho escuchaba todo esto con creciente interés. De ser cierto que Ferguson era hijo natural de Benedict, eso introducía un nuevo, inesperado y potencialmente muy importante factor al enigma. Recordó la seguridad que el policía demostrara al señalar los que para él tenían que ser culpables. «El móvil de este crimen es el dinero.» Pero también un hijo natural, desplazado y humillado, puede sentir deseos de venganza.

Pero lo que dijo no reflejó en absoluto sus pensamientos.

—Aunque eso fuera cierto, no veo en qué forma...

Bárbara lo interrumpió.

—Cité eso sólo como un ejemplo de todo lo que se dice de mi padre. Pero yo, a pesar de las habladurías... y de que Richard era su preferido, siempre le quise.

Adivinando que el forzado equilibrio que la chica se imponía estaba a punto de ceder, Roger señaló la bandeja.

—Veo que has tenido la buena idea de traer un poco de comida. ¿No se molestarán los demás si comemos aquí los dos?

La distracción logró su objetivo.

—Mamá está en su habitación y no va a cenar. No sé lo que harán Richard y James, pero pueden pasarse sin nosotros —dijo,

con voz casi normal.

Cenaron. Sólo unos trozos de pollo frío, un poco de jamón y gaseosa, pero era más que nada.

Cuando estaban fumando en silencio, dijo de pronto Roger:

—Bárbara, te prometo que yo descubriré al asesino de tu padre.

Ella le miró, atónita.

—Pero, Roger —objetó—, la policía se encarga de descubrir al asesino. Ellos son profesionales, conocen su trabajo...

—Ferguson cree que el móvil del crimen ha sido el dinero —brevemente, y sin hablar de sospechosos, contó a la chica lo que le dijera el policía—. Yo no descarto ese tan obvio motivo —concluyó—, pero me incluyo a pensar en otros.

—¿Otros? —inquirió ella.

El hizo un gesto de impotencia.

—No puedo decirte ahora uno concreto. Pero... Pero creo que éste no es un simple caso de ambición.

—¿Qué es lo que crees?

—Es difícil de decir...

—Dilo —urgió ella.

Ante la insistencia, Roger se decidió a hablar.

—Creo... que hay elementos... extraordinarios en todo esto.

—Al decir elementos extraordinarios, ¿quieres decir sobrenaturales?

—No necesariamente.

—¿Te refieres al Mastín de Angus?

—No concretamente a él, pero...

—¿Sí?

—Bárbara, no sé si es intuición o premonición, pero intuyo que hay mucho odio en todo esto. Como si... Como si el mismo demonio guiara la mano del asesino.

Tras unos segundos de silencio, murmuró Bárbara, con voz apenas audible:

—Roger, tengo miedo.

Capítulo IV

YA en su habitación, Roger permaneció largos minutos sentado en un sillón junto a la ventana. Fumaba y reflexionaba, contemplando distraídamente el paisaje que se extendía más allá de los cristales. Había caído una nevada por la tarde, cuando él estaba en la biblioteca, y todo estaba cubierto por un manto blanco. «Como una postal navideña», pensó sin proponérselo. Y entonces, con sorpresa, recordó que era Nochebuena.

«La noche de la Vida es para, esta casa, la noche de la muerte».

Recordó las palabras de Bárbara: «Roger, tengo miedo. —Él también lo tenía. No por su propia seguridad, pero sí por la de la chica—. Como si el demonio guiara la mano del asesino.»

Estaba seguro que había un trasfondo demoníaco, demencial en todo eso. El crimen siempre tiene algo de demoníaco, pero hay formas más «civilizadas» de matar.

Dispuesto a cumplir la promesa hecha a Bárbara, reflexionó sobre los posibles asesinos.

¿Quién podía ser capaz de matar de tan horrible manera? Comenzó por los sospechosos favoritos del oficial Ferguson. ¿La señora Benedict? Imposible. Descartable sin más trámite. Podía ser influenciable por las consejas lugareñas, pero no estaba loca. Y ninguna mujer que se moviera en las fronteras de la normalidad podía matar de esa manera. Un veneno, un disparo, la simulación de un accidente, incluso; pero nunca esa horrible carnicería. No, Eleanor Benedict podía ser borrada de la lista de sospechosos.

Obviamente, Richard era el sospechoso ideal. Según le dijera Bárbara, era el principal beneficiario del testamento. El mismo había oído que tenía deudas y su padre le había negado el dinero necesario para satisfacerlas. Él le había amenazado... Y lo último y,

posiblemente, lo más importante, su padre había sido asesinado momentos antes de dictar a James Barringdale un nuevo testamento.

Sí, Richard, desagradable y lleno de deudas, era el sospechoso principal. Pero también estaba James Barringdale.

Fuera por el interés con que Bárbara escuchara sus palabras durante la comida, por su aspecto de tópico latín lover, o por cualquier otro motivo desconocido para él, a Roger no terminaba de caerle bien el abogado. Sin embargo, por lo que sabía, a Barringdale no parecía favorecerle la muerte de Benedict.

No le favorecía económicamente, pero si eran ciertas las habladurías acerca de sus relaciones con Eleanor Benedict...

Eliminar al marido y, de paso, convertir en millonaria a la amante, no es mal negocio.

Roger sacudió la cabeza. No podían ir por ahí los tiros. Era Richard el que heredaba, no su madre. Y lo de matar al marido ya no se lleva.

Había un impedimento mayor para pensar en el elegante abogado como el asesino: Por más que a Roger le molestara el «encanto» de Barringdale, no podía imaginárselo desgarrando... — ¿con un cuchillo?, ¿con las uñas?— los cuellos del perro y de Benedict.

Bien, había que descartar como presunta asesina a Eleanor Benedict; no era fácil admitir que Richard cometiera esa carnicería con su propio padre; el abogado era demasiado refinado como para producir todo ese horror... pero Benedict y su perro estaban muertos. Si ninguno de esos tres sospechosos de Ferguson era el asesino, ¿quién lo era?

Ferguson, el policía de quien se decía que era hijo natural de Arthur Benedict. No se le podía descartar como posible asesino. Podía haber vivido una niñez alimentándose más de odio que de alimentos. Un odio tal vez generado en él por su propia madre, que se sentiría justamente vejada por el poderoso hombre que se aprovechara de ella para satisfacer sus deseos y después, al decirle ella que estaba embarazada, la abandonara a la necesidad y la vergüenza.

Sí, el odio más que la codicia podía producir actos tan espantosos. Primero matar al perro como clara advertencia a su

amo. Pero, si realmente había sido Ferguson el asesino y Benedict había llegado a sospecharlo, ¿por qué pensar en cambiar el testamento?

De inmediato se le ocurrió a Roger una muy buena razón: Incluir entre los herederos a aquel olvidado hijo natural, no por darle lo que en justicia le correspondía, sino para detener su mano asesina. Una forma muy eficiente de dar por recibido el mensaje que la muerte de «Atila» entrañaba.

Roger se dijo que tendría que indagar más en el pueblo sobre el pasado de la familia Benedict. Y también de la familia Leeds, naturalmente. Sin saber por qué, se afirmaba en él la idea de que estos crímenes hundían sus raíces en el pasado.

Ahora ya no había más sospechosos, excepto que se pensara en el vagabundo loco que entró y mató porque sí. Pero esto sí que podía descartarse. Ningún vagabundo loco permanecería más de doce horas escondido en la casa, después de matar al perro, sólo para matar al propietario, sin robar siquiera un botón. Aparte de la imposibilidad para un desconocido de moverse libremente por una residencia desconocida para él y llena de gente.

No, los crímenes los había cometido alguien muy directamente relacionado con la familia Benedict.

Alguien lo suficientemente relacionado como para que el perro no ladrara al verle.

«Ahora ya no hay más sospechosos», se repitió Roger y, no bien formarse la frase en su mente, una imagen se formó en su retina: Charles, el mayordomo.

¿Por qué en ese preciso instante había pensado en él como sospechoso?

Por algo que había pensado. Eso de que «los crímenes hundían sus raíces en el pasado». El pasado... ¿De dónde provenía esa relación entre el mayordomo y el pasado de su amo?

Australia.

Charles había dicho que conoció a su amo cuando era su superior durante la guerra mundial, en Australia.

¿Eso podía convertir a un hombre a quien él había visto llorar por el asesinato de su amo, en sospechoso de haber cometido ese mismo asesinato?

Roger movió dubitativamente la cabeza. Es muy fácil fingir un

dolor que no se siente, incluso con lágrimas en los ojos.

Pero, si algo había ocurrido durante la guerra que justificara en Charles tan gran odio hacia su superior, ¿por qué había esperado tanto para consumir su venganza? Y ¿por qué había actuado ahora precisamente, después de servir durante casi cuarenta años a la familia con absoluta fidelidad, al menos aparente?

Sintiéndose de pronto muy fatigado y con ganas de hundirse en el sueño para, al menos durante unas horas, escapar de tanto horror, el muchacho se incorporó y comenzó a desnudarse.

«También habrá que incluir a Charles entre los sospechosos», se dijo, a punto de quedarse dormido.

Primero fue parte del sueño. Bárbara se hundía en el lago Ness y él luchaba desesperadamente para rescatarla de las garras del monstruo largo y negro de las profundidades.

Bárbara gritaba y gritaba porque los pies de Roger se hundían en el fango y no podía adelantar ni un paso. Ella iba a morir con su garganta desgarrada por el Mastín de Angus y él nada podía hacer por evitarlo. Por eso ella gritaba...

Se despertó sobresaltado, sentándose en la cama. Todo era oscuridad a su alrededor.

Oscuridad, pero no silencio.

Los gritos no eran parte de su sueño. En alguna parte de la gran mansión, una mujer gritaba histéricamente.

Se levantó de un salto y, echándose la bata sobre los hombros, salió al corredor.

Richard bajaba a la carrera por la gran escalinata.

—¡Los gritos vienen de las dependencias del servicio! —gritó a Roger, sin dejar de correr.

El muchacho lo siguió a igual velocidad. Por primera vez, las densas sombras del antiguo edificio se le antojaron fantasmales y llenas de peligros. A su mente acudieron recuerdos de lecturas que hablaban del «espíritu» de las viejas casas, ocultándose en los olvidados desvanes o en los ignorados subterráneos, para aparecer vengativo cuando hasta su propia existencia era negada por los nuevos ocupantes.

El espíritu de la casa de los Benedict, tal vez heredero del

espíritu del viejo Angus, asesinado por el Mastín.

Siempre tras los pasos de Richard, Roger atravesó la gran cocina y llegó hasta lo que supuso sería el comedor del servicio. De allí partía una pequeña escalera de piedra, por la que descendió el joven Benedict.

A su término, Roger se encontró en un amplio espacio con piso de piedra, al que se abrían cuatro puertas. Junto a una de ellas, estaban la señora Bates, la cocinera; el jardinero, y Ruth, una de las doncellas.

—¿Qué ocurre? —demandó Richard.

Todos se volvieron sobresaltados al oírle. Fue la señora Bates la encargada de responderle.

—Es Elsie, señorito Richard. Parece que tiene un ataque de nervios.

El muchacho lanzó un soplo de disgusto.

—Si por cada pelea con su novio va a despertar a toda la casa...

Todos se pusieron de parte de la doncella.

—Elsie no tiene novio.

—Está muy afectada por la muerte del señor.

—Es natural —concedió Richard, más calmado—, Pero de ahí a tener un ataque de histeria en plena noche... ¿Quién está con ella?

—El mayordomo, señor.

—Bien, espero que se recupere. Y díganle a Charles que la deje dormir hasta la hora que quiera.

Richard y Roger se volvieron e iniciaron el regreso hacia sus aposentos. Se acercaban al pie de la escalera, cuando del cuarto de la doncella llegó su voz contenida, pero con un evidente deje de histeria.

—¡Juro que lo vi! ¡Era un animal horrible! —estaba diciendo.

Richard frunció sus labios mientras miraba significativamente a su compañero. El gesto y la mirada querían significar que no hay que hacer caso de lo que diga una muchacha histérica, pero Roger no pensaba lo mismo. Haciendo un breve gesto de detención con su mano, volvió atrás, apartó a los que estaban junto a la puerta y penetró en el cuarto.

Había dos camas, las dos con señales de haber sido ocupadas; sobre una de ellas estaba tendida Elsie, cubierta por una vieja bata, que dejaba a la vista sus piernas hasta algo por encima de sus

rodillas. Sentado junto a ella en el mismo lecho, Charles, también en bata, intentaba hacerle beber algo de un vaso. Se volvió al entrar Roger.

—¡Señor Eastbourne! ¡Entonces hasta las habitaciones de los señores han llegado los gritos de esta muchacha! ¿Te das cuenta del trastorno que estás ocasionando con tus estúpidos nervios, Elsie?

—Pero, señor Manigan —era la primera vez que Roger oía llamar al mayordomo por su apellido. Observó que la chica, si había sufrido un ataque de histeria, ya lo había superado—, yo vi a ese animal.

—Elsie, ya te lo he dicho muchas veces. Todos estamos alterados por las terribles muertes que han ocurrido en la casa. Tú te dormiste bajo esa terrible impresión y, al levantarte para ir al lavabo, creíste ver...

—¡No «creí» ver, vi! —el tono volvía a contener un porcentaje de histeria.

—Permítame, Charles —se decidió Roger, adelantándose. El mayordomo se puso en pie y se apartó para hacerle lugar—. ¿Me conoces, Elsie? —comenzó el muchacho.

Ella le lanzó una sorprendida mirada tras sus lágrimas.

—Claro que sí, señor. Usted es el señor Eastbourne, el amigo de la señorita.

—Bien, Elsie. Veo que tu cabeza funciona perfectamente.

—Es lo que yo les estoy diciendo a todos. Pero no me creen.

—Yo sí te creo. Ahora cuéntame lo que has visto.

Ella enjugó sus lágrimas con el borde de la sábana que estaba bajo su cuerpo.

—Anoche me acosté muy apenada por lo del señor —comenzó—. El señor era bueno con nosotras.

—Estoy seguro de ello, prosigue.

Charles agitó su cabeza, nervioso por la introducción de la chica, pero no se atrevió a intervenir.

—Tuve sueños muy feos. Soñé que mi madre se moría y yo no podía ir junto a ella.

—Yo también soñé algo por el estilo.

La chica lo miró con renovado interés.

—¿De verdad? —preguntó retóricamente y, alzando su cabeza hasta ver al mayordomo—: ¿Lo ve, señor Manigan? El señor

Eastbourne no es ningún histérico y soñó lo mismo que yo.

—Elsie, límitate a responder lo que el señor Eastbourne te ha preguntado —masculló el aludido, a punto de estallar.

—Sí, sí. Digo que estaba dormida y soñaba todo eso y de pronto me desperté y me dieron ganas de... —se ruborizó—. Bueno, me levanté para ir al lavabo. Salía de allí cuando le vi...

—¿Qué viste, Elsie?

—El animal. Quería atacarme, pero yo grité y huyó.

—¿Cómo era ese animal?

—No sé. A mí me dio mucho miedo porque enseguida pensé en el Mastín de Angus... Charles se acercó a la cama con una mirada triunfal.

—¿Lo ve, señor Eastbourne? —dijo—. Estas pobres chicas oyen desde que nacen todas esas tonterías del Mastín de Angus y del monstruo del lago y, no bien ocurre algo que las desequilibra, creen ver monstruos por todas partes.

Roger asintió brevemente al mayordomo, pero puso una afectuosa mano en el brazo de la chica.

—Te dije que te creía, Elsie, y lo repito.

Ella abrió mucho sus ojos. «No tendría más de diecisiete años y, si la fortuna le hubiera sonreído, podría haberse convertido en la belleza local», pensó Roger.

—...una bombilla —estaba diciendo ella—. A su luz pude ver muy bien el animal. No fue un sueño, ni una histeria o como se llame.

—Vuelvo a hacerte la pregunta que te hice antes, Elsie, ¿cómo era ese animal?

La chica se mordió el labio inferior.

—No sé... Tenía mucho miedo.

Roger no estaba dispuesto a ceder. Y se dispuso a coger el toro por las astas.

—¿Sabes cómo es un mastín, Elsie? —preguntó.

Ella abrió aún más sus ojos. Había mucho miedo en ellos.

—Sí... Sí, señor. La familia Scott tiene uno.

—¿Dirías que el animal que viste podía ser un mastín?

La cara de Elsie demostró claramente que por primera vez estudiaba seriamente esa posibilidad. Y la respuesta, dicha con voz más firme que todo lo anterior, no se hizo esperar.

—No, señor. El animal que yo vi era más pequeño que un mastín.

—¿A qué animal conocido podía parecerse?

—No lo sé. Yo tenía mucho miedo y el... el bicho ese corría mucho.

—¿Hacia dónde?

—¿Qué?

—Te pregunto que hacia dónde corría.

De nuevo la expresión de concentrada seriedad.

—Pues... La verdad, no puedo decírselo, señor. Le vi un instante ante mí, grité y después no le vi más.

—Lo comprendo. Ahora te haré por última vez la pregunta que mucho te agradecería que me contestaras, ¿se parecía a algún animal conocido?

—No sé... —miró esperanzada a Roger—. Tal vez...

—¿Sí?

—Tal vez se pareciera a un gran zorro.

El muchacho le dio unas palmaditas afectuosas en el brazo.

—Gracias, Elsie. Ahora descansa tranquila, ningún animal va a hacerte daño.

Lo decía para tranquilizarla, no porque creyera en sus palabras.

Al pie de la escalera de piedra lo esperaba Richard.

—¿Eres psicoanalista de criadas histéricas? —se burló.

En pocas palabras, y en presencia del silencioso Charles, Roger le transmitió lo que Elsie acababa de decirle.

—¿Tú te crees lo del animal? —preguntó muy serio Richard, al término de la narración. Estaban subiendo la estrecha escalera, Roger contestó cuando llegaron al comedor del servicio, fuera de los oídos del resto del personal.

—Sí, Richard, lo creo.

—Pero eso es absurdo... Como no se trate de algún perro vagabundo que pueda haberse metido en la casa. O de un gato, claro.

Roger se alzó de hombros.

—Yo no he dicho que se trate de un dragón o de un unicornio —dijo—. Puede tratarse de un perro, de un gato, o de un animal «parecido a un zorro», como dijo Elsie. Lo único que me considero en la obligación de decirle es que... a mí no me sorprende

demasiado que haya un animal desconocido en la casa.

Richard le lanzó una asombrada mirada y de inmediato, con voz normal, dijo a Charles: —Disponga lo necesario para que mañana se haga un rastreo total de la casa en busca de ese animal.

Capítulo V

A la mañana siguiente —¡la mañana de Navidad!—, Roger se levantó tarde. No era esto de extrañar porque sólo en horas de la madrugada logró conciliar el sueño.

Sin más compañía que la silenciosa de Charles, tomó un breve desayuno de riñones al jerez, zumo de piña y café. Cuando terminó, hizo la pregunta que tenía en la mente desde que abandonara el lecho.

—¿La señorita Bárbara está en su cuarto?

—No, señor. Me ha dicho que, si usted preguntaba por ella, le dijera que le espera en la biblioteca.

—Voy ahora mismo.

—Sí, señor.

Ya estaba junto a la puerta del comedor cuando se volvió a Charles que, ayudado por Ruth, comenzaba a levantar el servicio de desayuno.

—Charles...

—¿Señor?

—¿Han buscado el animal que vio Elsie?

—Todo el servicio, bajo mi dirección, lo ha buscado, señor. Hemos revisado la casa, desde el desván a los sótanos, incluyendo la bodega, naturalmente. No hemos encontrado ningún animal, ni rastros de su existencia, señor.

Mientras se encaminaba hacia la biblioteca, Roger sonrió recordando el tono que empleara el mayordomo para darle la información. Había en él un matiz de reproche. Por haber creído reales las visiones de Elsie, seguramente.

En la pequeña habitación con tres de sus paredes cubiertas de libros, encontró, efectivamente a Bárbara, pero no sola, como

esperaba, sino acompañada por Richard. Los dos estaban serios y silenciosos.

—El juez de instrucción ha dispuesto que esta misma tarde se lea el testamento —soltó Richard, tras un breve saludo.

—¿Hoy, día de Navidad? —se sorprendió Roger.

—Ferguson tiene mucha prisa por meterme entre rejas —murmuró el otro, con amargo tono.

—Richard, por favor, no digas esas cosas.

El muchacho miró a su hermana un instante y después dijo, ahora con tono de dureza.

—Tú sabes tan bien como todos que yo soy el sospechoso número uno. Jugador, sablista, borracho. ¿Qué más se puede ser? «La oveja negra de la familia.» ¿Cuántas veces escuché esa frase? Y, para peor, el preferido de papáito. El heredero. ¿Quién mejor que yo para matar a mi padre?

—Richard, no seas desagradable.

El muchacho lanzó una inesperada carcajada que hizo dar un respingo a su hermana y pensar a Roger si al otro no estaría borracho.

—«Richard, no seas desagradable» —se burló el muchacho, imitando la voz de Bárbara—, Estoy a punto de ser encarcelado por haber asesinado en forma horrible a mi propio padre, y mi dulce hermanita me pide que no sea desagradable. ¡No cabe duda que los Benedict somos gente encantadora! Tan refinados...

—¿Mataste a tu padre, Richard?

El interrogado se volvió sorprendido hacia Roger, que era quien hiciera la pregunta. También Bárbara le miró desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Te lo repetiré: ¿Mataste a tu padre?

—¡Por supuesto que no! —Richard acompañó sus palabras con un gesto de indignación.

—En ese caso —siguió Roger, con voz tranquila—, ¿por qué te alteras tanto? Que seas el principal beneficiario del testamento no te convierte en asesino. Aunque te detengan, cosa que no es fácil, podrás demostrar tu inocencia. O la policía encontrará al verdadero asesino.

Richard emitió una risa sarcástica.

—«La policía encontrará al verdadero asesino», «Podrás

demostrar tu inocencia» —remedó—. Y anoche San Nicolás llenó mi media con juguetes... Tú crees en los cuentos de hadas, Roger. Puede que seas el hombre ideal para mi hermana, que también cree en ellos, pero, desde luego, no eres el hombre ideal para sacarme del atolladero en que estoy metido.

—¿Todo tu atolladero consiste en ser el principal heredero de tu padre? —preguntó Roger con no disimulado fastidio. No le resultaba fácil interesarse por los problemas de tan antipático personaje.

—No sólo por eso. Las peleas con mi padre son bien conocidas por todos los que nos conocen a nosotros. Para mi desgracia, la última de esas peleas la tuve a poco de llegar tú —Roger la recordaba muy bien, pero se cuidó de decirlo—, y fue bastante violenta. Yo estoy desesperado por dinero, se lo pedí a mi padre y me lo negó, así que yo dije algunas cosas desagradables, que fueron oídas por los criados y puntualmente repetidas al eficiente policía Ferguson, quien tomó buena nota de ellas.

—¿Qué dijiste exactamente?

Richard dirigió una especulativa mirada a Roger, que le había hecho la pregunta. Dudó un instante, pero después se decidió a hablar.

—Yo había pedido diez mil libras a mi padre —comenzó, con tono fatigado—, él me las negó y yo le dije que, si no me las daba, me obligaría a matar a alguien.

Conque eso era. Roger recordaba perfectamente haber oído «Si no me las das, me obligarás a...», y entonces hizo su aparición Charles. El mayordomo habría escuchado toda la frase y la repetiría al policía. ¿Se compaginaba eso con la fidelidad debida a la familia?

Otra fue la línea de pensamiento que siguió Roger al hablar.

—Al decir esa barbaridad, ¿estabas pensando realmente en matar a tu padre?

—Al decir eso estaba pensando realmente en matar al usurero que lanza sobre mí sus matones para que les pague su maldito dinero.

—¿Le dijiste eso a Ferguson?

—Por supuesto. Pero él es un policía. Parte de la base de que ningún asesino va a admitir que lo es.

—De todos modos, ésa no es prueba suficiente para convencer a

un jurado.

Richard le lanzó una sardónica mirada.

—¿Quieres más todavía? —dijo—. Según el forense, mi padre y «Atila» fueron muertos con un instrumento cortante, de punta roma, lo que motivó los horrible desgarramientos de...

—Richard...

—Perdona, Bárbara. Sinceramente, olvidé que estabas presente. Continúo. Yo poseo un abre cartas que responde exactamente a esas características. Como era de prever, fue encontrado por la policía sobre la mesa escritorio que está en mi habitación. Como también era de prever, no había ninguna mancha... —miró fugazmente a su hermana—. Ninguna prueba comprometedor —se corrigió—. Dicho de otra manera, el artefacto estaba inmaculadamente limpio; pero, de todos modos, la policía se lo llevó como prueba.

—Prueba circunstancial y que de ninguna manera te acusa en forma directa —opuso Roger.

—De acuerdo, abogado. Lamento que ya James se haya ofrecido; de no ser así, me habría encantado que te encargaras de mi defensa.

—Dile a Roger que fuiste el primero en llegar junto a papá.

Las palabras de Bárbara espolearon el interés del muchacho.

—¿Tú fuiste el primero en llegar junto a tu padre?

—Sí, mi cuarto está frente al suyo. Había renunciado a dormir y bajaba a reunirme con vosotros cuando, al salir de mi habitación, me pareció oír un gemido de mi padre. Temiendo algún problema cardíaco, abrí la puerta y entré. Lo demás... ya lo sabes.

—Espera un poco... Dices que abriste la puerta, ¿luego estaba cerrada?

—Sí, la ventana de su habitación estaba entreabierta, lo que era normal porque él no toleraba la falta de ventilación.

Roger miró a Bárbara.

—Perdona que hable de estas cosas —le dijo—, pero quiero saber lo más posible —la chica asintió con un gesto y él volvió sus ojos a Richard—. Cuando llegaste junto a él —le preguntó, acentuando mucho las palabras—, ¿tu padre estaba vivo?

—Expiró un minuto o poco más después de mi llegada.

—¿Dijo algo? —ésta era la pregunta que quería hacer desde que supiera que Richard había sido el primero en llegar junto al agonizante.

—Comprenderás que en su situación...

—Sí, sí, lo comprendo. Pero esto puede ser de vital importancia, ¿crees que dijo, o intentó decirte, algo?

Richard se alzó levemente de hombros.

—Ya he contado esto a Ferguson y no le dio mucha importancia —dijo.

—¿Entonces tu padre dijo algo?

—Intentó decirlo.

—¿Pudiste entenderle?

—Entendí algo así como... Debes comprender que apenas podía articular, tal vez dijo otra cosa completamente distinta.

—Comprendo. Dime lo que tú creíste entender.

—Algo así como: «Ese hombre... Maldad...». [3]

—*Bueno, es natural que dijera eso, dadas las circunstancias. Pero me temo que no nos conducen a nada.*

—Lo mismo dijo Ferguson. De todos modos, él me conducirá a mí a la cárcel.

—Y yo te sacaré de ella.

Absortos en la conversación, ninguno de ellos había reparado en la silenciosa entrada de James Barringdale. Aunque su cara seguía siendo tan virilmente atractiva como siempre, el abogado parecía diez años más viejo que el día anterior, durante el almuerzo.

—No te preocupes, Richard —insistió—. Ferguson no podrá presentar un caso contra ti. En primer lugar, porque yo estoy convencido de tu inocencia y desarmaré cualquier argumentación; y, además, porque no se puede acusar a alguien de asesinato sólo porque sea el principal heredero de la víctima y tenga un abrecartas en su escritorio. De todos modos, me gustaría charlar unos momentos contigo, para que estés preparado por si tienes que comparecer ante el juez de instrucción. Si quieres, vamos a tu habitación...

Pero Roger vio la oportunidad que estaba esperando.

—Pensaba llevar a Bárbara a dar un paseo. Pueden quedarse aquí.

Cuando estuvieron en el interior del coche de Roger, éste dijo a la chica:

—¿Te atreves a guiarme hasta la casa de la vieja Agnes? Podrías llevarle un regalo de Navidad.

Ella le miró atónita.

—¿La vieja Agnes? ¿Qué esperas que ella te diga?

—Muchas cosas —respondió lacónicamente él.

Sólo cuando el coche estuvo en la carretera volvió a hablar:

—Ya te he dicho que creo que estos crímenes no han sido motivados por la codicia, sino por el odio. Anoche pensé mucho sobre ello... y el animal que Elsie dice haber visto de alguna manera me hace pensar que sigo una línea correcta de pensamientos...

—Elsie es una chica que lee muchas fotonovelas y ve mucha televisión, Roger. Y sabrás que Charles, por orden de Richard, revisó toda la casa sin encontrar el menor rastro de tal animal.

—Sí, lo sé. Puede que el animal haya sido sacado de la casa inmediatamente después de haber sido visto por Elsie, o que esté tan bien escondido que no pudo ser hallado.

—O que no exista.

—De acuerdo, o que no exista. Dejemos el animal, por el momento, y ocupémonos de la abuela Agnes. ¿Crees que sus dientes le permitirán comer un buen budín?

La abuela Agnes, que dijo tener 82 años, aunque todos le asignaban diez más, pudo comer, y comió con gran apetito, tres generosas porciones del exquisito plum-cake que Roger comprara para ella en la mejor pastelería de Fort August.

Después, tras beber unos traguitos de un licor de cerezas que le había llevado esa mañana una de sus nietas, se mostró dispuesta a contestar cualquier pregunta que Roger o la BBC quisieran hacerle.

—Señora, ¿cree usted realmente en la existencia del Mastín de Angus?

La delgada, pero todavía erguida y lúcida anciana, se irguió aún más.

—¿Que si creo? Por supuesto que sí. Y más que yo creerá en él el mismo Angus, je, je.

—¿Usted vio al Mastín alguna vez?

—¡Claro que sí! Varias veces.

El énfasis puesto en la respuesta hizo que Roger dudara de su veracidad. La anciana parecía encantada. Ocupaba un gran y antiguo sillón, que parecía llenar todo el pequeño salón de la

humilde cabaña que era su hogar y el de uno de sus hijos, casado y con hijos que hacía ya muchos años que se habían casado a su vez. Gran parte de la familia, reunida para la Navidad, contemplaba orgullosa a la anciana, apiñados junto a las dos puertas que daban al salón o desde la calle, a través de las dos pequeñas ventanas de la habitación.

Contrastando con la alegría de la vieja Agnes, Roger empezaba a pensar que estaba perdiendo el tiempo, cuando fue la propia anciana quien lo sacó del bache.

—Joven, usted ha venido a verme porque a Arthur Benedict y a su perro los han asesinado en forma parecida a como fue asesinado el viejo Angus, ¿no es así?

—Sí, señora, pero...

—Déjeme continuar, joven. A usted le han contado, seguramente ha sido esta adorable Bárbara, a quien yo he tenido muchas veces sobre mis rodillas, a usted le han contado, digo, la historia del Mastín de Angus, y ha pensado que podía haber sido el Mastín quien cometiera los asesinatos, ¿no es así?

—Sí.

—Y se ha dicho... Bueno, ha sido Bárbara quien lo ha dicho, «Nadie sabe tanto del Mastín de Angus como la vieja Agnes, así que vamos a verla a ella, ¿no es así?»

—Sí —volvió a asentir Roger, fascinado por la agudeza mental de la viejísima mujer.

—Pues bien —siguió ella—, si yo quisiese investigar... ¿Es usted policía, joven?

—No.

—No será uno de esos horribles investigadores privados que vemos en la televisión, ¿verdad?

—No, no. Soy abogado.

—Me alegra saberlo. Un abogado podrá mantener mejor a mi querida Bárbara que un policía.

—Señora, yo... Nosotros...

—No me diga nada, joven. Los viejos tenemos mal la vista, pero vemos mucho más que los jóvenes. Volviendo a lo que le estaba por decir, si yo quisiera investigar unos crímenes misteriosos en la Abadía...

—¿La Abadía?

—¿No se lo dijo Bárbara? Así llamamos los viejos del pueblo la casa de los Leeds. Se dice, no sé si será cierto, que la casa actual, que sólo tiene unos trescientos años, fue edificada sobre las ruinas de una abadía papista, destruida durante las luchas de la Reforma. En fin, eso no tiene importancia. Lo que quería decirle era que yo buscaría en la casa.

—¿Quiere decir que usted cree que el asesino del señor Benedict y de su perro es un miembro de la familia?

—Quiero decir lo que he dicho, joven. He hablado de la casa, no de los que viven en ella.

—No le entiendo.

—Pues no hay mucho que entender. Le he dicho y le repito que si yo investigara asesinatos misteriosos cometidos en la Abadía, buscaría en ella misma la solución a esos misterios.

Roger lanzó una mirada especulativa a la anciana y ésta captó perfectamente su significado.

—Ahora está usted pensando que la vieja Agnes desvaría...

—No, no; de ninguna manera.

—Sí, eso es exactamente lo que está pensando. Y la vieja Agnes nunca ha hablado más sensatamente que ahora. Busque en la casa, joven. Encuentre la cripta y recorra el túnel. Hable con los muertos, ellos le señalarán con sus dedos descarnados al culpable. Sí, sí —se excitaba cada vez más—, son los muertos los que acusan a los vivos. Son los muertos...

El dueño de casa apareció presuroso.

—Lo siento, señorita Bárbara, señor, pero será mejor que se vayan. Llega un momento en que mi madre se excita demasiado. El médico dice que puede ser muy perjudicial para ella.

—Lo comprendemos perfectamente; discúlpenos por haberles molestado.

—No diga eso, señorita. Sabe muy bien que es un honor para nosotros que nos visite. Y una vez más acepte nuestras condolencias...

Abandonaron la cabaña entre los pésames y saludos de la numerosísima familia.

Era la hora de comer, así que se dirigieron directamente a la residencia de los Benedict. La Abadía.

De todos modos, durante el corto trayecto, hicieron algunos

breves comentarios.

—Te habrás convencido que la pobre Agnes no está muy bien de la cabeza.

—Perdóname, Bárbara, pero me ha parecido todo lo contrario. Que tiene la cabeza tan bien como tú o como yo.

—Pero todo eso de buscar la solución en la casa. Lo de la cripta y el túnel...

—La cripta y el túnel, como el animal que vio Elsie, pueden o no existir. Pero yo, como Agnes, creo que la solución de estos horribles crímenes está en la casa. Y voy a buscarla.

No bien terminar la tristísima comida de Navidad, y en presencia del notario local y el oficial Ferguson, se procedió a la lectura del testamento de Arthur Benedict.

Como ya todos sabían, Richard era nombrado heredero de todos los bienes, con los únicos condicionantes de obligarse a proveer una muy generosa suma mensual a su madre de por vida y a Bárbara hasta su casamiento. Además, debería entregar a ésta, en el momento de su boda, la cantidad de cien mil libras esterlinas, aproximadamente la décima parte del total de la herencia. Una casa en Londres y un chalet en la Costa Brava española también pasarían a poder de Bárbara cuando contrajera matrimonio. El lujosísimo piso del Park Lane londinense que era el hogar de la familia pertenecería en usufructo a su viuda hasta su muerte, así como la Abadía, que sólo podría ser vendida con su expreso consentimiento.

Las únicas sorpresas relativas las constituyeron los legados que hacía a James Barringdale y a Charles. Cien mil libras al primero, «por haber defendido con tanto tesón y eficiencia mis intereses»; y cincuenta mil al mayordomo, «que durante tantos años me ha servido a mí y a mi familia con ejemplar fidelidad».

Roger, invitado por la señora Benedict a participar de la ceremonia, miraba atentamente al abogado y al mayordomo cuando se leía las partes que les concernían. Ni uno ni otro manifestaron la menor sorpresa o excitación.

Había legados menores para miembros lejanos de la familia, el resto del personal y diversas instituciones de beneficencia. También se disponía que Richard debería entregar cincuenta mil libras «a la

persona cuyo nombre figura en un sobre colocado en el único compartimiento cerrado con llave de mi caja fuerte».

Esta cláusula motivó miradas entre los asistentes.

Cuando todo hubo terminado, Richard se puso en pie y se acercó a Ferguson.

—¿Me vas a detener ahora mismo? —preguntó.

La respuesta llegó inmediata:

—Aún no. Pero lo haré pronto.

NO bien se deshizo la reunión, Bárbara y Roger se encerraron en la biblioteca.

—Mamá está muy alterada...

—No es para menos.

—No sólo por la muerte de papá. Es que tiene miedo.

—¿Miedo?

—Sí. Alguien, supongo que la señora Bates, que no se calla nada, le contó lo del animal que dice Elsie que vio. No hay quien le quite de la cabeza que se trata del Mastín de Angus.

—Ella siempre creyó en esa historia.

—Sí, es fácilmente impresionable. Papá siempre se enojaba con ella por su credulidad. Decía que el día menos pensado le venderían la Torre.

—No sería mala compra, si se incluyeran las joyas. Y ahora, vamos a lo nuestro. Ignoro el motivo, pero desde la conversación con la vieja Agnes una sensación de peligro se ha apoderado de mí.

—Mamá ha dispuesto que mañana mismo se celebre el funeral de papá. Quiere que por la tarde regresemos todos a Londres.

—¡Pero eso es una tontería! —Roger de inmediato comprendió que se había dejado llevar por su nerviosismo—. Perdóname, Bárbara, no he querido decir lo que dije.

—La terrible tensión a que estamos sometidos nos hace decir a todos cosas que no queremos decir. No te preocupes.

—Gracias. Pero lo que sí me preocupa es que os vayáis de esta casa. Quiero decir que tenga que irme yo de ella —cogió las manos de la chica y la miró ansioso a los ojos—. Bárbara —le dijo—, yo quisiera hablar contigo sólo de amor, pero tu padre ha sido asesinado y eso nos compromete a todos. También a mí, que era su

invitado. No tengo motivos para desconfiar de la policía, por supuesto, pero creo que yo puedo aportar algo a la investigación. Creo que puedo encontrar respuestas a muchos de los interrogantes que esta tragedia plantea; y creo que esas respuestas están en esta casa.

Bárbara frunció sus labios en señal de impotencia.

—Te comprendo, Roger —dijo—, pero si mamá se empeña en irse, y creo que lo hará, tendremos que irnos. En otras circunstancias, podríamos quedarnos tú, Richard y yo, pero ahora no querría dejar sola a mi madre.

—Ni yo te permitiría que lo hicieras —apoyó las manos sobre la mesa, ante la que estaba sentado, y se puso en pie—. Quisiera ver un plano de la casa, cualquier cosa que haya sobre la antigua Abadía, en fin, ya me entiendes —sonrió a Bárbara.

Ella abrió sus manos para indicar su desconocimiento del tema.

—Lo siento, Roger —dijo—, pero yo nunca he visto nada de lo que me pides, ni sé si existe algo así.

El señaló con amplio gesto las paredes llenas de libros.

—¿Me vas a decir —protestó— que una construcción tan antigua y llena de historia, como parece ser ésta, según la vieja Agnes, no figura en las guías locales?

—Sí, pero sólo con una fotografía, la relación de habitaciones y esas cosas, y una brevísima sinopsis de su historia —le lanzó una mirada intencionada y sonriente—. Como imagino que lo que quieres encontrar en esos planos o libros es la cripta y el túnel de los que te habló Agnes, puedo asegurarte que esa información no la encontrarás allí.

Roger hizo un gesto de fastidio.

—¡Pero al menos tiene que haber un plano del edificio, todas las casas lo tienen!

Pidiéndole paciencia con un gesto, Bárbara oprimió el botón de un timbre que estaba en la pared, próximo a la puerta. Charles se hizo presente casi de inmediato.

—¿Llamaba, señorita?

—Sí. ¿Sabe usted si hay algún plano de la casa, Charles? También de la Abadía nos interesaría ver lo que pudiera haber.

Por alguna razón desconocida para él mismo, Roger lamentó que Bárbara hubiera hecho el pedido al mayordomo.

—Tengo los planos de la instalación eléctrica, del gas y de la calefacción, señorita —estaba diciendo Charles, con su impasibilidad habitual.

—No creo que esos planos pueden sernos de utilidad; gracias, Charles —decidió Bárbara.

—Lo siento, señorita —con una media reverencia, Charles se dirigió a la puerta.

Se disponía a abrirla, cuando una idea se formó en su mente; volviéndose, dijo:

—Alguna vez he visto al señor... Al difunto señor, mirar unos viejos planos de la propiedad. Recuerdo que en una de esas ocasiones me dijo: «¿Sabías, Charles, que caminamos sobre los huesos de docenas de monjes papistas? —le dije—. No, señor, no lo sabía» —y él, riendo, me contestó—: «¡Puede que esos huesos nos hagan más santos!» Pobre señor...

—¿Dónde guardaba esos planos mi padre?

—En un cajón de su escritorio, señorita. Allí deben estar, seguramente. Aunque no sé si les serán útiles.

—Espero que sí. Gracias, Charles.

Fueron de inmediato al despacho de Arthur Benedict. Era una pequeña habitación con una gran ventana que daba al parque. Roger nunca había estado en ella, aunque tras su puerta escuchó la discusión entre Richard y su padre. Fugazmente pensó que el muchacho ya no tendría problemas para pagar esas diez mil libras que apenas un día antes eran para él una cifra inalcanzable.

Bárbara abrió cajones del escritorio, revisaba rápidamente su contenido y los volvía a cerrar. Al quinto intento encontró lo que buscaba.

Muy excitado, Roger desplegó el viejísimo plano sobre el escritorio y se dedicó a la tarea de descifrarlo, con la ayuda de Bárbara.

—Esta es la bodega.

—No, no, esta parte es ahora dormitorios del servicio.

A Roger le interesaban las profundidades del edificio.

Después de varios minutos de búsqueda infructuosa, señaló muy excitado un extremo del plano.

—¡Aquí dice «capilla»! ¿Cómo no me dijiste que hay una capilla?

—Porque no la hay. Según puede leerse aquí —señaló el lugar

con el índice—, este plano fue confeccionado en mil ochocientos sesenta y uno. Puede que entonces aún existiese la capilla, pero lo dudo. Según he oído decir muchas veces a mi abuela, esa capilla era en parte de madera, al menos su techo lo era, y se destruyó en un incendio. Creo que a mediados del siglo pasado. En el lugar donde estaba se construyó un granero que todavía existe, aunque ahora se utiliza para guardar herramientas, elementos de jardinería y esas cosas.

Muy animado, Roger dobló el plano, lo dejó en el lugar donde Bárbara lo encontrara, y dijo a la chica: —Vamos a ese granero.

En el mismo momento en que los jóvenes salían de la casa, James Barringdale entraba en el saloncito privado de Eleanor Benedict, situado junto a su dormitorio. La mujer, vestida como lo estuviera durante la lectura del testamento, estaba sentada en un pequeño sillón, próximo a la ventana. Tenía los ojos bajos y un cigarrillo en sus manos. No hizo el menor movimiento al entrar su visitante.

—Eleanor —llamó éste, seguro de que su llegada no había sido advertida.

—Pasa. Siéntate donde quieras.

El cogió una silla y la colocó frente al sillón que ocupaba la dueña de casa.

—Me has mandado llamar...

—Sí, James.

Ella no siguió hablando. El abogado estaba visiblemente nervioso, pero respetó su silencio. Por fin, la mujer se decidió a hablar.

—James...

—Sí.

—Yo soy la culpable de la muerte de Arthur.

El hizo un brusco movimiento de sorpresa, pero de inmediato recordó la calma. Adelantó hacia ella una mano y le dio unos golpecitos afectuosos en una rodilla que la mujer se apresuró a apartar.

—Por una fracción de segundo me asustaron tus palabras —dijo, con voz suave—. Pensé que eso de culparte por la muerte de Arthur... Bien, pensé que no estabas del todo bien. Perdóname por

no haberte comprendido. Lo que has querido decir es que te sientes culpable por... por lo nuestro.

—Sí, James. Lo que tú llamas «lo nuestro» es lo que mató a Arthur.

—Arthur nunca supo nada. Tal vez pudo sospechar, pero nunca pudo estar seguro. Y deja de culparte. Tú y yo nos amamos...

—No, James, no nos amamos.

—¿Qué dices?

—Que tú no has visto en mí más que una aventura. Y yo... Bueno, supongo que el haber cumplido cincuenta años y sentirme joven lo explica todo.

—No hables así, Eleanor. Comprendo que esta tragedia te ha desquiciado, como a todos, pero no tienes derecho a insultarte a ti misma. Tú sabes perfectamente que me quieres, así como también sabes lo que yo te quiero a ti...

—James, la comedia ha terminado. Nuestros sentimientos nunca tuvieron nada que ver con el amor; yo me aferré a ti como una forma de engañarme a mí misma, de demostrarme que aún soy, si no joven, sí apetecible...

—Y lo eres. Vaya si lo eres.

—...y tú te ligaste a mí... No sé por qué.

—Porque te quiero.

—No, no, nada de eso. Si fueras pobre, tal vez podría insultarte e insultarme diciendo que era por mi dinero, pero tienes tú más que yo y no mucho menos que el pobre Arthur. Tampoco es por el placer de poseer a una mujer de la clase alta, porque también tú perteneces a ella, así que pienso que lo habrás hecho por tener una aventura más...

—¡Eleanor, por favor!

—Calla, me alegraría mucho saber que ése fue el motivo. Lo que sería otro golpe terrible para mí sería saber que tu motivo fue... la piedad.

James se puso bruscamente en pie.

—Me voy abajo, Eleanor. Espero que cuando volvamos a vernos estés más tranquila.

Ella, sólo entonces consciente de que aún mantenía entre sus dedos el cigarrillo apagado, lo aplastó en un cenicero que estaba en el suelo, junto al sillón, y alzó sus apagados ojos hacia él.

—Cuando volvamos a vernos no estaré más tranquila, James —dijo—. Me sentiré tan culpable como ahora.

El, que se disponía a dar el primer paso hacia la puerta, se detuvo y dijo, con voz que difícilmente podía contener la furia:

—¿Culpable de qué?

—De una infidelidad que acabó con la vida de Arthur —contestó ella; su voz era apenas audible.

La indignación del abogado subió varios grados de punto.

—¡No digas tonterías, Eleanor, por favor! ¡Sabes muy bien que Arthur ni siquiera sospechó lo nuestro! ¿Crees que me hubiera dejado cien mil libras, de haberlo sabido?

—Te llamó para cambiar su testamento.

—Y tú sabes mejor que nadie por qué. Estaba harto de las estupideces de Richard. Harto de su inconsciencia, de sus fulanas, de sus deudas. No veía en él el continuador de la dinastía. Tardó muchos años, pero por fin se dio cuenta que su adorado hijo no era más que...

—James...

—Perdóname —llenó de aire sus pulmones y, más calmado, dijo—: He mencionado las cien mil libras del testamento; quiero que sepas que no voy a aceptarlas.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—Mejor dicho —aclaró él—, voy a aceptarlas, porque lo contrario sería de pésimo gusto y daría lugar a habladurías, pero las entregaré íntegramente a la Asociación de Ayuda a los Niños del Tercer Mundo, de cuya junta directiva tú formas parte.

—Gracias —murmuró ella.

Ya tranquilo, él la miró con cariño.

—Eleanor —dijo—, ahora necesitas un largo período de tranquilidad. Después nosotros...

Pero ella le interrumpió. Su voz tenía ahora una decisión de la que carecía antes.

—No habrá un «después», ni un «nosotros», James.

—Ya hablaremos...

—Nunca volveremos a hablar a solas. Nada tenemos que decirnos. Los cómplices de un asesinato es mejor que ni hablen ni se vean. Pueden despertar sospechas.

El la miró con miedo en sus ojos.

—Eleanor, no estás bien. ¿Quieres que haga llamar al médico del pueblo?

—Ningún médico podrá curarme. Hemos matado a Arthur, James, y eso ningún médico lo puede curar.

El abogado, entre preocupado y atónito, se inclinó hacia ella.

—¿Por qué dices eso, Eleanor? ¿Por qué dices que tú y yo hemos matado a Arthur? —le preguntó, con un tono en el que era visible su deseo de no trastornar a la mujer más de lo que ya estaba.

—Porque lo hemos matado —repitió ella, con voz obcecada—. Con nuestra infidelidad, hemos hecho que el Mastín de Angus volviera a esta casa.

Con un gesto de dolor en el rostro, el abogado abandonó en silencio la estancia.

—¡Señor Manigan, qué susto me ha dado!

—¿Por qué, Ruth? ¿Por qué te he asustado?

—Bueno... Usted en nuestra habitación... No es frecuente.

—No, no lo es. Pero ya sabes que tengo a mi cargo toda la casa. Y eso incluye también vuestra habitación. Quería ver si tenáis todo limpio y en orden.

—¿Lo ha encontrado todo bien, señor Manigan?

—Sí, sí, todo estaba bien. Ahora volveré arriba.

—¿No va usted a mirar la habitación del jardinero y la de la señora Bates?

—No... Es decir, ya las he mirado. Todo está en orden.

—Pero, señor Manigan, se ha ensuciado la ropa...

—¿Eh? Ah, esto. No es nada.

—Tiene manchas de tierra... ¡Y hasta un trozo de telaraña! Déjeme que le limpie.

—No. Ya me limpiaré yo. Es que... Bueno, ya sabes, cuando uno revisa la limpieza de una habitación, también tiene que mirar por debajo de las camas.

—Pero, señor Manigan, en nuestra habitación no hay telarañas. Ni siquiera debajo de las camas.

—Hum... Eso es lo que tú dices. Bueno, vuelve a tu trabajo y menos charla.

—Sí, señor Manigan.

—Soy Richard Benedict.

—Ya lo sé. Desde que escuché en la tele lo de tu viejo estaba esperando la llamada. Para serte sincero, me estaba preparando para ir a hacerte una visita.

—¡Ni lo sueñes! No se te ocurra venir por aquí.

—¿Vendrás tú por aquí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Cuando pueda.

—Mañana. Y con la pasta.

—No seas idiota. Hoy se ha leído el testamento, tendré el dinero.

—Ya lo dijeron en la tele.

—¿Qué dijeron en la tele?

—Que tú serías nombrado heredero. Y que la bofia cree que eres el que se cargó al viejo y al perro.

—¡Calla la boca, imbécil!

—¿Qué? ¿La bofia te «pinchó» el teléfono?

—Deja de decir estupideces. Y acabemos de una vez. No puedo perder tiempo.

—¿Qué has dicho? Porque me pareció oír «no puedo perder tiempo»... Me estoy poniendo sordo. Tú nunca me dirías eso a mí, claro.

—Oye, tengo que cortar.

—Cuando yo lo diga, nene.

—Mira, haré lo posible por llevarte mañana mismo el dinero. Si no, el lunes con seguridad tendrás tus malditas diez mil libras.

—Mis malditas veinte mil libras.

—¿Qué dices? Estás loco. Yo sólo te debo diez mil...

—Hasta ayer, sí. Pero hoy las cosas son distintas. Hoy te has convertido en «el heredero». Y eso vale una pasta.

—Escucha, creo que te estás equivocando conmigo.

Te he firmado un pagaré por diez mil libras y eso es exactamente lo que te voy a pagar. Si crees...

—Lo dicho. Tengo que quitarme la cera que me taponas las orejas. Estoy oyendo visiones, ¿o las visiones se ven? Bueno, no tiene importancia. Vamos a lo que sí tiene importancia. Escucha, nene: O te vienes por aquí con veinte mil libras, o llamo a la policía y le cuento todo lo que te he visto hacer en mi casa...

acompañándolo con algunas fotografías, claro. Incluida la de la filipina que murió desangrada...

—Te llevaré el dinero. Adiós.

—Mala suerte.

—Ya te había dicho yo que en ese granero no ibas a encontrar nada.

—Pues seguiré buscando. En alguna parte tiene que haber una cripta y un túnel. —Roger... Lo más probable, por no decir lo más seguro, es que esa cripta y ese túnel sólo estén en la imaginación de la pobre Agnes.

—No lo creo así. Los viejos no inventan cosas. Tal vez se confunden, pero no inventan. Por el contrario, suelen recordar cosas de su niñez y su adolescencia. Quiero decir que recuerdan perfectamente algo que ocurrió hace sesenta años, y no lo que ocurrió ayer. Seguramente Agnes habrá oído hablar de todo eso hace muchísimos años y ahora, al aparecer yo y hacerle preguntas sobre la casa, lo ha recordado. Mañana seguiremos buscando. Después del funeral, claro.

—Sí, después del funeral.

En su cubil, la fiera se paseaba nerviosamente. Estaba excitada y ansiosa. Dos veces había calmado su hambre, pero ahora el hambre había vuelto de nuevo.

Otra vez sentía necesidad de matar.

Capítulo VII

CUANDO BÁRBARA y Roger entraban en el vestíbulo, de regreso de su fallida búsqueda de la cripta, Richard salía de hablar por teléfono del despacho de su padre.

—Acompañadme a tomar una copa, la necesito —dijo.

Roger se disponía a darle una negativa, pero vio en la cara del otro que realmente necesitaba esa copa.

—De acuerdo —dijo.

—Si no os importa, yo me iré a dormir —anunció Bárbara.

Entraron en el saloncito donde nadie se había acordado de quitar el árbol de Navidad, una presencia incongruente y que, con su ingenuo mensaje de alegría, parecía acentuar el hálito de tragedia que envenenaba la casa.

Richard sirvió dos más que generosas raciones de whisky. Aunque su cara estaba contraída en una mueca ansiosa, Roger observó que sus manos no temblaban. Se sentaron en sillones enfrentados.

—Estoy metido en un buen lío —comenzó el nuevo dueño de la Abadía.

—Si puedo hacer algo por ti... —respondió su interlocutor, con lejana cortesía.

—Me temo que nada puedes hacer por mí, excepto permitirme el mínimo desahogo de contarte mis cuitas —dijo Richard, y de un trago bebió casi la mitad del contenido de su vaso.

—No sé de qué índole son tus problemas, pero estoy seguro que el whisky no te ayudará a resolverlos.

—Pero me ayudará a olvidarlos por unas horas. Cuando esté suficientemente borracho, claro.

—Creí que íbamos a hablar de problemas, no de cobardías.

Richard le dedicó una burlonamente apreciativa mirada por encima de su vaso.

—No te andas con vueltas, ¿eh? Eres de los que dicen las cosas como las sienten. Un privilegio que las clases altas nos hemos negado desde los tiempos de Enrique VIII... ¿O quizá desde Cromwell? No creo que eso me importe mucho en estos momentos. Pero puede ser motivo de un cursillo en Oxford. «¿Desde cuándo las clases altas británicas no pueden decir lo que sienten?», ése podría ser el título. Aunque también...

—Tengo sueño, Richard. Me voy a dormir —Roger comenzó a incorporarse, pero el otro lo detuvo con un gesto.

—No, no. No te vayas. Es que... realmente estoy metido en un buen lío.

—Tengo entendido que tu problema son las deudas. Por muy grandes que ellas sean, supongo que el dinero que has recibido alcanzará para cubrirlas.

Roger no se sentía movido a ser amable con el desagradable muchacho.

Este sacudió lentamente la cabeza.

—La cosa va más allá de las deudas —murmuró, agregando—: Ahora comprendo que he sido un estúpido loco inconsciente. Desde muy joven tuve dos grandes pasiones: Las mujeres y el juego. O el juego y las mujeres, no sé. Después apareció una tercera pasión: el alcohol. Pero ésa siempre pude controlarla; las otras dos, no.

Roger escuchaba en silencio, bebiendo a pequeños tragos su whisky. Realmente tenía sueño y, por encima de todo, estaba fastidiado porque su teoría de que la casa encerraba la solución del misterio no encontraba confirmación en los hechos. Pero comprendía que Richard se encontraba verdaderamente asustado y solo, por lo que, aunque seguro de no poder ayudarle, al menos se obligó a prestarle atención.

—...cada vez mayores —estaba diciendo el dueño de casa—. Mal o bien, pude ir pagando esas deudas, ya que mi padre nunca me escatimó el dinero. Pero, desgraciadamente, cuanto más pagaba, más pedía, y así mis deudas iban en constante aumento. Un tal Ira Bernstein era quien me facilitaba el dinero sin demasiadas complicaciones. Hizo más por mí: Me presentó algunas chicas. Una de ellas, filipina, llegó a gustarme como ninguna antes. Sabía muy

bien lo que ella era y lo que buscaba en mí, pero no por eso me gustaba menos —bebió otro trago y miró de frente a Roger—, Abreviando —dijo—, la chica quedó embarazada... ella dijo que de mí, y yo me encargué de los trámites del aborto.

Se levantó, fue hasta la mesita de las bebidas y volvió a llenar el vaso que aún no había terminado de vaciar. Otra vez en su asiento, bebió un trago y siguió hablando.

—Tuve que servirme otro trago porque ahora viene lo peor. Después de la operación, nos fuimos al apartamento en el que nos encontrábamos, y que yo había alquilado tiempo antes. El médico o lo que fuera el que hizo el aborto había recomendado un antibiótico, así que fui a comprarlo a la farmacia. Me demoré más de lo previsto, quizá cuarenta minutos. Cuando regresé, Ma... la chica, estaba agonizando. Una hemorragia, claro —de pronto miró desafiante a Roger—, ¿Qué hubieras hecho tú en una situación como ésa?

—Lo que importa es lo que hayas hecho tú —respondió el interrogado secamente.

—Sí, tienes razón —admitió Richard, asintiendo lentamente con la cabeza—. Lo que hice yo fue lo que solamente podría haber hecho un imbécil. Temí la publicidad, las posibles consecuencias, el escándalo —intentó poner cara de cínico y, apuntando al otro con su vaso, dijo—: Tal vez Oxford podría hacer otro cursillo sobre...

—Sigue hablando.

—Llamé a Ira Berstein...

—Lo suponía.

—Suponías bien. El bueno de Ira se hartaba de decirme que él era mi amigo. Mi auténtico amigo. Y, por supuesto, él tenía soluciones para todo. También las tuvo en este caso. El cadáver fue encontrado horas más tarde en la habitación de un sórdido hotel y la policía hizo el diagnóstico correcto: Aborto mal hecho y hemorragia posterior cuando estaba dormida. O estaba despierta pero nadie oyó sus gritos. Caso cerrado.

—Y ahora que has heredado la fortuna de tu padre resulta que el caso se reabre.

—Tú lo has dicho. Una historia vulgar, ¿verdad?

—Pero que ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que se supone. Supongo que el bueno del tío Ira tendrá un video con todas

las secuencias de la agonía de la chica y tú junto a ella...

—No tanto como un video, pero sí fotografías. El bueno del tío por lo visto es un profesional porque había tomado sus medidas antes que pasara nada. Tiene fotografías de la chica y yo entrando en la consulta del médico, saliendo, entrando en el edificio de apartamentos y, por supuesto, muchas fotografías del cadáver. Supongo que también tendrá...

—No es necesario que detalles la inmundicia. ¿Cuánto te pide?

—Las diez mil que le debo, más otras diez mil.

—*No está mal para empezar.*

Richard le lanzó una mirada impaciente.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Hasta un idiota como yo sabe que esto no es más que el principio. —¿Y qué piensas hacer?

—¡Mataría a ese miserable!

Ahora fue Roger quien hizo un gesto de impaciencia.

—Hablemos seriamente, por favor —pidió—. ¿Tienes alguna idea?

—No.

—Pues yo sí la tengo —el otro alzó la cabeza sorprendido—. Y mi idea es muy sencilla: Que te presentes a la policía y le cuentes toda la historia.

Richard lanzó un bufido.

—Fuiste tú el que dijo que habláramos seriamente...

—Y lo estoy haciendo. El aborto es legal en el país. Todo lo que hiciste antes, juego, mujeres, deudas, podrá ser valorado mejor o peor, pero en absoluto puede considerarse un delito. Ocultar un fallecimiento sí lo es, por supuesto, pero la misma policía llegó a la conclusión que la muerte era debido a la hemorragia producida a consecuencia de un aborto, lo que te exculpa totalmente de cualquier sospecha grave. Por supuesto que yo me ofrezco a defenderte, con la seguridad de sacar muy bien el asunto, pero ahí tienes a James Barringdale, que es un abogado de primerísima línea —continuó con una sonrisa—. Si yo estoy seguro de sacarte con una condena de seis meses en suspenso, más seguro estoy todavía de que Barringdale conseguirá la libre absolución para ti. Richard escuchó en silencio al abogado pero, cuando éste calló, meneó lentamente la cabeza.

—No es tan sencillo como tú lo pintas, Roger.

—¿Has dejado de decirme algo?

—No. Aunque pasando por alto los detalles, te lo he dicho todo. Pero la cosa va más allá de lo policial. Compréndelo, aunque cueste creerlo, soy un Benedict...

—Eso debiste haberlo pensado antes.

—Lo sé. Pero no lo hice y ahora es tarde para arrepentimientos. Y mi padre acaba de ser asesinado. Dar publicidad a mis... miserias significaría el hundimiento de la familia. —¿Significa algo para ti la familia?

—Ahora sí.

La lacónica respuesta hizo que Roger sintiera algo así como afecto por el muchacho. Por primera vez lo vio como el hermano de Bárbara.

Y también por primera vez pensó que, si todo era como él tenía esperanzas que fuera, esa familia iba a ser la suya.

—Cuenta conmigo —le dijo, con una voz afectuosa que obligó al otro a mirarlo sorprendido—. Sí —insistió Roger—, quiero que sepas que, cualquiera sea la decisión que tomes para resolver tus problemas, puedes contar conmigo.

—Gracias —murmuró Richard.

Roger se puso en pie y se despidió con una breve frase. El otro quedó sentado y bebiendo.

En el modesto salón de una casita de Fort August, el oficial de policía Andrew Ferguson, como Richard Benedict con un vaso de whisky en la mano pero, a diferencia de aquél, con un temblor en todo su cuerpo que muy difícilmente podía controlar, hablaba con su madre.

—¿Has oído lo que he dicho, mamá? Cincuenta mil libras a la persona cuyo nombre figura en un compartimento secreto de su caja fuerte.

—Sí, te he oído, Andrew. Hasta que no se sepa realmente el nombre de esa persona..., —¿Necesitas leerlo en los periódicos? ¡Sabes tan bien como yo que el nombre es Andrew Ferguson!

—No puedes estar seguro hasta que no te lo comuniquen los abogados.

—¡El maldito cerdo!

—Andrew, por favor.

—¡No me digas que has sentido su muerte!

—Sí...

—¡Te prohíbo que lo sientas! ¡Aunque soy policía y cumpliré con mi deber, abrazaría al que lo mató.

Furioso, el policía se revolvió en su asiento. Tenía los ojos inyectados en sangre. Advirtiéndolo, su madre le dijo:

—Estás muy nervioso, Andrew. No te veía así desde..., desde que tuviste el último ataque. Tranquilízate, por favor. Y sería mejor que no bebieras alcohol.

—¡Déjame tranquilo! —gritó su hijo, pero dejó el vaso en el brazo del sillón y se pasó la mano por las cabelllos. Para su madre, éstos eran signos de que lo peor de su excitación había pasado.

—¿Quieres un té? —ofreció.

Después de unos instantes de silencio, él asintió con la cabeza.

Bebió a lentos sorbos la infusión que su madre le preparara rápidamente y, como siempre le ocurría, se sintió mejor.

—Perdóneme, madre. Me he dejado llevar por los nervios.

—Te comprendo, Andrew. Al fin y al cabo, el muerto era...

Una arteria comenzó a latir en la frente del policía, que agitó sus brazos ante la madre. —¡No pronuncies esa palabra! ¡Muchas veces te he dicho que nunca la pronuncies en mi presencia!

—Tranquilízate, hijo.

—¡Tranquilízate, tranquilízate! ¡Eso es lo único que he oído desde que tengo uso de razón! Y lo único que tú has hecho en tu vida: «tranquilizarte». ¡Y el cerdo presumiendo de hombre digno, de pilar de la sociedad! Felizmente, ya ha recibido su merecido...

En su cama, separada de la de Ruth por una pequeña mesilla de noche, Elsie se había despertado sobresaltada y no lograba volverse a dormir. Cuando la sensación de miedo se hizo insostenible, no tuvo más remedio que despertar a su compañera.

—Ruth... Ruth...

No obtuvo respuesta, así que aumentó el volumen de su voz.

—¡Ruth!

—¿Eh...? ¿Qué pasa?

—Ruth... Tengo miedo.

La otra encendió maquinalmente la lámpara que estaba sobre la mesa y, parpadeando para acomodar la visión, miró indignada a

Elsie.

—¿Que tienes miedo? ¿Y me despiertas para decirme que tienes miedo? ¿Te has olvidado que yo tengo que levantarme a las siete?

—Perdona, Ruth, pero...

—Pero ¿qué? ¡No vas a decirme que volviste a ver al Mastín de Angus!

—Sentí pasos, Ruth; te lo juro —bajó la voz y siguió en un susurro tembloroso—: No parecían pasos humanos...

La otra hizo un gesto de fastidio.

—¡No te lo decía yo! ¡Volviste a ver al Mastín!

Elsie siguió hablando en voz apenas audible.

—No dije que haya visto nada; dije que oí.

—Pues alégrate de que el Mastín haya pasado sin morderte. Y ahora déjame dormir tranquila —de un manotazo apagó la luz y se arrebujó entre las mantas.

—Te digo que oí pasos que no eran humanos —siguió susurrando Elsie, aunque su compañera ya no le oía—. Me pareció que subían la escalera...

Media hora después de haberse ido Roger, Richard decidió dar por terminada su bebida. Había llegado a ese punto en que no se está borracho, pero tampoco sobrio, y no quiso seguir adelante. Tal vez influyó en él la presencia del árbol de Navidad.

Lentamente, y con un ligero bamboleo de su cuerpo, subió la escalinata hasta su dormitorio. La casa estaba oscura y silenciosa. «Entre todos los dormidos, sólo yo velo en el castillo», farfulló, dudando si la frase acababa de inventársela o si estaba citando a Shakespeare.

Su habitación, como todos los dormitorios principales, estaba bien calefaccionada. Él no tenía chimenea, pero sí calefacción central. No era romántico, prefería las comodidades del siglo Veinte a las fantasías del diecinueve.

Mientras se desnudaba, estaba pensando, dentro de lo que su alcoholizada mente podía hacerlo, en lo que dijera Roger. «Si yo voy a la policía...»

La palabra «policía» provocó la asociación «Andrew Ferguson». «No, no, nunca iría a contarle mi historia. El me odia. Odia a toda

la familia. ¿Será realmente hijo de mi padre?»

Se le ocurrió que eso lo convertía en su hermano —o medio hermano— y la concentración ética de su cerebro lo llevo a reír en voz alta ante la idea.

«Si un marido no puede declarar contra su esposa, estoy seguro que un medio hermano no puede arrestar a otro medio hermano.» Siguió riendo, ya en la cama.

Pero, no bien apagar la luz, la habitación, cama incluida, comenzó a oscilar. Richard conocía perfectamente los motivos de la oscilación, así que volvió a encender la luz.

Era una bombilla de poca potencia y no llegaba a iluminar toda la estancia. «¿Avanzan las luces o retroceden las sombras?», se dijo, una vez más no sabiendo si inventaba la frase o la repetía.

Pero no tenía ganas de hacer frases, sino de dormir. Pero para eso había que apagar la luz y la habitación volvería a oscilar.

No había bebido tanto como para estar borracho, así que supuso que su mareo se debería a su estado nervioso, tanto como al alcohol consumido. Apartando las mantas, saltó al piso y se encaminó al cuarto de baño. Como el corredor estaba a oscuras, dejó abierta la puerta de su habitación, para iluminar el camino de regreso.

Como solía hacer en esos casos, llenó el lavabo de agua fría y hundió en él la cabeza. No se producía un efecto mágico, pero sabía que minutos más tarde se sentiría lo suficientemente bien como para poder apagar la luz y hasta dormir.

Volvió a su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Ahora sentía frío a pesar de la abrigada bata que se había echado encima. «Sentir frío es buen síntoma», se dijo. El conocía todos los síntomas, los buenos y los malos.

Después de dejar la bata sobre una silla, se metió en la cama. Seguía habiendo más sombra que luz en la habitación, pero él no se paró a considerarlo. En cambio, una rama que golpeaba rítmicamente contra su ventana, y a la que la luz de la luna prestaba un fantasmal aspecto, le hizo reflexionar sobre el aislamiento.

«Esta casa está aislada, en un aislado territorio y, sin embargo, el que más aislado está soy yo mismo.»

No había estado nunca verdaderamente integrado con el resto de la familia. Bárbara, aunque más apegada a su madre, había sentido

verdadero cariño por su padre. El, en cambio, pese a ser el preferido de su progenitor, no había sentido por él más que un cortés afecto cuando era pequeño y algo fronterizo con el desprecio cuando fue mayor. Lo despreciaba por ser demasiado rico, por haber consagrado su vida a serlo y, especialmente, por no saber apreciar la mujer que le había tocado en suerte. Una mujer que se alejaba de él día a día.

Pero esto no le hacía querer a su madre. Por el contrario, a ella le echaba en cara haberse casado con Arthur Benedict dejándose llevar por un impulso romántico o sensual, sin tener en cuenta las diferencias sociales que había entre ellos.

«Yo siempre estuve solo y cada vez lo estoy. —Pensó en aquella chica filipina—. Si no hubiera sido una furcia, podría haber llegado a amarla.»

Lentamente, sin darse él mismo cuenta, fue hundiéndose en el sueño que tanto buscara. Primero fue el rostro de la chica filipina que se confundía con el de su madre; después una gran mancha de sangre de la que él huía espantado.

Después un dolor agudo, horrible, insoportable en su garganta. «No estoy soñando, voy a morir.»

Quería gritar, pero algo peludo y asfixiante oprimía su cara y su boca. Cuando abrió los ojos nada había sobre su rostro, pero el dolor lacerante, tan intenso que ya ni lo sentía, le hizo comprender que estaba muriendo.

Por voluntad propia o por un espasmo final, abrió aún más los ojos y movió su cabeza para ver a su asesino.

Pudo verlo.

Y una frase se formó en su mente: «¡No puede ser!»

Se formó en su mente pero no llegó a articularse porque su laringe ya no existía.

Tampoco su tráquea.

Tampoco su vida.

EN el comedor desayunaban Eleanor Benedict, Bárbara, James Barringdale y Roger. Por respeto a la viuda, que por primera vez se hacía presente en el comedor desde la muerte de su marido, todos permanecían en silencio. Hasta que fue ella misma la que lo rompió.

—He dado instrucciones a Charles para que reserve billetes en el expreso de Londres de esta noche —dirigió breves miradas a Roger y el abogado—. Lo siento por ustedes; decir que les hemos arruinado las vacaciones de Navidad podría resultar de pésimo gusto, pero eso es lo que creo que hemos hecho.

—Señora...

—Eleanor, por favor. Todos estamos contigo en esta horrible tragedia.

—Supongo, James, que la policía no tendrá inconveniente en que regresemos a Londres después del funeral.

—No tiene por qué tenerlo. De todos modos, yo hablaré con Ferguson. Naturalmente, tendré que prometerle que estaréis a disposición de la justicia para cualquier trámite que sea necesario.

—Estaremos en el piso de Park Lane. Ninguno de nosotros saldrá de Londres mientras dure la investigación.

—En ese caso, no puede haber impedimento alguno para que os vayáis esta misma tarde. También yo me iré. Mañana me pondré en contacto contigo por si puedo seros útil en algo. Seguramente Richard tendrá que enfrentarse a una montaña de documentos para firmar...

—Por cierto —la señora Benedict se volvió a Charles, que permanecía de pie tras ella—, ¿aún no ha dejado su habitación el señor Richard?

—No, señora. ¿Quiere que lo despierte, señora?

—Sí, por favor. Sólo falta una hora para el comienzo del funeral. Charles, tan silencioso como siempre, dejó el comedor.

Regresó un par de minutos más tarde. Su aspecto era tenso, pero sus modales y su voz fueron los de siempre cuando dijo, inclinándose levemente en dirección a la dueña de casa:

—Si la señora me permite; señor Barringdale, ¿querría tener la bondad de subir un momento?

Roger miró a Bárbara y, en tanto James, con una inclinación de cabeza hacia Eleanor, dejaba la habitación tras Charles, los dos miraron a la viuda.

Sólo el latir de una arteria en su frente denunciaba su tensión. Acabando de beber el contenido de su taza de café y, después de depositarla en el plato, dijo con voz neutra:

—Lo que acaba de hacer Charles es muy irregular. Me temo que ha ocurrido una nueva tragedia en esta casa.

Esta vez Ferguson no era el policía respetuoso y amable de un par de días antes. Cuando todos los ocupantes de la casa, sirvientes incluidos, estuvieron reunidos, dijo:

—He comunicado todo lo que aquí ha ocurrido al BIC [4]. Ellos decidirán si han de tomar intervención personal o no. De todos modos, tienen que saber que ninguno de ustedes está autorizado a traspasar los límites de esta propiedad.

—Los sirvientes tienen que ir al pueblo para hacer las compras de comestibles —objetó con voz suave la dueña de la casa.

Ferguson la miró, molesto por la interrupción. Tal vez iba a decir algo fuerte, pero toda una vida de respeto a los Leeds pudo más que su furia.

—De acuerdo, señora —masculló—. Un miembro de su personal podrá ir a hacer la compra. Pero en un coche de la policía.

—Un momento, oficial —intervino James—. ¿Tengo que entender que estamos detenidos? Porque, si es así, me apresuro a pedirle que me muestre la correspondiente orden judicial.

—Señor Barringdale —respondió, masticando las palabras—. Usted sabe lo suficiente sobre situaciones como ésta para hacer tal pregunta. Ustedes no están detenidos, pero se les requiere como testigos en una investigación criminal. Dos asesinatos se han

cometido en esta casa y es mi obligación evitar que se cometa un tercero. Por tratarse de..., de una familia tan conocida en Fort August, no he procedido con la suficiente severidad con ocasión de la muerte del... señor Benedict. No volveré a cometer el error. Por supuesto, la casa estará bajo vigilancia de mis hombres las veinticuatro horas del día. Y ahora, antes de tomar declaración a cada uno de ustedes, si hay alguien que quiera decir algo...

Elsie quería decir algo. Charles, situado un poco por detrás de la chica, fue el primero en advertirlo.

—Quédate —le susurró.

—Pero, señor Manigan, anoche yo oí algo que puede ser muy importante —respondió ella en el mismo tono.

—¿Qué oíste?

—Los pasos de un animal que...

—Elsie, te prohíbo que molestes a la policía con esa estupidez. Te prohíbo...

Pero Ferguson había captado la inquietud de la doncella.

—Tú, muchacha, ¿cómo te llamas?

—Elsie, señor.

—¿Tienes algo que decir?

Ella miró fugazmente a Charles, que la fulminó con su mirada, dudó, se sonrojó y por fin, con un fruncimiento de labios, se decidió a hablar.

—Sí, señor oficial. Yo, anoche... Bueno, estaba dormida...

—Elsie —no pudo contenerse Charles—, estás haciendo perder el tiempo a los señores para decir una tontería. Oficial, esta chica...

—¡Déjela hablar!

—Bien, anoche yo me desperté con miedo. Llamé a Ruth, pero ella se enojó conmigo cuando le dije...

Ferguson no tenía mucha reserva de paciencia.

—¡Di de una vez lo que tengas que decir! —exigió.

Con sus mejillas rojas, Elsie se decidió.

—Pues anoche oí los pasos de un animal que subía la escalera.

La reacción de los presentes fue muy diversa. Bárbara y Roger permanecieron tranquilos, pero la señora Bates y Ruth comenzaron a hablar a la vez, sin que se entendiera lo que decían. Charles dio rienda suelta a su indignación.

—¡Elsie, eso es ridículo! ¡Ya por tu histeria hemos revisado la

casa sin encontrar ese animal de tu imaginación!

—¿Un animal? ¡Qué ridiculez! —se molestó Barringdale.

También Ferguson se sintió molesto por la declaración de Elsie.

—Al invitarles a hablar, no creí que alguno de los presentes saldría con semejante estupidez —masculló, agregando, como para sí mismo—: Un animal... Ridículo.

La reacción de todos fue seguida atentamente por Roger, pero la que más le impresionó fue la de Eleanor Benedict. Pareció hundirse en su sillón y dijo en voz muy baja, pero que el muchacho pudo oír por estar muy cerca de ella:

—Un animal... Entonces ella también lo ha visto.

Bajo una lluvia que terminó en nevada, se realizó el funeral de Arthur Benedict. La policía vigilaba sin disimulo a los presuntos implicados en el caso, y el ambiente era de desconfianza, tensión y miedo.

—¿Cuál será el próximo? —oyó Roger que un hombre de pueblo preguntaba a otro.

Cuando todos regresaban a la Abadía, Bárbara y él se reunieron en la biblioteca. Aunque era casi mediodía, la oscuridad obligaba a utilizar la iluminación artificial. Era un día lóbrego, en consonancia con los sentimientos de los que moraban entre esos viejos muros, que se habían convertido en una trampa mortal.

—Bárbara, ahora estoy más convencido que nunca de estar en lo cierto.

La chica, hundida en una butaca, con los ojos enrojecidos, no contestó. Roger congeló durante unos segundos su excitación y se acercó a ella, pasando una mano por sus cabellos.

—Perdóname, querida —susurró en su oído—. Mi desesperación por encontrar el maldito asesino me hace olvidar tus sentimientos.

Ella alzó la cabeza hacia él.

—Creo que una maldición ha caído sobre nuestra familia —murmuró—. Es como una fuerza demoníaca que se hubiera propuesto acabar con los Benedict. Por eso, además de mi dolor por la pérdida de mi padre y mi hermano, también siento... miedo.

Roger arrimó una silla y se sentó junto a ella, cogiéndole las manos.

—Saldremos de este horror, querida —dijo, intentando transmitir una seguridad que él mismo estaba muy lejos de sentir—. Si no lo logra ese Ferguson, en quien cada día confío menos, yo desenmascararé al asesino.

—Creo que lo harás —dijo ella en tono muy bajo y con voz quebrada—. Pero no sé si mamá y yo estaremos vivas cuando eso ocurra.

Roger la miró con sincero asombro.

—Pero ¡qué dices! No debes pensar...

—Sí, Roger; debo pensarlo, como estoy segura que tú también lo piensas. Un ser demoníaco, por los motivos que sean o sin motivos, tanto da, se ha propuesto acabar con la familia, y lo está consiguiendo. No sé si la próxima víctima seré yo o será mi madre, pero creo que las dos estamos condenadas.

—No estoy de acuerdo contigo, pero si eso es lo que piensas, hablaré con Barringdale, para que convenza a Ferguson de que os deje salir de aquí. Al menos, podríais instalaros en un hotel de Fort August.

—Creo que el brazo de ese demonio llegaría hasta el hotel de Fort August.

—Hablaré yo mismo con Ferguson. Y lo haré ahora.

Encontró al policía instalado en el despacho que fuera de Arthur Benedict. Acababa de interrogar a Barringdale y se disponía a hacerlo con Charles, pero accedió a recibir a Roger.

—Oficial —comenzó éste sin rodeos—, vengo a pedirle que permita a la señora Benedict y a su hija trasladarse a su domicilio de Londres.

El policía le miró con fastidio.

—Señor Eastbourne —dijo—, tenía entendido que usted era un simple invitado en esta casa, ¿debo entender que ostenta ahora otro título?

Roger estuvo a punto de dar al policía la respuesta que su tono y palabras merecían, pero recordó que su deber era hacer lo imposible por la seguridad de las dos mujeres, aun a riesgo de dejar pasar groserías.

—Sigo sin ostentar otro título que el de invitado —dijo

secamente—, pero creo que no se necesitan títulos especiales para querer evitar nuevos crímenes.

Ferguson le lanzó una larga mirada.

—¿Qué quiere decir? —exigió con tono perentorio.

—Que creo que la señora Benedict y su hija corren grave riesgo, si permanecen en esta casa.

—¿Qué le hace creer eso?

Roger tenía que hacer grandes esfuerzos para controlar sus nervios.

—La más elemental lógica —respondió con voz tensa—. Los terribles hechos que están sucediendo en esta casa señalan un camino...

—¿Qué es?

—La destrucción física de la familia Benedict. Primero el padre, después su hijo mayor. No sé si la próxima víctima será la madre o —se estremeció al decirlo— la hija, pero estoy seguro que el asesino volverá a golpear.

Ferguson hizo un gesto despectivo con sus labios.

—Lamento no estar de acuerdo con usted, señor Eastbourne. O debería decir que me alegra no estar de acuerdo con usted. Porque lo que yo pienso... Mejor dicho, lo que la más elemental lógica indica es que no habrá más asesinatos.

Roger miró al policía con desconfiada sorpresa.

—¿Por qué piensa así? —preguntó.

—Creí que el «lógico» era usted —se burló Ferguson. Después, con tono de urgente seriedad, continuó—: Cuando hablé con usted, después del asesinato del viejo Benedict —a Roger le sorprendió el tratamiento, pero nada dijo—, le dije que mis principales sospechosos eran Richard y el abogado Barringdale. Bien, el que el hijo haya sido asesinado, y sin duda por la misma mano que mató a su padre, lo libera de mis sospechas —se permitió una mueca que podía tomarse por sonrisa—. Y queda así, como único sospechoso, el abogado Barringdale.

—Usted acaba de interrogarle, ¿ha encontrado indicios de culpabilidad en su declaración?

El policía se encogió de hombros.

—Cualquiera de los que viven en esta casa —dijo— pudo haber matado a Richard. También el abogado Barringdale. Y también

usted —concluyó con otra de sus muecas.

—Pero, por lo visto —objetó Roger, muy serio—, usted sospecha, no de todos los ocupantes de la casa, ni de mí, sino del abogado Barringdale, ¿por qué?

Ferguson echó atrás su asiento, y dijo con tono seguro a la par que displicente:

—Oportunidad y motivo, ¿no es eso lo que dicen las novelas policiacas que debe tener un buen sospechoso?

—También lo dirán los manuales de criminología, supongo.

—Sí, también lo dicen. Bien, oportunidad la tuvieron todos en el caso de Richard y casi todos en el de su padre. Digo casi todos pensando en Bárbara y usted, sin descartar que hayan mentido para protegerse mutuamente.

Roger dejó pasar en silencio y hasta con un gesto de aburrimiento la insinuación.

—En el caso de Barringdale —siguió Ferguson— queda claro que pudo cometer los dos crímenes, así como el del perro; ya que, si bien no estaba en la casa, sí estaba en el pueblo. Durmiendo en su habitación del hotel, según él, pero sin testimonio de tercero que lo confirme. Eso en cuanto a la oportunidad. Porque en cuanto al motivo, creo que ni es necesario mencionarlo.

—¿Persiste en su teoría del dinero como móvil?

—Por supuesto. Y ahora más que nunca. ¿No lo ve usted?

—Puede que lo vea, pero prefiero que sea usted quien me lo explique.

El policía le lanzó una fastidiada mirada, pero siguió hablando:

—Barringdale mató al viejo sabiendo que Richard heredaría todo. El siguiente paso era, lógicamente —miró burlón a Roger—, matar al heredero.

—Barringdale ha recibido cien mil libras esterlinas en el testamento del señor Benedict. Y, por supuesto, no recibirá nada de Richard que, supongo, no habrá testado. Cien mil libras es una magnífica suma que ya le pertenece legalmente y nada se beneficia con la muerte de Richard, ¿por qué iba a matarlo?

Ferguson hizo un visible gesto de impaciencia.

—Señor Eastbourne —dijo—, usted me decepciona. O es muy ingenuo, o es... Bien, dejémoslo así. Tendré que contarle el cuento completo. Como ni siquiera usted puede ignorar, Barringdale es

amante de la señora Benedict. Al morir Richard sin testar, porque en eso sí está usted en lo cierto, toda la fortuna pasa a manos de su madre. Es decir, a manos de James Barringdale, en su doble aspecto de abogado y amante de la heredera.

El tema y el tono con que Ferguson lo trataba estaban asqueando a Roger, así que decidió poner punto final a la conversación.

—Le agradezco que me haya hecho partícipe de sus conclusiones, Ferguson. Ahora vuelvo al motivo de mi visita. ¿Permitirá a la señora Benedict y su hija trasladarse a su casa de Londres?

El policía se puso lentamente en pie, negando con la cabeza.

—No, señor Eastbourne —dijo—, no lo permitiré.

—Si algo les pasa a esas señoras, le haré a usted judicial y públicamente responsable de los hechos.

—No tendrá oportunidad, porque nada va a pasarles. Barringdale ya no necesita matar más. Ha obtenido lo que quería. O cree que lo ha obtenido.

—Si Barringdale es el asesino, como usted cree, mientras esté libre seguirá siendo una amenaza.

Ahora Ferguson asintió con un amplio movimiento de cabeza.

—Por fin estamos de acuerdo en algo, abogado —dijo, agregando—: En efecto, mientras Barringdale siga libre, será una amenaza. Por eso no seguirá libre por mucho tiempo.

—¿Quiere decir que va a arrestarlo?

—No bien llegue la correspondiente orden judicial que acababa de pedir por teléfono cuando usted entró en este despacho.

De vuelta en la biblioteca, Roger contó a Bárbara en muy pocas palabras la conversación con Ferguson, omitiendo, naturalmente, las referencias a la relación íntima entre el abogado y su madre. Cuando terminó, la chica hizo la pregunta que él imaginaba que haría.

—¿Tú crees que James es el asesino?

Aunque esperaba la pregunta, no tenía una respuesta definida.

—No lo sé —admitió—. Desde luego, puede haberlo sido, ya que, como dice Ferguson, tuvo la oportunidad. En cuanto al motivo,

hacerse con el control de la fortuna de tu padre, aprovechando su situación de abogado, consejero y hombre de confianza de la familia, ya no me convence tanto. Pienso que podría, de quererlo, obtener, al menos en buena parte, ese control, sin llegar al asesinato. Y luego... —frunció los labios en dirección a la chica—. Perdóname por hacer mención de ellos, Bárbara... No me imagino a Barringdale cometiendo esos demenciales actos.

—Pero alguien los ha cometido.

—Sí, sí; desgraciadamente, alguien los ha cometido.

—¿Quién, Roger?

El muchacho abrió sus manos en señal de impotencia.

—No lo sé —confesó.

En realidad, tenía algunas sospechas sobre la identidad del asesino. Pero esa identidad era demasiado horrible como para mencionarla.

Incluso para mencionársela a sí mismo.

—He venido a traerle toallas limpias, señor.

—Gracias, Elsie. Déjalas sobre esa mesita.

—Sí, señor. Adiós, señor.

—Espera, Elsie. Quiero hablar contigo.

Estaban en la habitación de Roger. Hacía un par de horas que la policía se había llevado detenido a James Barringdale, ante la fría dignidad de la señora Benedict, que se limitó a decir al abogado: «Espero que se trate de un error judicial, James.»

Ahora era media tarde, y las primeras sombras de una precoz noche comenzaban a abatirse sobre las altas tierras de esa remota región de Escocia.

Ante la invitación de Roger, la muchacha enrojeció y se movió, molesta. Tal vez recordaba sobre lo que su madre seguramente le diría acerca de estar en la habitación de uno de los señores. Roger sonrió para tranquilizarla, aunque sabía que el tema que quería tratar con ella pondría nerviosa a la chica. Decidió empezar suavemente y ganarse su confianza.

—En los días que llevo aquí, he tenido ocasión de ver que tú eres una chica lista, Elsie.

—Señor, yo... Bueno, trato de cumplir con mi obligación, pero no soy una chica lista. Apenas pude completar la básica.

—Eso no tiene nada que ver con ser o no listo. Muchos grandes

hombres, y grandes mujeres, por supuesto, tuvieron dificultades en sus estudios. No, yo me refiero a que tú conoces el terreno que pisas y sabes ver donde otros no ven nada.

—Ah, usted se refiere a lo del animal —lo decía como quien exhala un suspiro de alivio. No se trataba de sexo, su madre podía estar tranquila.

—¿Ves como tengo razón al decir que eres una chica lista? —sonrió Roger—, Apenas he dicho dos palabras y tú ya sabes de qué quiero hablarte.

—Pues yo estoy segura, señor, de que he visto y oído a ese animal. Estoy segura que ese animal existe.

—Bien, yo no puedo estar tan seguro como tú, porque no lo he visto ni oído, pero te creo.

—¿Me cree? ¿Quiere decir que cree que ese animal existe, señor?

—Pues, sí. Creo que tú viste y oíste a un animal. Por lo tanto, ese animal tiene que existir.

—Y está en esta casa —dijo la chica, bajando dramáticamente la voz y señalando con su índice el piso de la habitación.

Roger dio mucha importancia al gesto.

—Al señalar el piso —preguntó—, ¿quieres decir que el animal se oculta en algún lugar de los sótanos?

—Sí, señor, eso quiero decir. Yo siempre lo he visto en las cercanías de nuestro dormitorio. Y eso está en el sótano. Claro que el señor Manigan revisó nuestra habitación...

—No sólo vuestra habitación, Elsie —la interrumpió Roger—. El mayordomo mandó revisar toda la casa, sin poder hallar el animal.

—No, no, señor —la chica se apresuró a negar con palabras y sacudidas de cabeza—. No me refiero a esa vez, que nos hizo buscar a nosotras, sino a la otra. A la vez que él mismo revisó nuestro dormitorio.

Roger dio un respingo.

—¿Quieres decir que Charles en persona registró vuestro dormitorio después de haber sido registrada toda la casa?

—Sí, señor. Y se ensució mucho. Yo me ofrecí a limpiar su ropa, pero él me dijo que no y que no dijera a nadie que le había visto allí —miró confundida a Roger—. No sé si hice bien en decírselo a usted, señor.

El la tranquilizó con una sonrisa.

—Sí, hiciste bien, Elsie —le dijo—. Lo que Charles quiso decir es que no fueras contándolo por toda la casa para que no llegara a oídos de la señora. Ya sabes que ella es muy sensible a las historias del pueblo.

—Sí, señor. La señora le tiene mucho miedo al Mastín de Angus. Y yo también, claro, pero creo que el animal que yo vi no era el Mastín.

—Lo sé. Y ahora voy a confiarte un secreto porque sé que no lo dirás a nadie.

—Señor... —el rubor volvió a aflorar a la juvenil cara—. Puede estar seguro que no lo diré a nadie.

—Estoy seguro. Y mi secreto es éste: Yo mismo voy a buscar ese animal. Y quiero que me ayudes.

—Yo... Bueno, no soy muy valiente, pero...

—No voy a pedirte que me acompañes en mi búsqueda. Sólo que cuides que nadie se entere de que yo estoy buscando. Y que vigiles mientras yo busco, para que nadie me sorprenda.

Si sus sospechas iban por buen camino, toda precaución sería poca.

Al saber que no se esperaba de ella un descenso a las profundidades, la tranquilidad volvió a Elsie.

—Cuenta conmigo, señor.

—Estupendo. ¿Cuál es la mejor hora para husmear por la zona de servicio sin que nadie nos vea?

La chica respondió sin vacilar.

—A partir de las seis, señor. La señora Bates está preparando la cena, Ruth la ayuda, el jardinero está en el cobertizo de las herramientas o en la cocina, fumándose una pipa, y el señor Manigan en su cuarto, que está junto a la despensa y el comedor del servicio. —Bien, a las seis y cinco espérame junto al pie de la escalera que lleva a tu habitación. —Allí estaré, señor —se apresuró a asegurar Elsie, muy excitada ante la aventura y la parte que tomaría en ella.

La chica llegaba a la puerta cuando Roger la detuvo.

—Escucha, Elsie, ¿puedes conseguirme una linterna?

—Sí, señor.

—Estupendo. Me la darás cuando nos encontremos —apuntó

hacia ella con su índice—, Y no olvides que nadie debe saber de nuestra aventura. Especialmente... el señor Manigan.

La chica se sorprendió durante una fracción de segundo, pero de inmediato se apresuró a asentir varias veces con la cabeza. —Sí, señor. Adiós, señor.

En su cubil, la fiera dormía.

De momento, su hambre de matar estaba saciada.

Capítulo IX

—VOY contigo.

—No, Bárbara. Esto puede ser peligroso.

—Si lo es, quiero estar contigo.

La decisión de la chica era definitiva, y Roger, comprendiéndolo así, se rindió sin más palabras. Ahora se arrepentía de haberle comunicado su intención de explorar las entrañas de la casa, pero ya era tarde para arrepentimientos.

Elsie estaba en el lugar de cita cuando llegaron a ella. La chica se puso nerviosa y el rubor subió a su cara cuando vio a Bárbara, pero ésta la calmó con una frase.

—El señor Eastbourne me ha contado que has estado muy lista en todo este asunto, Elsie, fu colaboración es muy valiosa y te estoy muy agradecida.

El rubor aumentó, pero ahora provocado por el placer.

Con la linterna que Elsie le proporcionó en la mano, Roger se puso a la búsqueda. Comenzó por la habitación de las doncellas. Era un habitáculo cuadrado de unos tres metros de lado. Como todo ese sector, era de construcción muy antigua. Tal vez más aún que el resto de la casa, con sus trescientos años.

El piso era muy tosco, de ladrillos sin revestir, aunque cubierto en las zonas de paso por varias alfombras muy viejas, que Elsie se había cuidado de quitar antes de la llegada de Roger.

Ante la mirada atenta de Bárbara, Roger fue golpeando sistemáticamente el piso con el tacón de su zapato. La tarea le llevó casi media hora, teniendo que desplazar camas y muebles.

—Aquí no hay entradas ocultas —tuvo que admitir tras recorrer todo el piso.

De inmediato se dedicó a las paredes, golpeándolas con la

empuñadura metálica de la linterna. Procedió más rápidamente que con el piso, obteniendo el mismo resultado negativo.

—Tampoco en las paredes —anunció a Bárbara, y salió al pasillo. Sentada en el penúltimo peldaño de la escalera, Elsie montaba guardia.

—Dime dónde viste el animal, la noche que te levantaste para ir al lavabo —le preguntó Roger, haciendo que la chica se incorporara como impulsada por un resorte.

—Yo salía de aquí...

Elsie se colocó junto a la puerta del lavabo, que sólo consistía en un retrete y un grifo sobre una especie de pila.

—...Y vi al animal correr hacia allá.

Señaló la dirección contraria a la escalera.

La pared que cerraba el pasillo se encontraba a unos cuatro metros de distancia y, entre ella y el lavabo había dos puertas, una a cada lado del corredor. Ambas estaban cerradas.

—¿A qué corresponden esas puertas? —preguntó Roger.

—La de la derecha es la habitación de la señora Bates; la otra es la del jardinero.

Roger miró a Bárbara.

—Me molesta hacerlo —dijo—, pero tendré que revisar esas habitaciones sin permiso de sus dueños —le dijo.

—También me molesta a mí —respondió ella—. Pero las horribles circunstancias que estamos viviendo nos autorizan a hacer cosas desagradables.

La habitación de la señora Bates, primera que inspeccionó Roger, llamaba la atención por su pulcritud. Una cómoda victoriana, con un perro de porcelana, un pisapapeles con una flor en su interior y un enorme caracol con la inscripción «Recuerdo de Brighton», además de un par de viejas fotografías enmarcadas colgando de las paredes, daban al lugar un cálido ambiente hogareño.

Pero una detenida inspección de piso y paredes dio el mismo resultado negativo que la realizada en la habitación de las doncellas.

—Revisaré la habitación del jardinero, dejando para el final el piso del corredor y el lavabo —dijo el muchacho a Bárbara.

El cuarto del hombre que le abriera la verja del parque la tarde

de su llegada estaba en un estado diametralmente opuesto al de la cocinera. Ropas tiradas por todas partes, la cama sin hacer, un cenicero lleno de colillas y, junto a él sobre la misma mesa, una botella de whisky casi vacía y un vaso aún con restos del licor.

—No es muy ordenado el jardinero —comentó Roger, a la vista de todo ese desaseo.

—Pobre William, es un buen hombre —respondió Bárbara.

—No pongo en duda su bondad, sino su aseo.

—Es limpio en su persona. Pero es un hombre que ha sufrido mucho. En la guerra recibió una terrible herida.

—No es lisiado. Al menos, no he notado que lo fuera.

—No lo es... al menos, físicamente. Recibió un balazo en la cabeza, que le interesó el cerebro. Cuesta creerlo, pero en aquellos tiempos, y en un hospital de Sydney, pudieron operarlo y dejarlo casi bien.

—¿Casi bien?

—Bueno, muy de vez en cuando tiene pequeños ataques. Y tiene manías, claro. Piensa que todos lo espían y que hasta quien lo persigue. Ya sabes, esas cosas.

—Manías persecutorias, creo que se llaman. Mucha gente las tiene, sin haber recibido un balazo en la cabeza.

Puso manos a la obra. Siguiendo su propia rutina, comenzó por el piso. La habitación, rectangular, era de unos tres metros de ancho por poco más de dos de largo. La cama estaba al lado de la pared lateral más alejada de la puerta. Roger comenzó su búsqueda partiendo de la cama, así que, cuando comenzó a golpear el piso junto a la puerta, ya había revisado con resultado el resto del suelo de la habitación.

—¡Bárbara, aquí el sonido es distinto!

La chica, que estaba apoyada contra el marco de la pared, corrió junto a él.

—¿Oyes? —golpeó con el tacón en dos lugares, obteniendo sonidos muy distintos.

—Sí. Es indudable que bajo la cama suena a hueco.

—Puede tratarse sólo de algún antiguo desagüe, sobre el que se construyó sin cegarlo. No es frecuente, pero ocurre en las antiguas construcciones. Pronto saldremos de dudas.

Puesto en cuclillas, delimitó el perímetro de distinto sonido,

golpeando el piso con el mango de la linterna.

—No se advierte diferencia en el piso —apuntó Bárbara.

En efecto, a simple vista, los ladrillos tenían el mismo aspecto y color en toda la habitación. Las uniones no presentaban fisuras.

Sin responder, Roger se echó de bruces al suelo y paseó lentamente sus ojos a menos de diez centímetros del borde de la zona de sonido hueco. De pronto dejó escapar un grito. —¡Lo encontré!

Bárbara se dejó caer en cuclillas junto a él.

—¿Has encontrado...? —comenzó a preguntar, pero el muchacho la interrumpió.

—¡La unión no es aquí real! ¡Esto es una puerta trampa!

También ella pudo verlo.

—Tienes razón —asintió—. Ahora hay que encontrar la forma de abrirla. —Necesitaríamos algo que sirva de palanca —sentado en el piso, Roger paseó su mirada por el desordenado cuarto.

No encontró nada y eso le llevó a volver a observar detenidamente los bordes de la trampa. Polvo y suciedad disimulaban la pequeñísima separación entre ladrillos. Roger extrajo un bolígrafo y pasó la punta por ella, desembarazándola de la suciedad. Ante los ojos de los dos apareció una pequeña muesca, suficiente para introducir los dedos por ella.

—Otra igual habrá en el lado opuesto —dijo Roger, y se dispuso a limpiar esa parte.

Un minuto más tarde introducía sus dedos en las muescas y tiraba de la trampa con todas sus fuerzas.

Le fue más fácil de lo que suponía levantar la tapa.

—Esta entrada ha sido utilizada recientemente —susurró a Bárbara.

La excitación del momento le impulsaba a hablar en voz muy baja, en inconsciente deseo de no alertar a posibles enemigos.

Una escalera de gastados y estrechos peldaños de piedra se abría ante ellos.

—Voy a bajar. Espérame aquí.

—Voy contigo, Roger. No perdamos tiempo discutiendo, será inútil.

—Como tú quieras. Es tu casa. Pero avisa a Elsie de nuestro descenso. Dile que, si no hemos vuelto en quince minutos, avise a

Charles.

Segundos después, los dos iniciaron el descenso.

Resultó más largo de lo que supusieran.

—Hemos descendido como veinte escalones —murmuró Roger, cuando estuvieron abajo.

—Exactamente veinte. Los he contado.

—Suponiendo que tenga veinticinco centímetros de altura cada escalón, hemos descendido cinco metros. Es mucho, considerando que ya estábamos a tres o cuatro metros por debajo del nivel de tierra.

El muchacho alzó la linterna para iluminar mejor el lugar donde se encontraban. Se trataba de un amplio espacio con paredes de roca y piso de tierra rocosa. El lugar estaba totalmente vacío y se continuaba en un corredor estrecho. Se internaron por él.

—¿Qué piensas tú que ha sido esto? —susurró Bárbara.

—No tengo la menor idea —confesó Roger—, Puede haber sido parte de la antigua Abadía, o refugio de contrabandistas.

—Ahora que lo dices —contestó la chica, señalando el corredor por el que iban—, esto va en dirección al lago Ness.

Bárbara se estremeció tras sus palabras y Roger la cogió por el brazo.

—No estarás pensando en el monstruo del lago, ¿verdad? —susurró en su oído, intentando dar a sus palabras un tono de broma.

—No, no...

La negativa sonó poco convincente.

De pronto, el espacio se abrió a ambos lados. La luz de la linterna no alcanzaba a iluminar sus extremos. La pareja, manteniéndose próxima a la pared lateral, comenzó a reconocer la estancia.

—¡Mira, Roger!

El muchacho dirigió el haz de luz de la linterna en la dirección que Bárbara señalaba. Descubrió una mesa de piedra adosada a la pared. Tenía signos que no supieron descifrar y por ellos, como por el aspecto general de la construcción, dedujeron que podía tratarse de un altar.

—¡Entonces ésta es la cripta de la que nos habló la vieja Agnes! —se excitó Roger. Recorrieron todo el perímetro, sin encontrar nada más.

—Sigamos por el túnel —propuso el muchacho.

Avanzaron por él a buen paso, pero seguían sin divisar su fin.

—Roger, tenemos que regresar.

—Espera, ya no podemos estar lejos del final.

Apresuraron el paso, llegando a avanzar casi a la carrera. Allí no había más que un túnel excavado en terreno rocoso y desesperaban de ver su término, cuando el piso comenzó a elevarse gradualmente.

—Creo que pronto encontraremos una salida —dijo Roger.

En efecto, cuando habían recorrido más de quinientos metros desde la cripta, dieron con una salida. La vieron cuando llegaban junto a ella, porque ya era de noche en el exterior. Bárbara fue la primera en pasar por la abertura, alta pero estrecha; se volvió de inmediato hacia Roger, que estaba pegado a ella.

—¡Mira dónde estamos!

Se hizo a un lado y él asomó la cabeza.

Estaban en una saliente rocosa, al borde de las aguas del lago Ness.

—Esto significa que hay una comunicación directa entre el lago y la casa —murmuró Roger.

Bárbara lo miró con aprensión.

—¿Qué quieres decir?

Él le oprimió el brazo.

—No estoy pensando en el monstruo —dijo.

—¿Por qué has mencionado la comunicación entre el lago y la casa?

—Porque amplía el número de posibles sospechosos. Cualquiera que conozca este camino pudo introducirse en él, esperar el momento oportuno, pasar la puerta trampa y cometer los asesinatos.

—Nadie conoce esto.

—La vieja Agnes lo conocía. La cripta y el túnel. Ahora sabemos que ambos existen. Lo que ella sabía, muchos otros del pueblo podían saberlo.

—¿Piensas que alguien del pueblo puede ser el asesino?

—No lo sé. No sé quién es el asesino y por eso pienso que todos los de la casa y los del pueblo pueden serlo. No todos, por supuesto —se corrigió de inmediato, volviendo a pasar por la abertura.

Caminaban velozmente por el túnel, cuando a Roger se le

ocurrió preguntar a Bárbara: —¿Quién crees tú que es el asesino?

En la oscuridad del túnel, apenas rota por la luz de la linterna, ella le miró sorprendida. —No esperaba esa pregunta...

—Como tú dijiste antes, las circunstancias nos obligan a hacer cosas desagradables. Esta pregunta lo es y, sin embargo, quiero conocer tu opinión. Perdóname por preguntártelo. —No te disculpes. Respondería a tu pregunta, sólo que...

—No tienes un sospechoso.

La respuesta fue dicha en tono quedo.

—Sí lo tengo, Roger. Pero... Es demasiado horrible, no puedo decirlo.

Continuaron la veloz marcha en silencio, y muy pronto llegaron a la cripta. La bordearon, para echar otra ojeada al altar. Cuando el muchacho paseaba el haz de luz por la pared tras el ara, descubrió algo que no había visto antes.

—¡Mira, Bárbara!

—¡Dios mío, es horrible!

Sobre el altar, más o menos a la altura de su centro, había un nicho excavado en la roca. En su interior se encontraba una imagen vagamente antropomórfica, aunque su cabeza no era humana sino que, por su afilado hocico, más bien recordaba la de un zorro. Aunque el trabajo, realizado sobre madera policromada, era tosco, emanaba de él un hálito demoníaco. Algo así como si el fetiche fuera un símbolo del Mal.

—Vámonos de aquí, Roger —rogó Bárbara con la voz quebrada.

Muy pronto habían ascendido los veinte escalones de piedra y cerraban la puerta trampa en la habitación del jardinero.

Encontraron a Elsie sentada en la escalera, como la dejaron, pero ahora mordiéndose nerviosamente las uñas.

—¡Señorita, gracias a Dios!

—¿Ha venido alguien?

—No, pero deben estar buscándome. Ya habrán preparado la mesa para la cena. —Quédate tranquila, yo hablaré con Charles.

—Gracias, señorita. Y ahora, si no me necesita...

—Puedes irte, Elsie.

Pero Roger le detuvo.

—Sólo una pregunta, Elsie. ¿Se emborracha todas las noches el jardinero?

En vez de contestar, la chica se ruborizó y miró a Bárbara.

—Contesta a la pregunta, Elsie —dijo ésta—. El señor Eastbourne no desea hacer ningún mal a William.

Con la cara roja, dijo la chica, ahora dirigiéndose a Roger:

—Sí, señor, todas las noches. Pero nunca molesta a nadie —agregó presurosa.

—Estoy seguro de ello. Gracias, Elsie.

Esa noche la señora Benedict se excusó poco después de la cena.

—Les ruego que me disculpen —dijo a Bárbara y Roger, tras beber café en el salón—. Voy a ir a mi habitación a arreglar algunos papeles —miró directamente al muchacho—. Mañana quiero hacer una declaración ante el juez de instrucción —dijo—, y quería rogarle que me acompañara, si no tiene inconveniente, señor Eastbourne.

—Estoy a su disposición, señora —respondió Roger, cogido por sorpresa.

—¿Tienes idea de lo que tu madre quiere decir al juez? —preguntó a Bárbara, cuando los dos estuvieron solos.

Ella no respondió de inmediato y él, al mirarla para inquirir la causa de su silencio, descubrió que estaba haciendo un verdadero esfuerzo para no llorar. Poniéndose de pie, se acercó a ella y apoyó las manos en sus hombros.

—¿Qué te ocurre, querida?

—Nada. Ideas tontas. Todo este horror que me trastorna. Me preguntabas si sé lo que mi madre quiere decir al juez; no, no lo sé. Sus palabras me han sorprendido tanto como a ti.

Hablaron unos momentos más y después subieron la escalinata dirigiéndose cada uno de ellos a su dormitorio.

Bárbara se desnudó lentamente y, tras higienizarse, se introdujo en el lecho. Se disponía a librar otra de sus largas y fatigosas batallas contra un sueño que se negaba a entrar en ella.

Roger tampoco se entregó al sueño, pero por voluntad propia. Cogiendo la linterna que no había devuelto a Elsie, abandonó la estancia y, tras asegurarse que nadie le veía, bajó la escalinata y se dirigió a las dependencias del servicio.

La puerta de la habitación del jardinero estaba abierta, atisbó

por la abertura. El dueño del dormitorio estaba echado de bruces sobre el lecho, completamente vestido. A su lado, en el piso había una botella vacía.

Roger no esperó más. Penetrando en el cuarto, colocó los dedos en las ranuras de la trampa, la abrió, penetró por la abertura y volvió a cerrarla sobre su cabeza. No era muy pesada, podría abrirse con facilidad desde el interior.

Encendió la linterna y descendió los escalones de piedra velozmente. Tenía un objetivo y poco tiempo para cumplirlo.

Sin mirar a los lados, avanzó por el primer tramo del túnel subterráneo hasta llegar a la cripta. Allí trepó al altar y alargando la mano se hizo con el satánico ídolo de la hornacina.

Ya durante la anterior visita consideró importante hacerse con él, pero la visible repugnancia de Bárbara le obligó a posponer la acción.

Más tranquilo, regresó hacia la escalera de piedra y la trampa más lentamente, prestando a las paredes laterales del túnel una atención que antes les negara. Se trataba de una roca lisa, sin nada en ellas que pudiera interesar.

Y de pronto, cuando estaba a una decena de metros de la escalera, lo vio.

Se trataba de una pequeña puerta de reja, empotrada en la pared que estaba a su derecha, y a cosa de metro y medio sobre el nivel del piso. Tendría unos cincuenta centímetros de largo por otros tantos de alto, y sus pequeñas dimensiones, unido a la oscuridad reinante en el lugar, explicaba el que no la hubiera descubierto la pareja en su anterior visita.

Enfocando la linterna entre los barrotes, pudo ver que cerraba un hueco excavado en la roca de forma más o menos cuadrangular y metro y medio de lado. También pudo comprobar que estaba vacío.

Un pasador de hierro mantenía la puerta cerrada, lo descorrió y paseó el haz de luz por el interior.

Ya sabía que estaba vacío, pero ahora pudo ver algo más. Estaba limpio. No había en él ni siquiera el polvo que los años acumulan por todas partes, aun cuando se trate de un lugar rocoso.

Estaba vacío y limpio pero, sin embargo, un olor especial hirió las fosas nasales de Roger.

Un olor que el muchacho pudo reconocer.

Un olor que denunciaba, pese a la escrupulosa limpieza que se hiciera, que un animal había estado allí.

Momentos más tarde, Roger, sentado ante la mesa escritorio que había en su habitación, contemplaba pensativo el ídolo que quitara del nicho de la cripta.

Efectivamente, su cabeza recordaba la del zorro —«Elsie dijo que el animal que viera se parecía a un zorro»—, siendo su cuerpo humano.

«Más que humano —se dijo Roger, conteniendo un gesto de repulsión—, satánico.»

Casi nada sabía él de ídolos, dioses y fetiches, pero creyó recordar que un dios del antiguo Egipto tenía también cabeza de zorro. «En la biblioteca está la Enciclopedia Británica, mañana la consultaré.»

Diciéndose a sí mismo que lo hacía por broma, encerró el fetiche en uno de los cajones del escritorio. En realidad, no habría podido dormirse con esos ojos asesinos mirándole.

Un fetiche demoníaco en una cripta subterránea.

Un hueco excavado en la roca, donde no mucho antes estuvo encerrado un animal.

«Encuentre la cripta y el túnel», había dicho la vieja Agnes.

Roger intuyó que, cuando hubiera desentrañado el misterio del animal y el fetiche, habría encontrado al asesino de los Benedict.

Capítulo X

«ANUBIS, también conocido como Anpu, dios de la Muerte en el Antiguo Egipto, representado por la figura de un hombre con la cabeza de un chacal...». [5]

Tras echar una ojeada a la ilustración que acompañaba al texto, Roger devolvió el tomo de la enciclopedia a su sitio.

Bárbara entró en ese instante.

—Roger, te buscaba. ¿Qué estabas consultando?

—Se trata del fetiche que vimos ayer en la cripta. Por la noche volví...

—¿Que volviste a bajar?

—Sí.

—¿Por qué no me dijiste que te acompañara?

—No era necesario. Volví y me traje el fetiche.

La cara de la chica reflejó sorpresa.

—¿Por qué hiciste eso? Es algo horrible.

—Sí, lo es, pero creo que puede ayudarnos a resolver todo este horror.

—Pero ese ídolo puede hacer más de cien años que ha sido puesto allí. ¿Qué relación puede tener con los asesinatos?

Roger se decidió a ser sincero con la chica.

—En primer lugar, no creo que haga cien años que el fetiche ha sido puesto en la cripta. En segundo lugar, debes saber que en mi visita de anoche descubrí algo que no vimos por la tarde: Una especie de gran nicho excavado en la pared del túnel y cerrado por una pequeña puerta enrejada. Aunque el lugar había sido escrupulosamente limpiado, por el olor estoy seguro que allí ha estado un animal hasta hace muy poco.

Bárbara alzó sus cejas, auténticamente sorprendida por las

palabras del muchacho. Pero no dijo nada y él siguió hablando:

—Estuve observando con detención el fetiche. Como tú dices, es horrible. Parece una especie de demonio y se desprende de él como un efluvio maligno. Pero yo intenté sustraerme a toda influencia psíquica y, aunque sea en parte, creo que lo he logrado. El fetiche es horrible, pero no creo que él haya asesinado a tu padre y tu hermano. Lo que sí creo es que puede ayudarnos a encontrar al asesino. ¿Tú sabes mucho de mitologías, religiones exóticas y todo eso?

Cogida por sorpresa, Bárbara se hizo repetir la pregunta, para admitir finalmente que no tenía idea de esas cosas.

—Tampoco yo —confesó Roger—. Anoche recordé que un dios del Antiguo Egipto tenía una cabeza que podía ser de zorro, pero acabo de comprobar en la Enciclopedia Británica que no es de zorro sino de chacal. Por cierto, se trata de Anubis, dios de la Muerte. Pero, excepto vagamente en la cabeza, en nada se parece a nuestro fetiche.

—Déjame verlo —dijo de pronto Bárbara.

—Pero me has dicho que te repugna.

—Si tú crees que puede ayudarnos a encontrar al asesino, venceré mi repugnancia.

Fueron a la habitación de Roger.

A la luz del día, el fetiche lucía tan diabólico como en las entrañas de la Abadía. Bárbara tuvo un estremecimiento no bien verlo, pero pudo controlarse, acercándose para verlo mejor, aunque sin llegar a tocarlo.

—No es tan grande como me pareció ayer en la cripta —comentó.

—Calculo que mide unos sesenta centímetros.

—Y todos esos colores en el cuerpo... Tiene que tratarse del fetiche de un pueblo que vive en un lugar de tupida vegetación.

—O al contrario. Puede tratarse de un pueblo que viva en una región desolada y pinta a sus dioses con vivos colores, porque así se imagina su paraíso.

—Sí, eso también es posible —afirmó distraídamente la chica. Estaba observando con detención la cabeza del ídolo—. Roger —dijo por fin—, no creo que esta cabeza represente la de un zorro...

—¿Tal vez la de un chacal? —se animó el muchacho, pensando

en Anubis, dios de la Muerte.

—No, no. Más bien de un animal pequeño. Algo así como un roedor. Claro que es un trabajo tosco, pero es la impresión que me da.

—Eso nos...

Una tosecita discreta se oyó a sus espaldas y los dos se volvieron. Charles estaba en el vano de la abierta puerta del cuarto.

—¿Sí, Charles?

—Perdón, señorita. La señora desea hablar con el señor Eastbourne. Le espera en su saloncito.

—Voy ahora mismo. Perdóneme, Bárbara.

Se movió hacia la puerta y, al hacerlo, descubrió el fetiche a los ojos del mayordomo.

La reacción de éste fue notable. Pese a su reconocido autocontrol, abrió desmesuradamente los ojos y pareció a punto de decir algo, pero de inmediato volvió a su compostura habitual, haciéndose a un lado para permitir el paso de Roger.

Este anotó mentalmente interrogar al mayordomo no bien tuviera oportunidad. Con el cuerpo del muchacho interponiéndose entre los dos, Bárbara no había podido ver el gesto de Charles.

—El señor Eastbourne, señora —anunció éste, tras golpear discretamente a la puerta del salón privado de la dueña de la casa.

—Pasa, Roger, por favor.

Sentada en su sillón favorito junto a la ventana, y con un sencillo vestido negro ajustado al cuerpo, Eleanor Benedict parecía la hermana mayor de Bárbara, y no su madre. «Es todavía muy bella», se dijo el muchacho, mientras se inclinaba ligeramente ante ella y aceptaba la silla que Charles le acercaba.

—Anoche le pedí que me acompañara en la visita que voy a hacer al juez esta mañana —comenzó la mujer—, Antes tengo la obligación de preguntarle si desea aceptar ser mi abogado.

Roger quedó atónito al oírla.

—Pero... —articuló cuando pudo hablar— James Barringdale es uno de los mejores abogados...

Ella le interrumpió con un gesto a la vez delicado e imperioso, de mujer acostumbrada a ser obedecida.

—James Barringdale, por mi decisión, ya no es abogado de la familia. ¿Acepta usted mi ofrecimiento, señor Eastbourne?

—Pues... Sí, naturalmente. Y le agradezco la confianza que deposita en mí, sin apenas conocerme.

Ella se permitió un atisbo de sonrisa.

—Se equivoca en eso, señor Eastbourne —dijo—, A usted le conozco muy bien desde hace años. Bárbara se ha encargado de ello.

Roger sonrió confundido y consciente de que lo estaba.

—Bien —siguió ella, de nuevo seria—. Ya es usted mi abogado, de manera que tengo que ser sincera para que conozca el terreno que pisa. De momento, es necesario que sepa que entre el señor Barringdale y yo ha habido... una relación personal.

El muchacho estaba desconcertado por la descarnada sinceridad de su anfitriona, pero se obligó a decir:

—No es necesario informarme de hechos que pertenecen a la esfera privada de su vida, señora.

—Estos hechos sí es necesario que los conozca. Le decía que ha habido una relación personal y, naturalmente, no voy a disculparme por ella. Forma parte de mi vida, eso es todo. Pero ahora James es acusado de los asesinatos de mi marido y mi hijo, y la acusación se funda, principalmente, en la suposición de que él se haría con el control de la fortuna familiar, gracias al ascendiente que la policía cree que tiene sobre mí. ¿Comprende ahora por qué me he apresurado a solicitar sus servicios y por qué le he hecho esa referencia sobre mi vida privada?

—Sí, señora. Y estoy a su disposición.

En el coche que les llevaba al juzgado de Fort August, dijo la dama:

—Tal vez usted crea que lo que voy a hacer es una demostración de que aún siento... afecto por James.

Roger la miró en silencio.

—Puede creermelo que no es así —siguió ella—. Sólo que creo que le debo esto a James Barringdale.

No se volvió a hablar durante el resto del corto trayecto.

—Comprenderá, señora, que esto es algo irregular. Mañana se celebrará la vista...

—Lo sé, Señoría, pero creo que la situación es lo suficientemente

irregular como para justificar mi actitud.

—Entiendo que usted no desearía que sus palabras tomaran estado público.

—No, si puede evitarse. Desde luego, si fuera imprescindible para evitar que se condene a un inocente, estaría dispuesta a testificar públicamente.

—Bien, señora, la escucharé. Aunque quiero que quede bien claro que nada de lo que aquí se diga tendrá efectos legales. Señor Eastbourne, usted, como letrado, comprenderá mi posición.

—Por supuesto, Señoría.

—También la entiendo yo, Señoría.

—En este caso, la escucho, señora.

—Seré muy breve. En primer lugar, debo decir que, en contra de lo que generalmente se cree, fui yo la que presenté a James Barringdale a mi marido. Por aquel entonces sólo nos unía una relación basada en nuestra común afición a la música. El no hacía mucho tiempo que había abierto bufete en Londres, pero ya se destacaba como un abogado de talento. A mí me agradaba su compañía porque sus conocimientos musicales eran excepcionales y su conversión agradable y fluida. Ningún otro interés sentía por él.

Quedó un instante en silencio.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —aprovechó para decir el juez.

—No, gracias. Se dio entonces una circunstancia fortuita. El abogado de confianza de mi marido, sir Jonathan Larriman, sufrió un infarto. Se recuperó, pero tuvo que retirarse. Arthur conocía muy bien a James, ya que lo solíamos invitar a nuestras fiestas. Ambos simpatizaban y, por otra parte, la competencia profesional de James era conocida en todo Londres. Que le ofreciera el cargo vacante resultó lo más lógico. Y puedo afirmar que mi marido nunca tuvo el menor motivo para arrepentirse de su decisión —miró al juez—. Ahora sí aceptaría una taza de té, Señoría —dijo, con una sonrisa.

Siguió hablando después de beber un par de sorbos.

—Llego ahora a lo que considero más importante. Cuando mi marido le ofreció el cargo, James le pidió veinticuatro horas de plazo para reflexionar. En realidad, lo que quería era hablar conmigo. Fue entonces cuando me dijo que sus sentimientos hacia mí iban más allá de una simple amistad y que su forma de ser leal a

mi marido sería no querer nunca beneficiarse económicamente de su cargo, aceptando solamente la remuneración mensual que se fijara. Dijo además: «Si tu marido muriera antes que tú, yo automáticamente cesaré como abogado de los Benedict. No quiero que puedas llegar a pensar que me he acercado a ti pensando en la fortuna de tu marido» —hizo una pausa y el juez se dispuso a hablar, pero ella se le adelantó—: Hay algo más, Señoría, que deseo decirle, aunque no tenga relación directa con el caso. El horrible asesinato de mi marido (no menciono el de mi hijo, porque aún no había ocurrido) me hizo reflexionar sobre mi vida. Comprendí, como tantas mujeres en mi caso, que lo que me unía a... al señor Barringdale, no era amor, sino desesperación por no reconocer que mi juventud ya ha pasado. Ahora... desgraciadamente demasiado tarde para mi marido, asumo plenamente mi condición de mujer de mediana edad. En fin, ya le dije, Señoría, que esto no estaba directamente relacionado con el caso, pero quería decírselo.

El juez se acomodó en su butaca, antes de decir:

—Bien, señora Benedict, en primer lugar, debo agradecerle su franqueza. No dudo en afirmar que esta franqueza, este valor, la honran, y, por supuesto, obligan a variar el enfoque sobre la presunta culpabilidad de James Barringdale. Habrá que estudiar detenidamente las oportunidades que pueda haber tenido para cometer los... hum... horribles crímenes que nos ocupan, ya que el motivo que hizo que la policía lo detuviera; esto es, la posibilidad de que, perdóneme, señora, gracias a la influencia que tiene... que tenía sobre usted, llegara a controlar la fortuna Benedict, queda totalmente descartado.

Roger creyó su deber intervenir.

—Me permito, Señoría, reiterar el pedido de la señora Benedict en el sentido de que esta declaración sólo se haga pública si es imprescindible para evitar una condena injusta.

—Puede estar tranquilo, señor Eastbourne, señora Benedict. Convocaré privadamente al fiscal y al oficial Ferguson, para imponerlos de todo esto. Personalmente, veo difícil que pueda sostenerse la acusación.

Con ropa de cama limpia en sus manos, Elsie entró muy animada en

el cuarto de Roger.

Había comenzado a retirar colchas y frazadas cuando vio el fetiche, que Bárbara y el muchacho dejaron olvidado sobre el escritorio.

Durante una fracción de segundo, quedó petrificado contemplándolo. Después, con un grito, abandonó la habitación a la carrera.

Miedo. Todos tenían miedo en la vieja Abadía. La señora Bates, Ruth y, muy especialmente, Elsie, temían el ataque de animales monstruosos, quizá salidos de las profundidades del lago Ness.

Sumido en los gaseosos universos del alcohol, William Burton, el jardinero, temía ser despedazado por los horripilantes engendros de su perturbada imaginación.

Charles Manigan temía que el fetiche que viera en la habitación de Roger trajera nuevas desgracias a la casa.

Eleanor Benedict, arrepentida tras la muerte de su marido por haberlo engañado, temía que el Mastín de Angus castigara su delito.

Bárbara vivía desde la muerte de «Atila» en permanente angustia. Pensaba que el demencial asesino que descargara tres horripilantes golpes volvería a matar. Y que la víctima sería esta vez su madre o ella misma.

Roger, aunque lo negaba a la chica, también temía por ella.

Después de una silenciosa y rápida comida, Roger acompañó a Eleanor a su saloncito privado y allí la mujer le puso al tanto de algunos asuntos de rutina de los que el muchacho tendría que encargarse en su nueva condición de abogado de la familia.

—Por cierto, señor Eastbourne...

—Le ruego que me llame Roger, señora.

—De acuerdo. Bien, Roger, aún no hemos hablado de su remuneración. Creo que debemos hacerlo de inmediato.

—Será mejor dejarlo para cuando todos estemos más tranquilos. De todos modos, quiero que sepa que la cifra que usted mencione será adecuada para mí.

Media hora más tarde descendía la escalinata para reunirse con Bárbara en el salón, cuando se cruzó con Charles y recordó la reacción del mayordomo al ver el ídolo. —¿Podría hablar un

minuto con usted?

—Por supuesto, señor —pero Roger pudo detectar un brillo huido en los ojos del mayordomo.

Vamos a mi habitación.

De nuevo fue visible el intento de rechazo por parte del mayordomo, pero siguió en silencio al muchacho, que tomó la delantera.

Los dos entraron en el dormitorio y Roger cerró la puerta a sus espaldas. El fetiche, con sus ojos pintarrajeados en su rostro de animal demoníaco, presidía desde el escritorio, atrayendo la mirada aterrorizada del mayordomo como una serpiente atrae la mirada de su próxima víctima.

Observándolo, Roger pensó que, o el mayordomo era un consumado actor, o temía al ídolo, lo que lo eliminaría de la lista de sospechosos.

—De ese ídolo, fetiche o como se llame, quería hablarle —inició el muchacho, señalando al horripilante muñeco.

—Señor, yo...

—Mire, Charles, hay un asesino en esta casa y es obligación de todos contribuir a desenmascararlo.

—Lo sé, señor. Pero yo nada puedo hacer, no sé quién es el asesino.

—Hábleme de ese ídolo.

—¿Yo? Yo no...

—Usted lo ha visto antes, Charles, no lo niegue.

—No...

—Observé su reacción esta mañana, cuando descubrió el ídolo. Quedó sorprendido, atónito, diría, y tal vez también asustado. Por favor, no siga negando. Puede que sus palabras sean decisivas para identificar al asesino del señor Benedict. Algo que supongo usted deseará intensamente —concluyó con intención.

—Yo quería mucho al señor Benedict.

—Estoy seguro de ello. Por eso tiene usted que hablar ahora.

—La señora Benedict me ha anunciado que es usted el nuevo abogado de la familia —la aparente incongruencia del mayordomo animó a Roger porque intuyó que el hombre se estaba convenciendo a sí mismo que debía hablar.

—Así es, Charles. Y creo que mi primer deber de lealtad a la

familia Benedict es contribuir a descubrir al asesino del señor Arthur y de Richard —sentándose en el borde la mesa y mirando fijamente al criado, concluyó—: Le escucho, Charles.

—Es una historia muy vieja, señor. Francamente, no creo que tenga ninguna relación con los asesinatos.

—Quiero oírla.

—Sí, señor —con esfuerzo, el mayordomo desvió la vista del fetiche, para fijarla en Roger—, Ya creo haberle dicho que conocí al señor Benedict durante la guerra, en Australia. Él era teniente y yo cabo del Vigésimo tercero de Fusileros del Rey. Formábamos parte de la guarnición de Singapur pero, al comienzo de la invasión japonesa a las colonias europeas del sudeste asiático, nos transfirieron a Australia. Por aquellos tiempos se creía que Australia era muy vulnerable y Singapur, en cambio, inexpugnable. Las cosas resultaron ser al revés —concluyó la frase con tono de nostálgica ironía.

Roger no estaba interesado en los avatares de la Segunda Guerra Mundial y sí en desvelar el misterio del fetiche, pero se le ocurrió una idea y no quiso dejar pasar la oportunidad de traducirla en palabras.

—Con ustedes estaba también William, el jardinero, ¿verdad?

Era un disparo a ciegas, pero Roger lo lanzó con voz segura. No como pregunta, sino como afirmación.

En instintivo gesto, Charles echó atrás su cabeza, como golpeado por la frase. Dudó no más de un segundo y, por fin, dijo:

—Sí, señor. William era soldado en mi escuadra. ¿Puedo preguntarle si él mismo se lo dijo, señor?

—No, no fue él quien me lo dijo —respondió el muchacho, sin dar más explicaciones.

—Bien —continuó el mayordomo—, en los primeros tiempos, durante el año cuarenta y dos y parte del cuarenta y tres, cuando se pensaba que la invasión a Australia era inminente, con los japoneses en Nueva Guinea, estuvimos acantonados en distintos pueblos de la costa norte. Darwin, Whesley y Cairns, entre otros. Pero después el peligro de invasión desapareció y la mayoría de las tropas estacionadas en el territorio fueron embarcados para participar en las operaciones de reconquista que se realizaban conjuntamente con los americanos. Sin embargo, la compañía que mandaba el señor

Benedict, ya ascendido a capitán, y de la que formábamos parte William y yo, permaneció en Australia. En ocasiones realizábamos operaciones de patrullaje por la costa norte, hasta que fuimos definitivamente transferidos a Melbourne, para ejercer la vigilancia de su importantísimo puerto. Aunque no suele mencionarse, los actos de sabotaje eran muy frecuentes y nuestra misión consistía en evitarlos —de pronto Charles se interrumpió, miró preocupado a Roger, y dijo—: Perdóneme, señor. Tengo tendencia a hablar demasiado, cuando se trata de recuerdos de guerra. Temo que le estoy aburriendo.

—En absoluto. Cuénteme los hechos con la amplitud que quiera darle —Roger le animó con un gesto, además de con las palabras.

—Gracias, señor. De todos modos, ya estoy llegando a... —involuntariamente sus ojos fueron al ídolo, pero de inmediato los volvió a su interlocutor—: Ya llego a lo que usted le interesa, señor. Como comprenderá, no teníamos mucho trabajo en Melbourne, donde pasamos casi dos años; desde febrero del cuarenta y cuatro, hasta noviembre del cuarenta y cinco, en que fuimos devueltos a casa. Éramos ciento treinta hombres obligados a convivir bajo el mismo techo durante años y eso produce peleas, pero también crea amistades. Naturalmente que ni William ni yo podemos decir que fuéramos «amigos» del señor Benedict, pero él nos trataba con gran familiaridad y hasta nos invitaba a salir con él durante los cada vez más frecuentes y largos permisos. Por aquel entonces todos éramos muy jóvenes; el señor Benedict sólo tenía veinticuatro años, yo veinticinco y William, el mayor, veintisiete. Como usted comprenderá, nuestra obsesión eran las muchachas. Dos o tres meses después de haber llegado a Melbourne, ya conocíamos a todas las... discúlpeme, señor, por decirlo... a todas las pupilas de los burdeles que rodeaban el puerto. Entonces alguien nos habló de las muchachas de Tasmania. Como usted sabe, se trata de una isla situada a unas ciento cincuenta millas de Melbourne. Nos dijeron que allí no había que recurrir a los burdeles para conseguir una mujer, ya que todas las muchachas nativas se brindaban a los europeos —el hombre sonrió ante los recuerdos—. Ahora eso suena muy tonto, señor —se disculpó—, pero entonces éramos muy jóvenes y estábamos desde tanto tiempo lejos del hogar...

—Lo comprendo perfectamente. Continúe.

—Bien, en cuanto pudimos disponer de un permiso de tres días, pagamos generosamente al patrón de un pesquero, y nos largamos a Tasmania, el señor Benedict, William y yo. Un hermoso lugar, puedo asegurárselo, señor. Claro que no era tanto como nos habían contado. No todas las muchachas nativas querían hacer el amor con los europeos, pero sí algunas de ellas. Y eran muy hermosas todas. En fin, señor, que lo pasamos muy bien esa primera vez y nos juramos... y juramos a nuestras amigas, claro, que volveríamos no bien pudiéramos. Así lo hicimos muchas veces más. Una de las chicas nos contó en una noche de copas una leyenda lugareña. La de los llamados «Demonios de Tasmania» —el interés de Roger, adormecido por el largo relato, se reavivó de golpe—. No la recuerdo bien, pero hablaba de unos seres llegados del Infierno que tenían poder para castigar a los malos y premiar a los buenos.

—Para ser demonios, eran muy justicieros.

Charles hizo un gesto de disculpa.

—Puede que no lo esté contando bien. Han pasado muchos años... Pero creo estar seguro de que se trataba de demonios. Al menos, así los llamaban. Claro que aquellas muchachas hablaban un inglés muy malo y nosotros estábamos más interesados en sus cuerpos que en sus historias.

—Lo comprendo. ¿Entonces ese ídolo...?

—Sí, como usted ya imaginará, señor, es un Demonio. Nos lo regaló la misma muchacha que nos contó la historia.

Charles calló, pero Roger no quedaba en absoluto satisfecho.

—Creo que aún podría decirme muchas más cosas.

—Estoy a sus órdenes, señor —era visible que, pese a su corrección, el mayordomo se encontraba molesto ante el previsible interrogatorio.

—Bien, primera pregunta: ¿Usted y William permanecieron unidos al señor Benedict a su regreso a la patria?

—No perdimos el contacto, señor; aunque cada uno se fue por su lado. Olvidé decirle que, a raíz de la historia de la muchacha, nosotros empezamos a llamarnos, por broma, naturalmente, «Los Demonios de Tasmania».

—¿Quién trajo el ídolo al Reino Unido?

—El señor Benedict.

—¿Cuándo comenzaron a trabajar para él usted y William?

—Cuando se casó con la señora, en el cincuenta y dos. Yo me había instalado con un pequeño restaurante, en el East End, pero eran tiempos malos y no me fue nada bien. William... bien, tuvo problemas para conseguir trabajo y el ofrecimiento del señor Benedict fue su salvación.

La referencia del mayordomo a los problemas de trabajo del jardinero hizo que algo hundido en la mente de Roger aflorara a la superficie.

—Según se desprende de su relato, la unidad del señor Benedict nunca entró en combate, ¿verdad?

—Felizmente, nunca, señor.

Sin demora, Roger disparó su dardo.

—¿Quién, entonces, disparó contra William, produciéndole esa terrible herida en la cabeza?

Charles acusó el impacto volviendo a su involuntario gesto de retroceder la cabeza.

—Bueno... En realidad... Fue durante una disputa de taberna, señor.

—¿En Tasmania?

—No recuer...

—¿Fue en Tasmania?

—Sí... Si, en Tasmania.

Para calmar la tensión originada en la estancia, Roger ofreció un cigarrillo al mayordomo, que éste declinó aceptar, y encendió uno para él mismo. Después continuó su interrogatorio.

—¿Sabe usted de dónde he traído yo ese ídolo?

—Sí, señor.

—¿Entonces conocía usted la cripta?

—Sí, señor —esbozó un atisbo de sonrisa y se decidió a seguir hablando—. Era como un juego, señor.

—No lo entiendo.

—Quiero decir cuando comenzamos a trabajar a las órdenes del señor Benedict. Era como si siguiéramos en el ejército.

—Y decidieron revivir «Los demonios de Tasmania». —Roger empezaba a entender y eso le hacía perder interés por el relato.

—Usted lo ha dicho —asintió Charles, más animado—, Fue el pobre William quien descubrió la puerta trampa que conduce a la cripta. Cuando se lo dijimos el señor, quiso verlo él mismo y, al

descubrir el nicho vacío sobre el altar, dijo: «¡Allí pondremos nuestro demonio tutelar (así lo llamaba siempre), y esta cripta será la sede de «Los Demonios». Aquí nos reuniremos. Y así lo hicimos durante muchos años, señor. Una o dos veces por mes, según las ocupaciones del señor y las veces que nos instalábamos en esta casa, nos reuníamos en la cripta, sentados ante el altar, y allí bebíamos, bromeábamos, y recordábamos los viejos tiempos, las reuniones se espaciaron cada vez más. Sólo veníamos a esta casa durante el verano y por Navidades, y era difícil que el señor permaneciera durante muchos días, sin tener que hacer algún viaje a Londres o al Continente.

—¿Se reunieron durante estas vacaciones de Navidad?

—No, señor. Hará cosa de un año y medio o dos que no nos reunimos.

—¿Usted ha bajado últimamente a la cripta?

—En absoluto. No he vuelto desde la última reunión.

—¿Y William?

Fue evidente la sorpresa que la pregunta ocasionó en el mayordomo.

—¿William? No... Supongo que no, ¿por qué iba a hacerlo?

Roger se incorporó.

—Una última pregunta, Charles.

—Sí, señor.

—Cuando Elsie le encontró en su habitación, ¿qué estaba buscando usted?

Ahora sí el desconcierto del criado fue visible.

—¿Yo...? ¿Buscando?

—Elsie me lo ha dicho. Mejor dicho —se corrigió, para evitar un previsible castigo a la chica—, ella se lo dijo a la señorita Bárbara y la señorita me lo dijo a mí. ¿Qué buscaba bajo las camas de los criados, Charles? —volvió a repetir, en el tono más amable que le fue posible.

—Nada... Nada, señor. Una inspección. Quiero decir que, de vez en cuando, me gusta comprobar por mí mismo el aseo de las dependencias del servicio.

Roger recordó de inmediato el tremendo desaseo de la habitación de William, pero se limitó a decir:

—Eso es todo, Charles. Muchas gracias por la colaboración.

Todo lo que usted me ha dicho será de gran valor para mí.

—Me alegra oírlo, señor. Adiós, señor.

Cuando se quedó solo, Roger se tendió sobre la cama y, con las manos en la nuca, comenzó a reflexionar sobre lo que el mayordomo le dijera. «Ha dejado muchas cosas sin decir. —Y, muy pronto—: Y ha dicho otras muchas que no son verdad.»

Sospechaba de la veracidad del relato porque la ingenua reunión de «viejos camaradas» alrededor de la mesa de piedra de la cripta y bajo el benévolo patrocinio del demoníaco ídolo no casaba con el carácter de Arthur Benedict, por lo poco que él había podido conocerle personalmente, y lo mucho que había leído y oído de él por todo Londres.

Siempre se había hablado de Arthur Benedict como del típico «capitán de industria», más tipo americano que británico. Un hombre duro, que había golpeado sin piedad para trepar. De los que nunca están fuera de la ley en sus negocios, pero tampoco del todo dentro de ella.

No, no se lo imaginaba riendo y bromeando con sus antiguos subordinados, ahora sus criados.

O, tal vez, fuera posible. Nunca podía saberse cómo actúan en la intimidad estos «grandes hombres». Bárbara decía de él que era muy bueno. Su mujer se lamentaba por haberlo engañado. También James Barringdale, pese a engañarlo con su esposa, parecía tenerle respeto.

Sólo su propio hijo no lo respetaba, pero eso era culpa del hijo, no del padre. De todos modos, ahora los dos estaban muertos.

Pero Roger seguía sin ver claro en lo de «Los Demonios de Tasmania».

«Y el tiro de William, ¿lo habrá recibido realmente en una disputa de taberna?»

Decidió darse una ducha y vestirse para la cena. Después, a solas con Bárbara, le contaría todo lo que el mayordomo le dijera y juntos sacarían conclusiones.

Consultó su reloj. Aún tenía unos minutos para descansar antes de ducharse.

Debió dormirse profundamente, porque soñó que una mujer gritaba

desesperada al borde de un acantilado.

Abrió los ojos, desconcertado. La habitación estaba a oscuras.
Y los gritos seguían oyéndose.

Gritos de mujer que expresaban horror, miedo, desesperación.
«¡Es la señora Benedict», se dijo, saltando de la cama.

Capítulo XI

CUANDO ROGER llegaba ante la puerta cerrada del dormitorio de la dueña de casa, cuyos gritos seguían oyéndose, aunque en tono más bajo y más espaciados, Bárbara y el mayordomo subían la escalinata a la carrera.

—¿Qué ocurre, Roger?

—¡No lo sé!

Golpeó con los nudillos en la puerta pero, sin esperar respuesta, tiró de la manija, que no ofreció resistencia, y se abalanzó al interior.

Eleanor Benedict se aplastaba contra una pared lateral, mirando con ojos extraviados hacia el lecho.

El muchacho siguió la dirección de su mirada. Apoyado contra la almohada, como la muñeca preferida de una niña ordenada, estaba el horrible fetiche. Le pareció ver algo nuevo sobre su cuerpo deforme, pero desvió la atención hacia la desquiciada mujer. Bárbara la sostenía con sus brazos, intentando llevarla hasta un sillón, que Charles acercaba a ella.

—Tranquilízate, mamá. No es nada.

—Esa horrible cosa... —señaló con una crispada mano hacia la cama, pero con sus ojos fuertemente cerrados. Y cedió un tanto la resistencia, permitiendo a Bárbara, ahora ayudada por Roger, depositarla en el sillón.

—Van a matarme... El Mastín de Angus.

—Nadie va a matarte, mamá. Y el Mastín de Angus no existe.

Las palabras de Bárbara lograron el efecto contrario al que querían conseguir. La historia volvió a apoderarse de su madre.

—¡Mientes! ¡Todos me mienten porque están complotados para matarme!

Charles, que había dejado la habitación sin que los otros lo notaran, se hizo presente, removiendo con una cucharilla el contenido de un vaso.

—Las gotas sedantes de la señora —murmuró en tono apenas audible a Bárbara, entregándole el vaso.

Eleanor tenía sus dientes histéricamente apretados, pero los ruegos de Bárbara y las manos de Roger consiguieron entreabrirlos lo suficiente como para que por ellos pasara el líquido.

—Tranquilízate, mamá. No pasa nada.

—Quieren matarme...

En pocos minutos el sedante comenzó a hacer su efecto. La mujer exhaló un suspiro y parpadeando, miró a Bárbara inclinada sobre ella.

—He tenido... —el horror volvió a ella—, ¡Ese horrible monstruo...!

—Cálmate, mamá. Ya no está aquí —se apartó para que su madre pudiera ver el lecho.

—¿Dónde...?

—Roger se lo ha llevado.

En efecto, no bien que la señora Benedict comenzaba a salir de su shock, el muchacho se apoderó del fetiche y se fue con él a su cuarto. Quería verlo a solas.

Como había advertido desde que irrumpiera en el cuarto de la dueña de casa, algo extraño a él mismo había en el ídolo. Ahora sabía de qué se trataba.

Más o menos a la altura del corazón, alguien había clavado con un alfiler un trozo de papel recortado del Times, en el que se leía la palabra «Muerte».

Y el único que sabía que en esa habitación estaba el fetiche, además de Bárbara y él mismo, era Charles..., —Roger...

—¿Sí?

—Mamá ya se ha recuperado. Vamos a cenar.

—Bajo ahora mismo.

A la mañana siguiente, Roger y Bárbara concurrieron a la vista preliminar de la acusación contra James Barringdale, a quien el muchacho ofreciera sus servicios profesionales, que el otro aceptó

muy agradecido, pero «sólo en caso de que prospere la acusación».

La acusación no prosperó. Ferguson, muy alterado, al punto que costaba trabajo atenderle, dijo que, si bien el acusado podría haber tenido oportunidad de cometer los asesinatos, no se veía claro el motivo que lo hubiera llevado a cometerlos. Esto en cuanto a Arthur y Richard, porque cuando el asesinato de «Atila», Barringdale no se hallaba en la casa. Aunque terminó diciendo que no podía descartarse al abogado como posible sospechoso, aconsejó al tribunal que dispusiera su libertad.

Así lo hizo el juez, tras escuchar la opinión favorable del fiscal.

Los tres llegaron a la Abadía a tiempo para comer.

Eleanor Benedict recibió al abogado en el salón, y ninguno de los presentes pudo advertir en ella nada que no fuera cortés alegría por su liberación.

—Espero que no habrás pasado demasiado mal esos momentos tan desagradables. Ordené a Charles que te enviaran comida. Espero que la habrás recibido.

—Por supuesto. Y le hallé un sabor mil veces más exquisito que si la hubiera comido en Buckingham Palace —viró a un tono serio—. Te has portado muy bien conmigo, Eleanor —dijo, y repitió, mirándola a los ojos—: Muy bien.

—Sólo se trataba de un poco de comida —sonrió ella con tono frívolo.

Pero Roger y ella sabían muy bien que James Barringdale no se refería a las viandas.

Durante la comida, Roger tuvo que admitirse a sí mismo que la presencia del ahogado alegraba la reunión. No porque turbara con chistes inoportunos la tristeza que dominaba a Eleanor y a Bárbara, sino porque mantenía una conversación animada y chispeante, que lograba captar la atención del auditorio.

Pero Roger, aunque momentáneamente distraído por la conversación, no olvidaba ni por un instante que un depravado asesino seguía suelto y bajo el mismo techo.

Como si sus pensamientos hubieran influido en los de la dueña de la casa, ésta relató al abogado el desagradable suceso que ocurriera la tarde anterior en su dormitorio.

—Comprenderás que me horroricé —miró como disculpándose a Bárbara y Roger—. En realidad, hice más que horrorizarme: me

puse histérica.

—Es natural. Tienes que haber pasado un horrible momento —dijo James, con el asentimiento general.

Pero el interés del abogado fue más allá de la cortesía.

—Hábleme de ese fetiche.

Eleonor miró a Roger en demanda de ayuda.

—Si no le importa, Roger, le rogaría que lo hiciera usted. No quiero hablar de él.

James se turbó.

—Perdóneme, Eleanor, no debí haber hecho esa pregunta ahora. Ya habrá tiempo para que Roger me hable del fetiche.

La oportunidad se presentó momentos más tarde, cuando estaban tomando café en el salón, y la dueña de casa anunció que iba a dar algunas indicaciones al mayordomo.

—La culpa es mía —empezó Roger—, Yo descubrí el fetiche y lo llevé a mi habitación —había decidido no mencionar la participación de Bárbara. Aunque ni a sí mismo se atrevía a confesárselo, no quería hablar de la chica a James Barringdale, peligroso Don Juan.

—¿Dónde descubriste el fetiche? —estaba preguntando con gran interés James.

Brevemente, Roger le hizo un resumen de su descenso a las entrañas de la Abadía. La mención del agujero donde pudo haber estado un animal impresionó vivamente al abogado.

—¿Crees realmente que allí estuvo prisionero un animal? —preguntó.

—Sí, lo creo.

—Pero entonces... —sacudió su cabeza, como desembarazándose de peligrosas telarañas—. Es una tontería —confesó—, pero estaba pensando en el Mastín de Angus.

—También yo pensé en él —sonrió Roger—, pero un Mastín no podría haber estado encerrado en ese cubículo.

James miró francamente a Roger.

—Has avanzado mucho en tus investigaciones y te felicito —le dijo, agregando—: Creo innecesario decirte que puedes contar conmigo.

—Gracias. Si sigo, como tú dices, avanzando, necesitaré tu ayuda.

—Cuenta con ella. ¿Tienes algún plan?

—En absoluto. Sólo seguir buscando hasta encontrar ese animal. Creo que encontrándolo a él, encontraré al asesino.

—El que puso el horrible fetiche en el cuarto de mamá —murmuró Bárbara, conteniendo un estremecimiento.

«El que puso el ídolo en el cuarto de Eleanor Benedict es el asesino.»

Fumando un pitillo, echado sobre su cama, Roger reflexionaba sobre esa frase que Bárbara había sido la primera en anunciar.

Una frase definitiva. Así de sencillo. Encontrar al que había cambiado de cuarto el fetiche, agregándole una siniestra palabra, y se hallaría el asesino de Arthur Benedict, su hijo y el perro.

Y el único que sabía dónde estaba el fetiche, además de Bárbara, era Charles.

También «así de sencillo».

¿Sería posible que el circunspecto mayordomo...?

Unos discretos golpes en la puerta lo devolvieron a la inmediata realidad.

—Pase.

Era Elsie, trayendo toallas.

—Disculpe, señor. No sabía que usted estaba...

—No importa. Entra y deja las toallas.

La chica se encaminó hacia una cómoda, donde solía dejar la ropa limpia, pero sus ojos fueron al escritorio. Ahora el fetiche no estaba a la vista, bien guardado en un cajón.

Pero la mirada de Elsie fue un timbre de alarma para Roger.

—Si no me necesita para nada, señor...

—Espera un momento.

Ante el tono imperioso, la chica quedó clavada en su sitio, mirándolo asustada.

—Elsie, ¿tú viste ayer un horrible muñeco que estaba allí? —señaló el escritorio.

La chica asintió con frenéticas sacudidas de cabeza.

—Sí, sí, señor. Era horrible. Me asusté muchísimo.

—¿Gritaste? —preguntó Roger sonriendo.

—No... Bueno, no sé —miró asustada al muchacho—, ¿Por qué,

usted me oyó?

—No, no. Sólo que pensé que, si tanto te asustaste, era natural que hubieras gritado. Y habrás contado a todos lo que viste... —dijo a la frase un tono casual.

Elsie volvió a mover la cabeza, pero ahora más lentamente.

—Sí, claro que sí, señor. Cerré la puerta y me fui corriendo a la cocina, a contárselo a la señora Bates. Ella dijo que no me metiera en lo que no me importaba y que sólo una chica tonta como yo podía asustarse de un muñeco, pero yo le contesté que ella decía eso porque no había visto ese horrible monstruo. Pero la señora Bates es muy buena y me hizo beber una taza de té bien caliente para que me tranquilizara.

La señora Bates...

—¿A nadie más le contaste tu aventura?

—¿Mi...? Ah, no. A nadie más, bueno, también a Ruth, claro. Pero sólo cuando estábamos en la cama.

La señora Bates y Ruth. Una magra cosecha.

Elsie estaba con todo el cuerpo fuera de la habitación y se aprestaba a cerrar la puerta tras ella, cuando a Roger se le ocurrió una última pregunta.

—¿Había alguien más en la cocina cuando le contaste lo del muñeco a la señora Bates?

La chica se detuvo con un pie en el aire y miró a Roger con el ceño fruncido.

—¿Si había alguien más en la cocina? No... Bueno, estaba William, claro. Pero ése nunca se sabe si oye o no lo que una dice.

William, el jardinero. El soldado de Australia que había recibido un balazo en la cabeza durante una pelea de taberna...

El que fuera miembro de «Los Demonios de Tasmania» y que ahora se emborrachaba todas las noches.

Un ser extraño, silencioso, que parecía vivir ignorado por todos los que le rodeaban y, por supuesto, ignorándolos a todos él mismo.

Un hombre que había sufrido una terrible operación de cerebro casi cuarenta años antes, en un hospital de Sydney.

Seguramente un ser primario, de amores y odios profundos y permanentes.

«¿Cómo no pensé antes en él?», se dijo Roger, abandonado la cama de un salto.

—¡Oh, señor Manigan, qué susto me ha dado! —¡Ruth! ¿Qué haces tú aquí?

—Me ha mandado la señora Bates. Necesita una botella de ron para las tortillas de la cena.

—Cógela y vete.

—Sí, señor Manigan... ¿Está buscando algo? ¿Quiere que le ayude?

—No, no. Vete.

—Es que esta bodega está tan sucia. Se va a poner perdido.

—No te preocupes por mí. Adiós, Ruth.

—Adiós, señor Manigan.

—Y ahora que ese abogado Barringdale ha dejado de ser sospechoso, ¿a quién vamos a arrestar, señor Ferguson?

—No sé, Potter, no sé. Ya no me quedan sospechosos.

—Usted había hablado del hijo, el abogado y la viuda, ¿qué hay con ella?

—No la veo como asesina que destroza las gargantas de su marido y de su hijo.

—Pues, si no hay más sospechosos, los de Scotland Yard van a terminar por cargarnos los asesinatos a usted o a mí.

—¿Qué has dicho?

—Bueno, fue...

—No vuelvas a decir esa estupidez, ¿me has oído?

—Sí, pero...

—¡No vuelvas a decirlo, maldita sea!

Roger encontró al jardinero en el cobertizo de las herramientas. Estaba sentado sobre un saco de semillas y miraba al frente. Simplemente estaba sentado y miraba al frente; nada más. Nada en él hizo pensar que había advertido la llegada del muchacho, que se plantó ante él.

—Hola, William —dijo, con voz amable pero firme.

El jardinero tuvo un estremecimiento que agitó todo su cuerpo. Comenzó a levantarse, sin poder controlar su temblor.

—Lo siento, le he asustado.

—¿Eh? No, no; estaba pensando.

—¿Tiene muchas cosas en qué pensar, William?

—Sí, muchas cosas.

Roger decidió atacar de frente.

—Supongo que estaría pensando en «Los Demonios de Tasmania».

La reacción fue espectacular. El jardinero miró a Roger con ojos extraviados y empezó a retroceder para alejarse de él. Después de dar dos pasos, sorteando el saco sobre el que estuviera sentado, llegó junto a la pared de ladrillos desnudos y, apoyando su espalda en ella, siguió alejándose, siempre con los ojos fijos en el muchacho. «Está loco», se dijo éste, sin poder evitar estremecerse él mismo.

Pero lo urgente era evitar que William escapara. Tranquilizarlo. Si era posible, ganar su confianza.

Un ser primario, de amores y odios profundos y permanentes...

¿Habría odiado o amado a Arthur Benedict? Saberlo, permitiría decir las palabras adecuadas.

Pero equivocarse significaba perder para siempre la posibilidad de extraer algo de él. Roger decidió no arriesgarse.

—Yo soy amigo de la señorita Bárbara. Ella le quiere a usted mucho.

Aunque la expresión de insano temor no abandonó su rostro, el jardinero se detuvo.

—La señorita Bárbara me ha dicho que sus flores son las más bonitas de la región. Espera que esta primavera cultive sus flores preferidas.

La expresión se suavizó.

—Las flores preferidas de la señorita Bárbara son las rosas Queen Mary. Le gustan desde muy niña. Yo la tenía en mis brazos cuando era pequeña. Ella me quería.

—Y le quiere, William. Me lo ha dicho.

—Y usted, ¿la quiere a ella?

—¿Yo? —ahora era Roger quien estaba a la defensiva—, Sí. Sí, la quiero.

—¿Va a casarse con ella?

—Bueno... No sé. Me gustaría mucho, pero habrá que ver lo que opina ella.

—Si se casa con la señorita Bárbara tendrá que ser muy bueno

con ella. Hacerla muy feliz porque, si la hace sufrir, tendrá que vérselas conmigo. Yo tenía en mis brazos a la señorita Bárbara cuando era pequeña. Y ella me quería.

—Todos lo quieren en esta casa, William —Roger era consciente de que se introducía en terreno cenagoso—, Richard lo quería, el señor Benedict lo quería...

—El capitán Benedict me quería.

Era una afirmación categórica. ¿Podía hablar así quien lo hubiera matado?

—Lo sé, él me lo dijo. Y me habló también de «Los Demonios de Tasmania».

Ahora sí estaba bien metido en la ciénaga.

El brillo de alarma y extravío volvió a aparecer en los ojos de William.

—¿Por qué le hablé de eso? —inquirió asustado, aunque sin reincidir en su retroceso. —Porque hablaba conmigo de muchas cosas. Le gustaba contarme sobre los viejos tiempos. De lo bien que se lo pasaban en Tasmania. Y de cuánto se divertían con «Los Demonios...»

Con sorpresa que lo dejó paralizado, Roger vio cómo la cara de William se distorsionaba ante sus ojos.

—¿Divertirnos...? ¿Con los Demonios? —balbuceó.

—Bueno, no exactamente divertirse... —empezó a retroceder Roger, pero se interrumpió, porque el otro seguía hablando sin oírle.

—Muerte... Matar o morir... ¡Lo que usted ordene, mi capitán! Claro que sí, más carga... Yo dispararé con la pistola... ¡Hay que matarlo! ¡Brazo fuerte! ¡Yo dispararé!

William siguió hablando, pero ahora sus palabras eran ininteligibles para Roger, intentando memorizar lo que oyera, se alejó en silencio del cobertizo.

—¿Crees que el señor Manigan bebe a escondidas?

—Pero, ¡qué tonterías dices, Ruth! Sabes muy bien que el señor Manigan no bebe ni a escondidas ni en público. Salvo su vaso de whisky por las noches, claro.

—Pues yo lo he descubierto en la bodega. Y bien nervioso que se

puso.

—¿Que lo «descubriste en la bodega? ¿Bebiendo?

—Cuando me vio, simuló estar buscando algo por el piso, pero ¿qué podía estar buscando allí? Seguro que estaba bebiendo.

En su cubil, la fiera se revolvía inquieta.

Estaba nerviosa, desasosegada.

Y todo eso porque tenía hambre.

Hambre de matar.

Capítulo XII

AUNQUE muchas veces la señora Bates la llamara «tonta», Elsie era, en realidad una chica lista. Y, cuando lo creía necesario, sabía actuar con rapidez.

No bien Ruth le refiriera su curioso encuentro con el mayordomo, dejó de planchar y corrió escaleras arriba, hacia el cuarto de Roger. Pero el cuarto estaba vacío y la chica descendía muy descorazonada la escalinata, cuando vio al muchacho abrir la puerta principal y entrar en el vestíbulo. Nuevamente animada, corrió hacia él y le habló en su susurro.

—¿Cuánto hace que Ruth le vio? —fue todo lo que quiso saber Roger.

—Acaba de decírmelo. No hará cinco minutos que salió de la bodega.

—Muéstrame el camino.

Consciente de su propia importancia, Elsie le guió hasta la misma puerta de la escalera de caracol que descendía a la cueva. Allí Roger la despidió con unos golpecitos en el hombro y, con gran dolor, la chica tuvo que volver a su plancha.

Nunca había estado en la bodega, así que tuvo que acomodar sus ojos a la penumbra, que no era completa oscuridad gracias a una polvorienta bombilla que colgaba del techo.

La cueva, de techo abovedado, larga y estrecha, con botellas cubriendo totalmente las paredes, estaba dividida en dos partes por un tabique de ladrillos desnudos, que tenía en uno de sus lados una abertura sin puerta. Tras pasar por ella, Roger vio al mayordomo. Estaba de espaldas a él, agachado contra una estantería, de la que acababa de quitar las botellas. Con sus manos hurgaba en la pared.

—¿Ha encontrado el escondite, Charles? —preguntó Roger con

voz normal, pero que la bóveda amplificó muchas veces.

El mayordomo se incorporó como picado por una serpiente.

—¡Señor Eastbourne! ¿Escondite, dice? Estaba clasificando botellas de Chateau-Laffite... —¡Basta, Charles! —el otro lo miró atónito—. Ya no podemos perder más tiempo.

—Me temo que no le comprendo, señor.

—Me comprende perfectamente, pero de todos modos se lo aclararé más. Usted me ha contado una sarta de mentiras sobre lo que realmente pasó en Australia y sobre lo que ha sido «Los Demonios de Tasmania». Ahora... Y al decir «ahora» quiero decir en este mismo momento, le exijo que me diga la verdad.

—Señor, su tono...

—Mi tono, como creo que usted habrá advertido, es de amenaza. Significa que, o me cuenta usted la verdad, o vamos ahora mismo a Fort August, y se la cuenta al oficial Ferguson. Y yo me cuidaré de que no mienta.

—Señor, yo estaba aquí...

—Sé perfectamente lo que estaba haciendo usted aquí.

El mayordomo lo miró atónito.

—¿Que usted lo sabe?

—Sí, Charles. Usted estaba buscando el escondite del animal que vio Elsie. Un animal que puede ser un asesino.

El otro inició un movimiento de rechazo, pero lo detuvo y pareció como si se desinflara.

—Sí, señor —confesó—, eso es lo que estaba haciendo —liberado de lo que él creía su secreto, abrió las compuertas de su mente—: Estoy aterrorizado, señor. Un animal asesino en la casa, todos podemos morir. Créame que no duermo por las noches. No sólo por mí, también por las señoras y el resto del servicio. Y por usted y el señor Barringdale, claro...

Roger detuvo el aluvión verbal con un gesto.

—Entiendo lo que quiere decir, Charles. Y le agradezco su preocupación por todos. Pero creo que más importante que encontrar el animal; o tan importante, al menos, es descubrir a su dueño. Ese es el auténtico asesino, aunque los crímenes los haya cometido materialmente el animal. Y usted puede ayudarme a encontrar ese asesino, Charles.

—Señor, si yo supiera de quién se trata, con mis propias

manos...

—Le creo, Charles. Pero ni usted ni yo sabemos de quién se trata. Por eso hay que volver al pasado. ¿Qué pasó en Australia y qué eran, en realidad, «Los Demonios de Tasmania»?

Charles movía desacompasadamente su cabeza, como negándose a sí mismo el derecho de hablar.

—No puedo. El señor Benedict...

—Mire, Charles, estoy seguro que lo que usted me va a relatar no hará quedar muy bien al difunto señor Benedict y supongo que a usted tampoco. Pero, por un lado, le reitero lo que ya le dije: O me lo cuenta a mí, o se lo cuenta a Ferguson. Por otra parte, no tengo inconveniente en darle mi palabra de que no utilizaré nada de todo esto públicamente, excepto si es imprescindible para cazar al asesino. Lo que usted, William y el señor Benedict hicieron en Australia, hace cuarenta años, no es de mi incumbencia. Y ahora, hable, Charles.

—Nos dedicábamos al contrabando, señor.

—Ya suponía yo que se trataría de algo por el estilo. ¿Material del ejército?

—Sí. Empezamos con alimentos, pero después, cuando dispusimos del pesquero y pudimos ir libremente a Tasmania, organizamos allí un verdadero almacén. Llegamos a vender hasta jeeps de los que nos mandaban los americanos...

Había un toque de orgullo en sus palabras.

—¿Todo organizado por el señor Benedict? —preguntó.

—Sí, señor. El capitán... El señor Benedict era un genio. Un auténtico genio. Vendíamos el género a los barcos de los países neutrales, que nos pagaban a precio de oro. Teníamos nuestra base de operaciones en Burnie, una pequeña población de Tasmania, frente a Melbourne.

—Pero les descubrieron...

El mayordomo miró a Roger casi ofendido.

—Nuestros superiores no nos descubrieron nunca, señor. Seguimos... trabajando hasta que nos desmovilizaron. El señor Benedict tenía la bondad de decir que allí había hecho su fortuna. Y que nunca hubiera conseguido hacer lo que hizo sin la ayuda de William y mía —sonrió con orgullo, agregando de inmediato—: Tiene que tener en cuenta que eran tiempos muy duros, señor.

Quien más o quien menos, todos luchábamos para sobrevivir. Y no sólo en el frente.

—Ya le he dicho que todo eso no es de mi incumbencia —respondió Roger secamente, agregando en el mismo tono—: ¿A quién mató William?

Charles le miró como se mira a un fantasma.

—¿Qué quiere decir? —farfulló.

—Lo que he dicho. ¿A quién mató William? Y también quisiera saber por qué lo mató. —¿Cómo sabe usted eso?

—¿Qué importa cómo lo sé? Conteste a mi pregunta.

—Le dije que hubo una pelea en una taberna. Asunto de mujeres. Éramos muy jóvenes y estábamos borrachos. Y, lo peor de todo, teníamos armas en el cinto. William estaba con la chica que ya se consideraba su novia y vino un tipo a provocarlo. Tenía un arma en la mano y William sacó la suya. Los dos dispararon. El otro murió, William ya ha visto usted cómo quedó.

—El otro era un militar, ¿no?

—Sí, sí.

Roger creyó haber extraído toda la información que el otro era capaz de dar.

—De acuerdo, Charles. Por el momento es suficiente. Quiero que sepa que personalmente no creo que sea usted el asesino, aunque, naturalmente, no puedo estar seguro de ello.

—Señor...

—De la misma forma que no puede estar usted completamente seguro de que el asesino no sea yo.

—Ni por un instante he sospechado de usted, señor.

—Pues ha hecho mal. Debe sospechar de todos. Como hago yo. Y no deje de vigilar. Creo que el asesino se prepara para descargar un nuevo golpe.

Charles miró aterrado al muchacho.

—¿La señora? —murmuró.

—Tal vez.

—Cuando supe lo del fetiche...

—¿Tiene idea de quién fue el autor de esa broma macabra?

—Por supuesto que no, señor.

—Bien, si llega a descubrir algo o simplemente a sospechar, no deje de comunicármelo. —Lo haré, señor.

Mientras subía la escalera, Roger decidió hacer una averiguación. La biblioteca estaba vacía y oscura. Encendió la luz, seleccionó un tomo de la enciclopedia británica y, colocándolo sobre la mesa, buscó lo que le interesaba y, con la cabeza apoyada en las manos, se puso a leer.

Terminaba su lectura cuando sonaron unos discretos golpes en la puerta.

—Adelante —invitó Roger. Lo que leyera lo había animado.

Charles, de nuevo el Charles de siempre, apareció en el umbral.

—Las señoras me han encargado que le busque, señor. Se va a servir un aperitivo en el salón.

—Gracias, Charles. Diga a la señora Benedict que subo a cambiarme y estoy con ella en cinco minutos.

—Bien, señor.

Colocó el tomo en su lugar y pasó ante el mayordomo, que mantenía la puerta abierta para él.

—¿Lee usted con frecuencia la enciclopedia británica, Charles? —le preguntó de improviso.

—¿La enciclopedia británica, señor? —se sorprendió el otro—. Pues me temo que no con mucha frecuencia, señor.

—Debería hacerlo. No se imagina usted la cantidad de cosas interesantes que allí hay. —Estoy seguro de ello, señor —contestó Charles, sin salir de su sorpresa.

Roger subió ágilmente los alfombrados peldaños de la escalinata.

Dentro de lo que las circunstancias permitían, podía decirse que estaba contento. Gracias a la enciclopedia británica, las cosas empezaban a tener sentido.

Abrió la puerta de su habitación sin perder el impulso que llevaba y se disponía a encender la luz, cuando una sombra más oscura que el resto de las sombras se echó sobre él.

Cogido por sorpresa, retrocedió y fue a dar con su espalda contra la pared. La sombra se aprestó a golpear, pero Roger, tomando impulso, lanzó su pie derecho con toda la fuerza de que fue capaz y dio en la parte central de la sombra, que se dobló en dos a causa del dolor.

El muchacho no desperdició la ventaja. Uniendo sus dos manos, las descargó sobre la cabeza de la sombra, que quedó momentáneamente fuera de combate. Entonces, tras cerrar la

puerta, Roger encendió la luz del cuarto.

Lo primero que vio fue el fetiche caído junto al cuerpo inmóvil. El cuerpo de William, el jardinero.

Volvió en sí un par de minutos más tarde, sacudiendo su cabeza y mirando a su alrededor para situarse. Cuando vio a Roger sentado frente a él, fue evidente que todo volvió a su mente, porque se puso de pie lentamente, evitando mirar de frente al muchacho, que sostenía entre sus manos el fetiche.

—Bien, William, le escucho.

—No... No tengo nada que decir.

—Escúcheme. Nunca creí que usted fuera el asesino, pero estoy seguro de que, si hablara, me ayudaría mucho a descubrirlo. Le doy la oportunidad de que me diga a mí lo que sabe; si no lo hace, diré a la señora Benedict lo que ha ocurrido aquí y no dudo que lo pondrá en la calle.

El hombre permaneció en un hosco silencio.

—Fue usted el que puso el fetiche en el lecho de la señora Benedict —era una afirmación.

Silencio.

—Por última vez, William. Hable conmigo o voy a ver a la señora Benedict. ¿Por qué puso el fetiche en su cuarto?

—Esa zorra...

—¿Por qué, William?

—Es una zorra. Engañaba al capitán. El demonio de Tasmania tiene que matarla.

—¿Cuál de los demonios de Tasmania? ¿Usted?

—No, no... El auténtico.

—¿Quién es y dónde está el que usted llama «auténtico»?

—Está en todas partes... Es un dios... ha venido a castigar... Nadie lo encontrará ni podrá vencerlo... Es un dios vengador...

No fue posible sacarle nada coherente. Cuando, siempre hablando de dioses y de venganza, se encaminó hacia la puerta, Roger no lo detuvo.

—Quisiera saber si somos libres de regresar a Londres.

Terminaban de cenar y era la dueña de casa quien había hablado.

—Me comunicaré con Ferguson y se lo preguntaré —dijo Roger.

—Yo ya he hablado al respecto con el juez —intervino Barringdale—, Me ha dicho que no ve inconveniente en lo que a mí respecta, así que mañana por la mañana dejaré de abusar de tu hospitalidad, Eleanor.

—Me temo que no han sido unas buenas vacaciones de Navidad —murmuró la dueña de casa.

—No, no lo han sido. Y mientras ese asesino siga suelto... —era Bárbara.

Barringdale se aprestaba a responder, pero Charles, que acababa de escuchar lo que Ruth le susurrara al oído, habló antes.

—Perdón, señora. Ruth me dice que ha llegado el oficial Ferguson y pide ser recibido por usted.

—Que le hagan pasar al salón. En cinco minutos estaré con él.

Cuando la dama entró en el salón, Ferguson se incorporó, confuso y nervioso, como siempre que estaba ante ella.

—Buenas noches, señora Benedict. Yo... La muchacha no me entendió... Dije que quería hablar con todos.

—¿Incluidos los criados?

—Sí... Sí, por favor.

Antes de cinco minutos todos estaban reunidos en el salón, la señora Bates secándose furtivamente las manos en la parte trasera de su bata.

—Les he reunido —empezó Ferguson, muy nervioso— para anunciarles que mañana llegará a Fort August el comisario Fowles, de Scotland Yard, para hacerse cargo de los..., de los sucesos que aquí han ocurrido. El comisario llegará a media mañana y yo le haré una detallada exposición del caso. Quiero decir que hasta después de que eso ocurra, no podremos venir aquí.

Entonces les he reunido —repitió— para decirles que mañana deberán estar todos presentes a partir de las cinco de la tarde, porque entre esa hora y la de la cena vendré con el comisario, quien querrá interrogarlos a todos.

—Aquí estaremos, Ferguson, no lo dude —dijo con voz tranquila la dueña de casa, hablando por todos.

Después de haberse retirado el policía, y vueltos los criados a sus lugares de trabajo, se sirvió el café y los licores. Fue la señora Benedict la que rompió el silencio en que todos quedaran sumidos,

para decir a Barringdale:

—Supongo que la «invitación» de Ferguson no reza contigo. Debiste haberle puesto al tanto de lo que te dijo el juez.

—¿Y perderme la oportunidad de abusar un día más de tu hospitalidad? —sonrió el abogado.

Poco antes de las nueve, la reunión se disolvió. La señora Benedict fue la primera en dejar el salón, seguida de inmediato por Barringdale.

—¿Tú también te vas? —sonrió Bárbara a Roger.

Este le hizo un gesto indicándole que deseaba hablar con ella en privado.

—Tengo que ir a Londres —susurró en su oído, cuando estuvieron solos.

Ella le miró estupefacta.

—Pero qué dices... Ya has oído a Ferguson.

Roger tenía respuestas.

—A las once y media sale de Glasgow el último avión para Londres. Si me voy ahora mismo llegaré a tiempo. Puedo regresar en un avión que salga de Londres antes del mediodía. Estaré aquí para la hora de la reunión.

—Pero los demás notarán tu ausencia.

—Es un riesgo que no tengo más remedio que correr.

De todos modos, puedes decir que tengo jaqueca o cualquier cosa, y que me quedaré en mi cuarto hasta la hora de la reunión. Descubrirán la verdad, pero cuanto más tarde eso ocurra, mejor para todos.

Ella le miró, indecisa.

—¿Tan importante es lo que tienes que hacer en Londres?

—Puede ser decisivo para desenmascarar al asesino.

—En ese caso, te deseo toda la suerte del mundo.

—¿Sólo con palabras?

Se besaron larga y apasionadamente.

Cuando un reloj en alguna parte de la Abadía daba las nueve campanadas, Roger ponía en marcha el coche y se aprestaba a iniciar la larga marcha que lo llevaría primero a Glasgow y después a Londres.

La noche era oscura y silenciosa. Había nieve en el parque, pero no en el sendero, porque no había nevado últimamente.

Todo estaba desierto en la noche, y Roger podía creerse el único habitante del planeta. Sin embargo, no estaba solo. Alguien le contemplaba.

En su cubil, la fiera se revolvía enloquecida.

Mucho tiempo sin su alimento preferido.

Mucha hambre.

Muchos deseos de matar.

Capítulo XIII

ROGER llegó de regreso a la Abadía a las cuatro y veinte de la tarde siguiente. En su mano llevaba un bolso que, pese a estar cerrado, despedía un olor desagradable.

Aunque dejó el coche en el garaje, evitó entrar por la puerta principal, haciéndolo por la de servicio. Al pasar por la cocina, fue visto por la señora Bates, que se bebía tranquilamente una taza de té.

—¡Señor Eastbourne! Creíamos que...

Roger cruzó su índice sobre los labios.

—Le ruego que no diga a nadie que me ha visto, señora Bates. Es muy importante. A nadie, por favor.

—Descuide, señor —respondió ella, mirándolo con creciente sorpresa.

No tuvo más encuentros hasta llegar a su dormitorio. Abrió la puerta, entró y la cerró rápidamente a sus espaldas, porque no quería ser visto.

Y entonces, antes que su instinto o su olfato tuvieran tiempo de evitarle, una masa oscura saltó sobre él.

Pudo haber quedado paralizado de terror, y entonces habría muerto, pero, aunque su mente no dio ninguna orden, sus músculos se contrajeron por instinto y todo su cuerpo se contrajo, reduciendo su estatura lo suficiente como para que el animal pasara rozando su cabeza, sin poder detener el salto, hasta chocar contra la pared.

Roger pensó en poder acabar con él en ese instante, pero el animal era elástico y ágil como un felino y se rehízo inmediatamente del golpe, volviendo a abalanzarse sobre el muchacho. Este le lanzó un puntapié, pero no llegó a darle por la increíble velocidad de su enemigo. Entonces, lleno de horror y de

asco, lanzó su puño sobre las fauces que buscaban su garganta y ganó así un segundo más de vida.

Pero para él, era una lucha perdida de antemano. Aun en la penumbra del cuarto, había podido ver los terribles colmillos de la fiera. Se clavarán en su garganta o en una arteria de sus brazos o sus piernas, la muerte le llegaría en minutos.

Consciente de la dificultad de llegar a la garganta, el animal, como si hubiera leído los pensamientos de Roger, se lanzaba con sus fauces abiertas hacia uno de sus muslos. «¡La arteria femoral!», pensó el muchacho aterrorizado, y lanzó un tremendo, un último, puntapié hacia la fiera.

Esta vez dio en el blanco. Como se trataba de un animal muy flexible y ágil, el tremendo impacto no le mató ni mucho menos, pero fue suficiente para atontarlo por unos segundos, tiempo suficiente para que Roger, que de ninguna manera quería matar al animal, encendiera la luz y, tras correr la cremallera del bolso, derramara sobre el piso su nauseabundo contenido.

—Come cuanto quieras, así estarás más tranquila —dijo a la fiera que, recuperada, se lanzaba ávida sobre los despojos sanguinolentos.

—Señora Benedict, no podemos hacer esperar al comisario.

—Lo sé, Ferguson, pero el señor Eastbourne no se encuentra bien. No ha bajado en todo el día y apenas ha comido lo que Bárbara le llevó este mediodía.

El alto, huesudo y nervioso comisario de Scotland Yard dejó su taza de té sobre una mesilla próxima a su asiento y dijo:

—No quiero ser molesto, señora Benedict, pero comprenderá que la complejidad de las tareas que me veré obligado a realizar para resolver este... hum... tan desagradable caso no me permite pérdida de tiempo.

—Lo comprendo perfectamente, comisario —la dueña de casa miró al mayordomo que, como el resto del servicio, estaba sentado en el salón—, Charles —dijo—, ¿quiere hacer el favor de decir al señor Eastbourne si puede bajar?

Charles se puso de pie de un salto y salió del salón. El ambiente era tenso y nadie miraba de frente al comisario que, por contra,

paseaba su mirada por todos y cada uno de los presentes.

Segundos después de haber salido, Charles regresó al salón, precediendo a Roger. Su aparición cambió la cara de Bárbara, que hasta entonces permaneciera silenciosa y sin poder controlar la tensa expresión de su rostro.

—Les ruego disculpen mi demora —saludó el muchacho—. Puedo asegurarles que no he podido llegar antes.

—Bien, señor Eastbourne —cortó el comisario—, aceptamos sus excusas —miró alrededor—. Y ahora que estamos todos, daré comienzo a esta reunión preliminar. De acuerdo a los detallados informes que me ha suministrado el oficial Ferguson, no dudó en afirmar que uno de los aquí presentes es el asesino —una arteria comenzó a latir en la sien de Ferguson—. Les ruego a todos los que son inocentes que me perdonen de antemano las molestias que van a sufrir en el curso de la investigación, pero deben comprender que el asesino que ha cometido estos horribles crímenes no debe quedar sin castigo. Se trata de un individuo inteligente, que ha sabido borrar bien sus huellas, pero terminará por caer en las manos de la justicia. Aunque, debo admitirlo, puede pasar algún tiempo antes de que eso ocurra, ya que...

—Se equivoca, comisario.

Todos quedaron en suspenso ante la inesperada interrupción. El comisario, con la boca todavía abierta, miró a Roger, que era quien le había interrumpido, y, con expresión ofendida, le espetó:

—Señor, si tiene algo importante que decir, dígamelo a solas, una vez que haya terminado esta reunión.

—Es que usted acaba de decir que puede pasar algún tiempo antes de desenmascarar al asesino y yo le digo que se equivoca, comisario —insistió el muchacho.

El otro lo fulminó con la mirada y, desechando las frases altisonantes, se inclinó por la ironía.

—¿Acaso conoce usted la identidad del asesino, señor Eastbourne?

—Sí.

Como juncos agitados por un fuerte e imprevisto viento, los cuerpos y las cabezas de los reunidos ondularon en un sentido y en otro. Sólo el comisario y Roger permanecieron inmóviles, mirándose como en un desafío.

—Si en realidad sabe quién es el asesino, tiene la obligación de decírmelo de inmediato —dijo por fin el de Scotland Yard.

—Es lo que me proponía hacer, señor.

El comisario volvió a mover incómodo sus largas piernas, antes de decir:

—¿No sería mejor que habláramos a solas?

Roger esperaba esa pregunta y tenía preparada la respuesta.

—Todos los aquí presentes, y mucho más la señora Benedict y su hija, hemos sufrido por lo ocurrido. También debo decir que todos los aquí presentes, en mayor o menor medida, me han ayudado a descubrir el asesino. Por eso creo que tienen derecho a escuchar lo que voy a decir.

El comisario no estaba convencido.

—¿Debo entender entonces —preguntó— que el asesino no se encuentra en esta habitación?

—En absoluto, comisario. El asesino está en esta habitación.

—En ese caso encuentro muy irregular su actitud.

Roger se permitió una ligera sonrisa.

—Ya le he dicho que todos me han ayudado para descubrir al asesino. En realidad, debí decir «todos, menos el asesino». Es ahora cuando va a ayudarme.

El comisario estalló.

—¡Señor Eastbourne, si todo esto es una estúpida broma, le aseguro que yo mismo me encargaré de...!

—Soy abogado, comisario —le interrumpió Roger, ahora serio—. Conozco la Ley y sé a lo que me expongo. No es una broma, puedo asegurárselo.

—En ese caso, hable de una vez.

—Sí, señor. Empezaré por decir que desde un primer momento tuve la intuición, y así se lo manifesté al oficial Ferguson, que el móvil de estos crímenes no era el dinero, sino el odio. No me pregunten por qué llegué a esa conclusión, porque no sabría decirlo. Por eso hablé antes de intuición. Bien, un hombre como Arthur Benedict, millonario y capitán de industria, puede tener muchos enemigos, de muy difícil individualización. Sin embargo, yo centré mi atención, por obvias razones de oportunidad, en los que aquí estábamos. Y busqué, naturalmente, motivos de odio. Con sorpresa descubrí que todos los que aquí están, con la segura exclusión de

usted, señor comisario, y las probables de la señorita Bárbara, la señora Bates y las dos doncellas, podían tener motivos para odiar a Arthur Benedict.

—Se ha olvidado de excluirme a mí, señor Eastbourne —dijo una voz.

—No, oficial Ferguson —respondió de inmediato Roger, volviéndose hacia él—, no me he olvidado. Se trata de que no lo excluyo porque usted tiene o cree tener motivos para odiar a Arthur Benedict.

El comisario se sulfuró.

—Lo que acaba de decir es muy grave, señor Eastbourne. Le exijo que presente...

—Se trata de una cuestión privada, comisario. Si el oficial Ferguson lo estima conveniente, podrá hablar con usted al respecto. Yo nada tengo que ver en eso y no me corresponde sacar a la luz pública lo que corresponde al ámbito privado. Permítame continuar. La misma señora Benedict y el abogado Barringdale, en razón de la intimidad que obviamente tenían con el muerto y del complejo carácter de éste, también podían tener razones para odiarlo. Finalmente, están el mayordomo Charles Manigan y el jardinero William Burton. Estos dos hombres conocían a Arthur Benedict desde hace casi cuarenta años, cuando sirvieron bajo sus órdenes en Australia, durante la Segunda Guerra Mundial. Allí formaron una asociación, a la que dieron el nombre de «Los Demonios de Tasmania»...

—¿Puedo pedirle que abrevie al máximo, señor Eastbourne?

—Sí, comisario. Abreviaré al máximo. Después habrá tiempo para contar los detalles —se volvió al mayordomo—. Charles —pidió—, ¿quiere hacerme el favor de traer el tomo noveno, sección Micropedia, de la enciclopedia británica?

—Sí, señor.

Hasta que el mayordomo volvió con el libro, todos miraron a Roger con asombro. Todos, incluidas la señora Benedict y Bárbara.

Hojeando las páginas, Roger preguntó al comisario:

—¿Sabe usted lo que es un demonio de Tasmania?

El otro casi se indignó.

—Por supuesto que no. Algún tipo de dios local, supongo.

—Lo mismo creí yo, confundido por un fetiche. Pero lo que

siempre busqué en esta casa, convencido de que era el autor material de los horribles crímenes, era un animal y no un toco muñeco. Si hubiera recurrido antes a la enciclopedia británica... — miró al comisario—, El demonio de Tasmania es un animal, no un dios, comisario —dijo, y comenzó a leer—: «Demonio de Tasmania... de la familia de los marsupiales... de cincuenta a ochenta centímetros de largo... Tiene grandes colmillos y fuertes dientes... Recibe su nombre por su diabólica expresión... frecuentemente presenta un mal temperamento... Se alimenta de carroña» —cerró el libro y levantó la vista—. Ese es su asesino, comisario —dijo—, un demonio de Tasmania. Lo que dijo Benedict al morir, y no «ese hombre... Maldad». [6]

El aludido no disimuló un gesto de fastidio.

—¿Y ése es el asesino que usted me ofrece? ¿Un animal que sólo se ha visto en las páginas de la enciclopedia británica?

—Se equivoca, comisario. La doncella Elsie, aquí presente, lo vio. Y yo también.

Hubo un movimiento general de sorpresa.

—¿Que tú lo viste? —no pudo evitar el preguntar Bárbara.

Roger asintió con la cabeza a la muchacha.

Pero el comisario seguía fastidiado.

—Aun admitiendo que ese animal exista y esté en esta casa. Y aun admitiendo que sea el autor material de los asesinatos, ¿llevaremos ante el tribunal a un..., a un demonio de Tasmania?

—No, comisario. Llevaremos ante el tribunal al hombre que, por odio, lo amaestró para matar.

—¿Quién es ese hombre? ¿Usted va a decírmelo?

—No, comisario. Va a decírselo el mismo demonio de Tasmania.

Seguramente por terror, todos, hasta Elsie, permanecieron clavados en sus asientos, mirando al frente.

Sólo Charles abandonó su asiento y salió del salón.

Un par de segundos más tarde, el demonio de Tasmania entraba a la carrera y saltaba a las rodillas de su amo.

Estupefactos, todos contemplaban paralizados la increíble escena.

Roger fue el primero en reaccionar.

—Bien, abogado Barringdale, confiesa usted por las buenas, o

tendré yo que contar a los aquí presentes toda la historia.

Lívido, manoteando desesperadamente con el animal, que no se cansaba de expresarle su cariño lamiéndole las manos con la lengua, el abogado logró articular:

—¡Quítenme esta fiera de encima!

—No tenga miedo —sonrió Roger—, yo lo alimenté muy bien, después que pude reducirlo e impedir que me matara, como era su deseo.

—¡Usted no puede probar nada! —vociferó Barringdale, pero era evidente que se estaba derrumbando.

—Se equivoca —le rectificó Roger, con voz tranquila—, puedo probarlo todo. Puedo probar que usted es hijo de Barnaby Armstrong... —miró al tembloroso jardinero—. Gracias, William —dijo—, por darme tan buenas pistas. Lástima que yo creí que usted, al decir «brazo fuerte», se refería a su propio brazo, y no a un hombre llamado Armstrong[7]. Continúo, Barringdale. Puedo probar que usted es hijo de Barnaby Armstrong, teniente del ejército colonial británico, al mando de la guarnición de Burnie, en Tasmania, y socio de Arthur Benedict en el sustancioso negocio de venta de material militar que éste había montado. Por razones que desconozco, pero que imagino diferencias por cuestiones de dinero, Arthur mató, o hizo matar, esto no lo sé a ciencia cierta y supongo que nunca se sabrá, a Barnaby Armstrong...

La dueña de casa exhaló un suspiro y Roger se volvió a ella.

—Lo siento, señora, no tenía más remedio que decirlo.

—Comprendo.

Charles, siempre eficiente, aprovechó la interrupción para entrar con el bolso de Roger y meter en él al demonio de Tasmania, para tranquilidad de la señora Bates, Ruth y Elsie.

—No sólo le mató —siguió el muchacho—, sino que no reconoció a su viuda ningún derecho sobre las utilidades de la ilícita sociedad. Muy poco después terminó la guerra y Benedict fue desmovilizado. Todo habría quedado olvidado, de no ser porque Armstrong, además de viuda, dejó un hijo de muy corta edad. Un hijo que creció oyendo a su madre clamar venganza contra el hombre que mató a su marido y la dejó en la pobreza. Ese hijo se juró seguramente a sí mismo que se convertiría en brazo ejecutor de la justicia. Y que no mataría de cualquier manera, utilizando el

revólver o el veneno. No, su venganza tenía que ser larga y meditada. Por eso vino a Londres con su título de abogado, logró ganarse la confianza de la señora Benedict, que ésta le presentara a su marido y, finalmente, ganarse la confianza de él, hasta el punto de convertirse en su apoderado y auténtica «mano derecha». Quiero aclararle, comisario, que todos los datos referidos al teniente Armstrong, su muerte, nombre de viuda e hijo, etcétera, los he obtenido hoy, en una visita relámpago al Ministerio de la Guerra. Todo es fácilmente comprobable —miró a todos y dijo—: Ya termino. Quiero ahorrar detalles macabros. Se me preguntará por qué Barringdale actuó ahora y no antes o después. Conozco una razón: Por motivos que ignoro, la señora Benedict se alejó de su amistad, lo que significa un potencial peligro. Y arriesgo otro motivo, que podrá comprobarse muy pronto. Creo que parte de la venganza de Barringdale era, además de matarlo, arruinar económicamente a la familia Benedict. A todos los odiaba porque tenían lo que él más ambicionaba: dinero. En fin, la parte financiera ya la veremos. Ahora sólo cabe decir que Barringdale, indudablemente afectado psíquicamente por su ansia de venganza, amaestró a ese demonio de Tasmania que hemos visto, una tarea seguramente difícil, para que matara. Él se encargaba, por supuesto, de introducirlo en las habitaciones correspondientes. En cuanto al lugar donde tenía escondido al animal, se trataba de una especie de jaula, situada en un subterráneo que va desde esta casa al lago Ness. Ignoro cómo Barringdale conocía su existencia, aunque es muy probable que el mismo Benedict lo haya llevado a él, porque me consta que el dueño de la casa sí conocía el subterráneo. Hace un par de días, Barringdale escondió el animal en otra parte. Tal vez él mismo quiera decirnos ahora dónde.

—¡Váyase a la porra! —fue la respuesta de Barringdale.

El comisario Fowles se puso lenta y ceremoniosamente de pie.

—Señor James Barringdale, le detengo por los asesinatos de Arthur Benedict y Richard Benedict. Lléveselo, oficial Ferguson.

El aludido no miraba al comisario, miraba a Roger.

—¡Maldito bastardo! ¡Algún día saldré y te mataré a ti también!
—le gritó al pasar junto a él.

—Bien, señora Benedict. Ya todo está solucionado. Incluso el demonio de Tasmania va camino del zoo de Glasgow y William recibirá la atención psiquiátrica que tanto necesita. Ahora es el momento de decirle algo.

—Le escucho, Roger.

—Han salido muchas cosas a la luz. Cosas que yo mismo he sacado. En fin, señora, no creo que usted quiera seguir teniéndome como su abogado, después de todo lo ocurrido. Acepte por favor mi dimisión.

—La acepto, Roger.

—¡Mamá! ¡Pero cómo puedes hacer eso a Roger!

—Porque he pensado, Bárbara, que el puesto de abogado no es suficiente para el futuro marido de mi hija. Para mi yerno, sólo la dirección de las empresas Benedict... o lo que ese miserable de James Barringdale nos ha dejado, es suficiente.

Conscientes de que el horror había quedado definitivamente atrás, Bárbara y Roger, muy sonrientes, se cogieron de las manos.

—Gracias, mamá —dijo Bárbara.

—Gracias, mamá —repitió Roger.

FIN

NOTAS

[1] Referencia al popular personaje de Dickens.

[2] Referencia a la productora cinematográfica británica del mismo nombre, especializada en películas de terror.

[3] En inglés: «Thatman... Evil...»

[4] Brigada de Investigación Criminal.

[5] Enciclopedia Británica, Micropedia, Tomo I, página 433. 15.^a edición.

[6] En inglés: *Tasmanian devil* (Demonio de Tasmania) y *That man... evil...* (Ese hombre... Maldad...) La similitud de pronunciación explica la confusión.

[7] Como se deduce del texto, Armstrong significa «brazo largo», en inglés.